



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcon, Arce. Sra. Avellaneda. Sres. Asquerino, Auñon (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnao, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Alvarez, Ardanaz, Ariza, Antonio Guerra y Alarcon, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (Marqués de) Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Brion de los Herreros (Manuel), Blasco, Burell, Buitrago, Calvo Asensio (D. Pedro), Camposamor, Camús, Canalejas, Cabete, Cardozo, Castelar, Castro y Blanco, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Chaste (conde de), Collado, Covina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Comenge, Cañamaque, Calcaño, Dacarrete, Diaz (José María) Diaz Perez, Durán, Duque de Rivas, Echavarría, (J. A.) Espin y Guillen, Estrada, Echegaray, Eguilaz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabiá, Ferrer del Rio, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Rios, Fermin Toro, Flores, Figueroa, Figueroa (Augusto Suarez de), Garcia Gutierrez, Gustavo Baz, Gayangos, Galdete de Molina (D. Javier), Graells, Jimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güel y Rente, Guelbenzu, Guerrero, Incenga, Hartzbusch, Iriarte, Janer, Jaumeandreu, Labra, Larra, Lorrainaga, Lasala, Lezama, Lucas Mallada, Lopez Guizarro, Lorenzana, Lorente, Lafuente, Macanaz, Machado y Alvarez, Mártes, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Medina (D. Tristan), Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Malagarriga, Ochoa, Olavarría, Olavarría y Huarte, Orgáz, Ortiz de Pinedo, Olózaga, Pompilio Gener, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín) Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poye, Reinoso, Retes, Revilla, Rios Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagaminaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Santomé, Selgas, Segovia Serrano Alcazar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Talero, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vilar, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION

España: 6 pesetas trimestrales, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Junio de 1884

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Administración y redacción, Soldado, 1, duplicado

SUMARIO

Revista política, por Karl-Mal. — Discurso de D. Emilio Castelar. — Campomanes, por D. Antonio Guerra y Alarcon. — El marqués de Pombal, por D. Rafael María de Labra. — Mi locura por el Quijote, por D. Tristan Medina. — El Siglo de Voltaire (de un libro inédito), por Gamiz-Soldado. — La Economía en el siglo XIX, por D. Ramiro de Sanjuan. — Biografía del general Quintanilla, por él mismo. — Colon en España, por... — El periodista (de Lopez Bago), por Angel R. Chaves. — Contraste, por T. J. — Revista de Madrid, por D. Eugenio Olavarría y Huarte. — Intereses materiales. — Bolsa. — Anuncios.

REVISTA POLITICA

Acaba ya el debate del Mensaje, y esto, unido a lo adelantado de la estacion y al deseo natural en un gobierno conservado de cerrar las Cortes, indica que antes de salir el próximo número de LA AMERICA, se habrán cerrado los dos palacios de la Representacion Nacional, y habrá quedado sólo el gabinete del Sr. Cánovas en frente de la opinion pública, dispuesto a todas las represiones y a toda la reaccion de que es capaz.

No cabe esperar otra cosa con el grado de tension a que ha llegado la opinion del país, de que es fiel reflejo la prensa periódica en estos últimos días, reiteradamente denunciada y perseguida. Bien es verdad que los últimos sucesos no han sido de naturaleza bastante á acallar las quejas de la opinion.

El fusilamiento en Gerona del comandante Ferrandez y del teniente Vellés, de la reserva de Santa Coloma de Farnés, con ser, en lo que a la forma del proceso toca, correctamente ajustado á la ordenanza, contenia en su fondo elementos bastantes para que sin peligro de la paz pública ni menoscabo de la disciplina, el gobierno responsable hubiese aconsejado al rey el indulto.

No ha sido así, y en vano la culta Barcelona ha hecho una manifestacion de dolor, como aquel pueblo viril sabe hacerlas; en vano toda

la prensa española ha pedido el perdon de los oficiales. ¡Todo ha sido inútil! ¡Y en qué condiciones!

La representacion de las cuatro provincias catalanas acudió al palacio del jefe del Estado que, al parecer, se mostró decidido á aceptar constitucionalmente el consejo que le dieran sus ministros, acudió entonces aquella al gobierno que, despues de mostrarse reservadísimo en sus opiniones, á última hora acordó no haber lugar al indulto, á pesar de la contradiccion entre la sentencia del tribunal inferior y la del Consejo Supremo de Guerra y Marina.

Apuráronse, ya entonces, los últimos recursos, y con ocasion de una corrida de toros á favor de las víctimas de las inundaciones de Murcia, que se celebró la víspera del infausto suceso, dispusiéronse muchas señoras de la aristocracia y no pocos hombres generosos á pedir en el circo el perdon al monarca. Pero éste no fué á los toros y el último esfuerzo no pudo hacerse.

La prensa de Barcelona, sin distincion de matices, ha abierto una suscripcion que en poco tiempo ha alcanzado una suma respetable, que librárá de la miseria á los huérfanos de los fusilados.

Algunos periódicos de Madrid se han unido á tan piadoso movimiento, y en esa segunda manifestacion de los sentimientos del país, podrá convencerse el gobierno del rey cuán errado anduvo al no ceder al deseo de toda la nacion.

Un debate tan largo como el del Mensaje da lugar naturalmente á varios debates parciales, alguno de los que, ha tenido mucha importancia. El sostenido por el Sr. Canalejas de un lado y de otro por los prohombres de la moribunda izquierda, tanto por su duracion, como por la sostenida atencion que le prestó el Con-

greso primero y la prensa despues, indica la grandeza é importancia que tuvo aquel frustrado movimiento de aproximacion de fuerzas democráticas á la monarquía, cuando despues de largos meses, el programa, la jefatura y los fines de la izquierda dinástica, merecen tanta discusion. El debate ha sido, en resumen, un triunfo personal para el Sr. Canalejas, que pronunció un bellissimo discurso, y será á la larga camino para la deseada reconcentracion de fuerzas liberales, que ha de librar al país de la tiranía conservadora.

Porque tiranía es, la de este gobierno, como ha demostrado cumplidamente en dos grandes y memorables discursos el Sr. Castelar, gloria de la tribuna española.

En su primer discurso, al analizar los actos de este gobierno, su escaso respeto á la libertad individual y al domicilio de los ciudadanos, sus ataques á la libertad de imprenta y á la de la cátedra sagrada, su poca consideracion á la representacion nacional, halló el tribuno español frases inspiradas y acentos levantados para condenar cual se merece esa desatentada política.

Y luego, cuando en su segundo discurso de grandes y arrebatadoras síntesis, flajeló cual se merece á la Union Católica, que con su inspirador en el poder no aspira á ménos que á una reaccion imposible, que es en el interior el predominio del clero y en el exterior la guerra con Italia, el Sr. Castelar supo conmover á una Cámara marcadamente reaccionaria, pero en la cual debian hacer mella forzosamente los nobles apóstrofes del orador.

Un discurso del Sr. Pidal poco meditado, y de todos modos inferior á su reputacion, pudo servir de contestacion al del Sr. Castelar, y sirvió realmente para acentuar el triunfo parlamentario de éste.

Faltan ahora los dos discursos del jefe del

un rasgo de egoísmo, tan común en los enfermos. No hay seres que rodeen al moribundo, ni velen su cadáver, ni le sigan hasta la tumba. Apenas muera, la vigilancia de la autoridad le hará desaparecer atropelladamente: era un ser humano en quien brillaba un rayo de la divinidad, y se convierte en un foco de infección que es preciso alejar a toda costa. Ni un solo beso acariciaría su frente, tibia aún por el calor vital; ni una lágrima caerá sobre sus manos abandonadas y sin fuerza a lo largo del lecho mortuario... ¡Es tan horrible morir así, en el aislamiento, en la soledad...! ¡Es tan dulce morir rodeado de cariño, dejar el mundo despedido por el amor de los que se quedan...!

Hay en la poesía popular rumana una balada que describe el cólera con los colores más sombríos. Hé aquí esa balada: «En la orilla del Pruth (1), en la casa de Vilkou, Vilkou bebe alegremente y acaricia a sus tres hijos sin cuidarse para nada del cólera; pero su madre tiembla por él, y le dice:

—Vilkou, hijo querido de tu madre, hermoso mío, bebés alegremente y acaricias a tus hijos sin cuidarte para nada del cólera... ¡Ay! deja de beber, porque el cólera está ya en las orillas del Pruth y ha franqueado su corriente.—

«A estas palabras, Vilkou unce cuatro bueyes a una carreta y parte para ir a su trabajo. Cuando llega a un recodo que hace el río, ve de pronto un horrible fantasma que viene hacia él a través de los campos: era una vieja sin dientes fiera venenosa, con la piel pegada a los huesos, y que llevaba serpientes enlazadas a sus cabellos desordenados.

«Venía, hermanos, venía como el rayo, y la hierba se marchitaba tras ella, y los hombres caían muertos, y miles de plantas espinosas brotaban bajo sus pies.

—«Buen viaje —dijo a Vilkou;—¿dónde vas con tanta prisa hermoso viajero?

—«Vaya al diablo la vieja sin dientes! —dijo Vilkou.— Y tú, ¿dónde vas con tanta prisa también?

—«Voy a casa de Vilkou, a orillas del Pruth, para quitar la vida a ese valiente.

—«Oh, tú, plaga viajera, plaga cruel y exterminadora, toma mi caballo, mis armas, y otórgame algunos días para que vuelva a ver a mis hijos, a quienes quiero tanto como a la luz del sol; toma mi carreta y mis bueyes y aléjate de nuestra casa.

—«¿Qué falta me hacen tus débiles armas, a mí que poseo las armas del infierno? Tengo tres hoces invisibles que siegan los hombres a centenares, a miles... ¿Qué falta me hace tu caballo, cuando es mío el corcel de Satanás, que nunca para su vuelo y nunca se fatiga? Guarda tu carreta, guarda tus bueyes: lo que quiero es tu vida, y la tomo.—

«De pronto, la vieja alarga los secos huesos de sus delgados brazos y rodea el cuerpo de Vilkou; pega sus labios lividos a los labios de Vilkou, y aspira su vida en un beso mortal: luego desaparece dando saltos y llevándose la vida de Vilkou.»

Las noticias de la epidemia, cada vez más alarmantes y precisas, tienen en jaque a los expedicionarios veraniegos. Ellos, que ya habían resuelto su problema, que ya no tenían que ocuparse en elegir punto de residencia en que pasar los grandes calores del estío, andan ahora indecisos como enjambre de palomas asustadas por el eco de un disparo, sin saber a dónde dirigirse. Las tropas que acordonan la frontera con Francia les recuerdan constantemente que allí está el enemigo; el telégrafo con sus irregulares latidos va marcando también las palpitaciones de la enfermedad. Ya ha habido casos en Italia...

Y pasan los días, y, como en la leyenda rumana, el cólera hace su camino, el horrible fantasma «viene como el rayo, y la yerba se marchita a su paso, y los hombres caen, y millares de plantas espinosas brotan bajo sus pies.»

Oponer a su marcha un ejército, cuando se sabe que lo que nos amenaza es un animalillo microscópico que flota en la atmósfera, y por la respiración se introduce en nuestro cuerpo y envenena nuestra sangre y destruye nuestro organismo, no deja de parecer extraño. Y, sin embargo se hace, por lo que se hacen muchas cosas en este mundo: por no aparecer inactivo ante el mal, por simular que se adoptan graves medidas, que se toman serias precauciones...

En presencia de esa falta de medios para la lucha por la vida amenazada por la epidemia, entregada indefensa a los ataques de ese microbio infinitamente pequeño, ¿cuán pequeño aparece todavía el hombre, con sus grandes descubrimientos, su soberbia más grande aún y sus aspiraciones más grandes todavía! ¡Oh, hombre; has encadenado las fuerzas de la naturaleza, has cambiado la superficie del globo que te sostiene, has desprovisto al rayo de su poder, te haces servir por la electricidad; viajando por el espacio sostenido en las alas de la ciencia, has pesado los astros, descrito su maravillosa máquina, precisado sus movimientos, llevando tu mirada escrutadora a las límites más apartados de las regiones siderales! ¡Y, sin embargo, un ser tan pequeño desafía tu poder, te vence, te humilla, mata tu gran inteligencia, apaga esa chispa que arde en tu cerebro y a las veces te iguala al mismo Dios!... ¡Hombre, hombre, no te ensoberbezcas, porque con todo tu poder, no eres más que un juguete de seres que son más pequeños que tú, que no tienen tu fuerza, ni tu inteligencia, ni tu razón! ¡Humíllate! Reconoce que aún eres muy pequeño, más pequeño que ese microbio impalpable que tanto miedo te da!

(1) Río que separa la Moldavia de la Besarabia.

En la última quincena, un acontecimiento extraordinario ha monopolizado la atención de los madrileños. Cuando ya la incredulidad asegura bajo su palabra honrada que no hay santos ni hijos de Dios que bajen a la tierra, cuando los descubrimientos científicos de la época moderna, han reducido a la simple categoría de hechos naturales muchos otros que como milagros se consideraban hasta ahora, hé aquí que, de pronto, surgen en un barrio apartado de la capital tres hombres que curan todas las enfermedades, componen piernas rotas, desatan los músculos que agarrotó la parálisis, hacen ver a los ciegos, hablar a los mudos, oír a los sordos, y, quizá por modestia, se detienen aquí y no resucitan muertos como los profetas antiguos.

La opinión se conmovió profundamente. Allí, en la calle del Dr. Fourquet estaban los tres santos, los tres apóstoles, como se llamaban ellos mismos, dando la salud a cambio de una protesta de gratitud, una invitación para comer al otro día en casa del enfermo curado de repente, y alguna que otra prenda de vestir, más propia para ser deseada por traperos de baja estofa que por taumaturgos de tan alto copete. Allí estaban para que todos los viesen fuertes en el desempeño de lo que ellos creen misión divina, dimanada del mismo Dios, que por su mediación quiere venir en ayuda de la humanidad doliente. El delegado de medicina, el gobernador, el jefe de orden público; personas hartas desprecupadas y poco amigas de milagros, opusieron su veto a ese derroche de salud que hacían los apóstoles, y dieron con ellos en la cárcel. El pueblo se amotinó, como es natural. Hubo gritos, mueras, pedradas, arranques socialistas, declamaciones contra los sabios y los poderosos que no dejan vivir a los hombres de buena voluntad. Los detenidos fueron puestos en libertad al poco tiempo por no resultar cargo ninguno contra ellos; pero recibieron la orden de salir de Madrid, y al otro día lo efectuaron, dejando a sus numerosos clientes huérfanos de todo amparo. Tal es la historia de los tres apóstoles.

Y, sin embargo, nada más sencillo que su método de curar. Cuando les consultaba un enfermo, hacían que llevase una botella de agua, la bendecían murmurando palabras misteriosas y mojado en ella los tres primeros dedos de su mano; luego echaban el aliento sobre el agua, y ésta era su única medicina. A veces daban una untura por encima de la ropa si se trataba de un tullido. Al otro día los paralíticos acudían al trabajo.

En esta vuelta a los tiempos bíblicos, la fé, aquella fé de que hablaba Jesucristo y que movía las montañas, tornó a animar la multitud. La gente iba a la calle del Dr. Fourquet convencida de que volvería con salud, con la misma confianza que aquel pobre paralítico que llevaba ya siete años acudiendo a la piscina cuando el ángel de Dios movía sus aguas, sin poder lograr nunca el fin de sus deseos. Y los enfermos, en efecto, eran curados, los ciegos veían, oían los sordos, los cojos arrojaban sus muletas. Ninguna enfermedad, que no fuese de nacimiento, se resistía a los portentosos curanderos. Cuando les llevaban un epiléptico, apenas lo miraban ellos, le daba el mal, pero sin que el enfermo se golpease ni se arrojase al suelo. Ellos hablaban con el espíritu de la enfermedad, le ordenaban que dejase de martirizar aquel cuerpo, y la enfermedad obediencia, requerida a ello por una potencia superior.

Los hechos son numerosos, y entre tantos testimonios favorables, ni uno sólo en contra. Donde hay tantos que afirman, no hay uno sólo que niegue. La unanimidad es absoluta. Yo he oído hablar a mucha gente; he oído muchas alabanzas, pero aún estoy por escuchar la primera censura. El poder milagroso de los apóstoles no lo discute nadie. Está por cima de toda duda, de toda discusión.

Ahora bien, ¿qué pensar de esos hechos testificados por tantas personas a la vez, que apoyan lo que dicen citando nombres y más nombres de enfermos que pueden dar testimonio de la verdad de sus asertos? ¿Qué pensar de esas curaciones que de tal modo entusiasman a la muchedumbre? Hay en todo esto algo misterioso y desconocido. Sólo la fé puede explicarlo, la fé cuya sola fuerza es bastante a trastornar las leyes naturales. Uno de los casos más asombrosos que he oído contar es el de una niña baldada. La vió el apóstol, la dió a beber un cortadillo de agua, habló con el espíritu del mal, y rodando una naranja por el suelo, ordenó a la enfermita que fuera a buscarla. La madre se resistía a poner en pie a su hija, temiendo que se cayese:

—Déjela usted, dijo el apóstol.

La madre obedeció, y la niña echó a correr y volvió con la naranja.

Si algo faltaba a la aureola de los tres curanderos, ese algo se lo ha dado la persecución. El destierro es una especie de martirio, y el martirio hermosa las figuras. No pudiendo ya consultarles, invitarles a comer, el pueblo quiere pagar su deuda de gratitud en moneda inmortal, y les ha hecho una leyenda, leyenda sentida y delicada en que ha puesto su sentimiento y su delicadeza, y que en nada se diferencia de esas otras leyendas que ha compuesto en loor de sus héroes y sus mártires. Y si no, escojamos al azar algunos hechos:

Un día se presentó un hombre tullido de brazos y piernas para que los tres apóstoles le curasen. En efecto, pocos días después andaba ya y movía el brazo izquierdo; sólo el derecho permanecía atrofiado. El enfermo insiste en que le curen el brazo derecho, precisamente el que más falta le hace para trabajar. Los apóstoles mueven la cabeza en sentido negativo. No puede ser. —¿Por qué? —pregunta el condenado a

parálisis perpétua. ¡Ah! Es que un día, cegado por la cólera, levantó la mano a su padre, y Dios ha herido con su maldición la mano que se atrevió a tanto. El hombre bajó la cabeza avergonzado y se alejó hecho un mar de lágrimas.

Los apóstoles poseen la doble vista, nada se les oculta. Sostienen la causa del cielo, y el cielo toma como hechas a él las ofensas que se les infieren. Otro día fué una mujer con su hija, víctima de una tisis pulmonar. La examinó, la dicen que se curará, y bendicen el agua que llevan las pobres mujeres. Pero, llegadas a su casa, la joven no quiso beber el agua; la dá aprensión, porque uno de los apóstoles la ha echado su aliento, y entonces la madre, que por nada del mundo disgustará a su hija, emplea el agua en regar un tiesto que contiene una planta casi marchita. Desde aquel día, la enferma empeora. Desesperada, torna la madre a ver a los apóstoles, diciéndoles que se ha acabado ya la medicina y quiere más. Los santos varones la miran compasivamente:

—Recoja usted —la dicen— la que derramó en el tiesto.

La pobre madre implora perdón; pero ellos no pueden ya hacer nada.

—Ha matado usted a su hija y ha dado la vida al tiesto.—

Y así era en efecto. Como por milagro, la planta estaba lozana, y las flores brotaban entre las hojas antes secas y abrasadas por el sol.

—¿Cuántas flores han brotado? —la preguntan.

—Veinte, contesta temblando la madre.

—Pues dentro de veinte días se quedará Ud. sin hija.

Y en este plazo, la joven dió su espíritu al Creador. —La semana pasada, señorito, —me decía la mujer que me refirió este último hecho.—Yo conozco a la madre, que está tirada a morir.

Hombres graves que estudias el origen de las fábulas y la composición de los grandes mitos que adora la humanidad; que en nuestra edad juzgáis imposible la repetición de esos fenómenos sublimes, y quizá leéis con incredulidad cuanto sobre el mito de Garibaldi escriben los mitógrafos italianos, aquí teneis un mito moderno creado bien a nuestra vista. Echad años sobre él; dejadle que en el seno del pueblo pase de boca en boca en las veladas del hogar, y dentro de algunos siglos la leyenda dorada tendrá tres héroes más, y quién sabe si el Santoral contará tres nuevos nombres.

La historia es de esas que oprimen el alma y empañan los ojos. Empieza en un idilio, se desenvuelve en un drama, termina en una tragedia horrible, más horrible que los paisajes más sombríos del infierno imaginados por el Dante, y en los cuales el conde Ugolino pasea la mirada sobre los restos inanimados de sus hijos.

Un pobre padre que se muere de hambre, y a quien sólo une a la vida el cariño de una preciosa niña de siete años que antes constituyó toda su alegría, y constituye ahora su martirio, porque sufre más con las privaciones de ella, más, mucho más que con las suyas propias. Días de desesperación profunda, noches eternas de insomnio en que la tentación se alaba poderosa y le gritaba: ¡Mátate! La vida es cansancio, agotamiento, hambre. Allí, en el seno de una noche sombría, está el descanso, el reposo, la calma imperturbable del no sér.— Él se resistía sin duda, a veces se dejaría convencer; pero la vista de su hija debió ahuyentar la tentación más de una vez. Lejos, muy lejos, desvaneciéndose en el fondo, una perspectiva risueña, un pleito, es decir, una esperanza que podría ser una realidad, que podría ser el descanso, el reposo, sin pasar por el crimen...

Un día, el cielo debió aparecer más sombrío. La necesidad alzó la voz con más imperio... La niña se quedó en casa. El padre salió, y recorrió la calle de Amargura; refirió una por una sus desgracias, contó historias de esas a que nadie presta crédito porque, como dice un célebre poeta francés, «la conciencia tiene miedo de creer lo que dicen los desgraciados.» Ni un una puerta se abrió para recibirle, ni una voz amiga le infundió fé ni le prodigo consuelos... Volvió a su casa y se encerró en su cuarto con su hija, cuando ya era completamente de noche.

¿Qué pasó allí durante esas largas horas de la noche en que todo era negro, la habitación, el cielo y hasta el alma de aquel hombre? Decidido a morir, ¿cuántas veces apuntó el revólver a la cabeza inocente de su hija, y cuántas lo abandonó con desaliento?... ¿Quién lo sabe! ¿Quién puede imaginarse siquiera el monólogo de ese hombre que quizá repitiera aquellas palabras del otro célebre monólogo, del monólogo de Hamlet: «Morir es dormir... ¡tal vez soñar!... Adelantándose a los acontecimientos, deduciendo por las penalidades del presente las luchas desesperadas del porvenir, vió a su hija en el mundo abandonada, sola, sin su apoyo, sin el sostén de su cariño... y, decidido, apuntó, hizo fuego, y volvió el arma contra sí... Gritó la gente, acudió la autoridad, saltó la puerta hecha pedazos, y, tendidos en sus lechos, dos cadáveres recibieron a los que llegaban. En una carta había escrito el padre. «Me mato y mato a mi hija para que no sea desgraciada.»

¡Extravío sublime del amor paternal! Ese hombre no debió matarse nunca, porque tenía que vivir para su hija. Decidido a desertar de la vida, obró como un buen padre, llevándose la consigo, robándose a la miseria...

La niña quedaba sola, era bonita... ¡Hizo bien!

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.



DON DON

**Ramon Ferrandez Manuel Vellés**

COMANDANTE TENIENTE

DEL BATALLON RESERVA DE SANTA COLOMA DE FARNÉS

Fueron fusilados á las ocho y cinco minutos de la mañana del 28 de Junio de 1884, en la ciudad de Gerona.

**R. I. P.**

**INTERESES MATERIALES**

**Los caminos de hierro del Pirineo**

Veinte años de continuos estudios á lo largo de la frontera francesa, han dado por resultado el rompimiento completo con las dudas y los recelos, cediendo de una vez á la imperiosa necesidad de atender á los grandes intereses que yacen sin desenvolvimiento al lado acá de los Pirineos.

Las nuevas vías de comunicacion van á abrirse al fin entre Francia y España, por en medio de la gran barrera natural que divide esos dos pueblos, que razones políticas separaron un día. Dos grandes vías, las más directas posibles que unan más y más París con Madrid y París con Cartagena. Dos nuevas vías entre el país esencialmente productor y el inmensamente consumidor: entre la España y la Francia.

Excusado es enumerar los grandiosos beneficios que esas dos nuevas vías pueden llegar á producir á nuestra patria; y digo excusado, porque hasta en el ánimo del más ignorante existe el completo convencimiento de que tanto una como otra serán para España dos rios de oro al procurarle ambas los medios de rápidos y económicos trasportes de los ricos productos que su suelo y su industria posee.

Del estudio hecho por los ingenieros de Francia y España, resulta que el Pirineo ofrece de uno y otro lado pasajes bastante fáciles.

Por la parte de Cataluña, una sola vía parece estar ya indicada y casi admitida por la comision franco-española. La vía de la Noguera Pallaresa y el Valle del Salat. Esta línea, partiendo de Lérida, deberá unirse en Saint-Girons al ferro-carril francés.

Dos vías en proyecto por la parte de Canfranc y el Roncal, para servir á las provincias de Navarra y Aragon, y acortar las distancias que hoy separan la capital de Francia con la de España.

Dejando para más tarde el tratar de la que por una nimidad parece haber sido adoptada para Cataluña, y concretándose á las dos del bajo Pirineo, la primera cosa que se ofrece es esa mala inteligencia ó ese espíritu de oposicion á todo lo que es economía de trabajo y economía de intereses, que casi siempre se ve en nuestro país cuando el bien general está interesado.

Trátase de una vía que, estrechando las distancias entre París y Madrid, sirva al propio tiempo para dar fácil salida á los productos de algunas provincias que parecen desheredadas ó olvidadas hasta ahora, para no disfrutar de los medios directos de rápida comunicacion con el extranjero.

Trátase de una sola vía, y para ella se presentan dos proyectos. Uno de ellos, el de Canfranc, el que, sin casi estudiar el segundo, se aprueba, se adjudican sus trabajos, se le concede la autoridad de una ley y una subvencion votada por las Cortes. ¿Es que, por ventura el primero, se ha considerado más ventajoso que el segundo...? ¿Es que el de Canfranc se ha estudiado más que el del Roncal...? Dejando aparte la ley y la subvencion votada por las Cortes y viniendo á la adjudicacion... ¿qué podrá decirse del entonces ministro de Fomento, del inolvidable Sr. Albareda...? No parece sino que ha querido dar una prueba más de ligereza al intentar comprometer en esa adjudicacion y en la inauguracion de los trabajos, por S. M. Don Alfonso XII, en 20 de Octubre de 1882, el gobierno de que formaba parte, y, lo que es más grave aún, la personalidad del rey, por la razon de que la adjudicacion y aun la inauguracion podian quedar reducidas á simples pantomimas, á causa de la condicion establecida de que si el gobierno francés no adhiere á la construccion de la línea por Canfranc, la construccion no será válida, toda vez que los trabajos no pueden principiarse sino despues de un comun y completo acuerdo con la Francia.

Ligereza y más que ligereza, porque en realidad, ¿qué interés ó intereses, sino los personales, tenían que asegurar esos hombres, siempre encubiertos, para obrar de esa manera?... No es mi ánimo el descubrirlos por hoy, pero sí el demostrar lo absurdo de lo hecho, y probar matemáticamente que la línea de Canfranc es perjudicial á los intereses del Tesoro español, y de paso,

demostrar que la personalidad augusta del Rey no ha podido quedar comprometida en esa desleal maniobra, toda vez que si bien es cierto, hace dos años el gobierno y el monarca, pusieron sus firmas en un acta de inauguracion, fué bajo la reserva de que ese acta sería también firmada por el gobierno francés. Ahora bien; si mis antecedentes son exactos, la Francia, que no tiene compromiso alguno, y que desea emplear sus intereses en trabajos serios, útiles y productivos, no quiere Canfranc... prefiere la línea del Roncal.

No basta decir, es preciso probar. Francia, menos viciada aún, en ciertos manejos de camarillas, prefiere la una en vez de la otra, por el sólo motivo de que, al invertir sumas de alguna consideracion, busca, como es natural, el mayor beneficio posible. Francia en negocios es más practica que nuestra patria.

Fácil es comprender que la línea del Roncal, ella sola, sirve de una manera altamente satisfactoria, tan al Aragon como á Navarra, Madrid y demas provincias del Sur de España, y mucho más que la privilegiada y onerosa de Canfranc, y los Aldudes.

Dos razones poderosas hablan en favor de la línea del Roncal. La primera, es, que esta vía sirve más directamente y mejor que toda otra los intereses de las provincias antes citadas, y la segunda que de la línea del Roncal á la de Canfranc, hay una diferencia en beneficio de aquella de 20.660.000 pesetas de economia para el Tesoro público. Y como asercion de esa enorme diferencia, á economizar, me permitiré hacer la comparacion del costo que una y otra vía pueden tener.

**Primer proyecto: línea de Canfranc**

	Francos.
El túnel para llegar á Francia, tendrá 6 k. 733 m., y de costo cerca de . . . . .	25.000.000
De los que la mitad serán por cuenta del gobierno español. . .	12.500.000
Desde el punto trazado en Huesca, que es en el que esta vía se unirá á las ya hechas en España, hay 136 kilómetros, por cada uno de los que las Cortes han votado una subvencion de 60.000 pesetas, ó sean. . . . .	8.160.000
<b>Total general á cargo del Tesoro público de España. . . . .</b>	<b>20.660.000</b>

Si como parece tener la intencion la Compañía, mal llamada Aragonesa, modifica su trazado y lo extiende para servir en mejores condiciones los intereses de Aragon y Navarra; cada kilómetro de más de los 136 citados, costará otras 60.000 pesetas.

Aragon será la única provincia bien servida por la línea de Canfranc, pero Navarra y las provincias de Soria, Guadalajara, Madrid y el Sur de España, no ganarán absolutamente nada con esa nueva línea y quedarán tan mal servidas como lo están hoy, despues de un gasto de 20.660.000 pesetas, hecho por el país.

Hay más; por una ley de 12 de Enero de 1877, el gobierno español está autorizado á adjudicar le concesion de 172 kilómetros de camino de hierro entre Baidés y Castejon, lo que representa un gasto de pesetas 10.320.000 más á cargo del Tesoro.

Tal es la situacion establecida con la adopcion de la línea de Canfranc; y Castejon no estando directamente unido á la frontera ¿cuál es la distancia que se acorta entre París y Madrid?...

**Segundo proyecto: línea del Roncal**

Una compañía española ha ofrecido al gobierno de la nacion, el construir sin subvencion una línea que, partiendo de Baidés y pasando por Castejon y el Roncal, llegue directamente á la frontera francesa. Esta línea tiene de

Baidés á Castejos. . . . .	172 kil.
De Castejon á Sigues. . . . .	101 » 243 m.
» Sigues á la frontera francesa. . . . .	38 » 754 »
<b>Total. . . . .</b>	<b>311 » 997 m.</b>

Más un ramal de Sangüesa á Pamplona. . . . . 50 » »  
**Total á construir. . . . . 361 » 997 m.**

Navarra, Soria, Guadalajara, Madrid y todo el Mediodía de España, estarían perfecta mente servidos; pero Huesca y Zaragoza no lo serían tan bien como con la línea de Canfranc.

No sería justo dejar á las provincias de Huesca y Zaragoza, sin participacion directa en el beneficio que esta nueva vía puede y debe proporcionarle, y para ello, puesto que la Compañía Española ofrece al Tesoro una economia de 20.660.000 pesetas votados el 12 de Enero de 1877 para la de Baidés á Castejon, forzoso sería construir un ramal de Sigues á Huesca de 92 kilómetros y otro de la Venta de Turuñana á Zuera de 40, total 132 kilómetros con derecho á subvencion, y por los que el gobierno gastaría 7.920.000 pesetas.

Con la línea del Roncal, el Tesoro público ganaría:

1.° La subvencion total de la de Canfranc. . . . .	20.660.000
2.° La diferencia entre la subvencion de Baidés á Castejon, sea . . . . .	2.400.000
<b>Total pesetas. . . . .</b>	<b>23.060.000</b>

Las ventajas que lleva la línea de Roncal á la de Canfranc en economia de intereses está demostrada, y el siguiente cuadro comparativo demostrará también la que existe de tiempo por las distancias que acorta una y otra vía:

	Distancias			Diferencias en favor de		
	Actualmente Por Canfranc	Por Roncal y sus ramales	Kilómetros	Canfranc sobre la línea actual	Roncal sobre la línea actual	Roncal sobre Canfranc
Entre Pau y Huesca. . . . .	556	226	217	330	339	9
» » y Zaragoza. . . . .	481	301	250	18	225	45
» » y Pamplona. . . . .	311	31	205	96	96	0
» » y Madrid. . . . .	783	642	525	141	258	117
» París y Huesca. . . . .	1233	1009	980	224	253	29
» » y Zaragoza. . . . .	1158	184	1019	74	139	65
» » y Pamplona. . . . .	973	978	968	1	1	0
» » y Madrid. . . . .	1480	1475	1288	35	172	137

Ciento treinta y siete kilómetros de diferencia en la línea del Roncal sobre la de Canfranc, para estrechar las distancias que separan Madrid de París, y 23.060.000 pesetas de economia para el Tesoro español.

Cifras bien exactas y nada despreciables, y en las que tanto el país como el gobierno y la comision nombrada para el estudio de los ferro-carriles transpirenaicos, deben fijar su atencion.

Conocido de todos es el celo que por los verdaderos intereses de España ha demostrado siempre S. M. el rey, para dudar un minuto, que por sostener lo hecho y por no confesar el error posible de su gobierno de entonces, deje en la ocasion presente de un lado los intereses de la patria.

Por otra parte, la situacion creada entre España y Francia por el ex-ministro Sr. Albareda, quedará completamente despejada, y esa subvencion de 23.060.000 que se economizaría con la adopcion de la línea del Roncal, podrían perfectamente aplicarse á la de Noguera-Pallaresa.

Si la Compañía llamada Aragonesa, es una verdad, y no una de tantas como las que hasta ahora han sido poderosa causa de la lentitud con que nuestro comercio, nuestra industria y la riqueza de España en general, ha tardado y tarda en desarrollarse; si esa Compañía ha hecho algunos desembolsos justificables... el país haría bien en abonárselos y desligarse de ella, evitando así, tal vez, disgustos posteriores.

Una objecion podrá hacerse, y es la de ¿por qué la línea de Canfranc necesita subvencion, cuando la del Roncal no la admite?... El Sr. D. Eusebio Page, inspector de puentes, caminos y canales, ha calculado perfectamente que el tráfico de la línea de Canfranc no pasará de 15.000 pesetas por kilómetro, y si de esta cifra se deducen los gastos de explotacion, ¿qué es lo que quedará para el pago de intereses á los capitales invertidos en la construccion de esa línea?

La Compañía española, peticionaria de la vía del Roncal, segun los documentos remitidos al gobierno, prueba que los productos en el primer año serán de 28.000 pesetas por kilómetro y que aumentará cada año hasta llegar á 40.000 pesetas.

Ahora bien; calculando un gasto de 40 por 100 para la explotacion, quedaría un beneficio en el primer año de 16.800 pesetas, cifra suficiente á pagar los intereses del primer capital invertido.

A. FERNANDEZ.

Toulouse 2 de Julio de 1884.

**ADVERTENCIA**

Un incidente imprevisto nos ha obligado á retrasar la publicacion del presente número, y en vista de esto, insertamos el discurso pronunciado en el Congreso el día 5 por el eminente tribuno español D. Emilio Castelar.

MADRID

Imp. de EL PROGRESO, á cargo de B. Lanchares, Soldado 1.

el apoyo de una mayoría ó con el decreto de disolución. Sin contar con ese decreto, ¿se hubiera encargado el Sr. Sagasta, en Febrero, para ser un ministerio de verano, ni se hubiera encargado en Enero siguiente el Sr. Cánovas, para constituir un gabinete de invierno? Pues nosotros no podemos suponer que el Sr. Posada Herrera y sus compañeros aceptasen el poder, para ser un ministerio de otoño. Si tenían la disolución ¿por qué no la pidieron? Y si no la tenían ¿por qué entraron? ¡Ah, señores! Por el espíritu de perdición; por aquel espíritu de perdición, que teniendo que elegir en 1814 entre los diputados de Cádiz y los apostólicos, optó por los apostólicos; por aquel espíritu de perdición que en 1823 optó por los descendientes de los persas, apoyados por los cien mil hijos de San Luis, contra los liberales: como optó en 1843 por Gonzalez Brabo contra Olózaga; en 1856 por O'Donnell contra Espartero; en 1866 por Narvaez contra O'Donnell. Por ese mismo espíritu de perdición...

El Sr. Presidente: Creo que va S. S. por un camino bastante peligroso.

El Sr. Castelar: Señor Presidente, ese espíritu es como el espíritu humano, como el espíritu nacional, como otros muchos espíritus colectivos que no se condensan en una misma persona, sino que están en los sucesos, en los hechos históricos, en las determinaciones de los partidos; yo iba á decir, que ese espíritu de perdición optó...

(El señor presidente hace sonar la campanilla.)

El Sr. Castelar: Qué, ¿no se puede optar en política?

El Sr. Presidente: No es eso; es que veía á su señoría en camino de decir algo que no consiente el reglamento, y me creía en el deber de llamarle la atención.

El Sr. Castelar: No era necesario, porque he prometido no decir ninguna frase inconveniente, y no había de dar lugar á que su señoría pudiera decir que faltaba á mi palabra.

El Sr. Presidente: Ni yo creía que S. S. podía faltar á ella, sino que en el calor de la improvisación podía decir algo de aquello mismo que se había propuesto no decir.

El Sr. Castelar: No, señor presidente; iba á decir que ese conjunto de fuerza, ese espíritu de perdición, teniendo que optar entre los liberales apoyados por una democracia y los conservadores apoyados por la Union Católica, ha optado por los últimos; esto es cuanto me proponía decir.

En la última crisis se ha interrumpido la realización de dos cosas que vosotros mismos anhelaís: la demostración en que son compatibles la monarquía y la democracia, y la proximación á la monarquía de fuerzas democráticas. Ahora sucede todo lo contrario; en torno de la monarquía hay una concentración de fuerza opuesta á vuestros ideales, y tengo que añadir, que si yo fuese capaz de abandonar mis procedimientos, ya estaría realizada la unión de todos los partidos republicanos, con la sola excepción de los defensores de la utopía; la unión republicana no está hecha, porque yo no cedo, porque yo me mantengo en mi actitud y en ella persistiré hasta que vea desvanecidas mis esperanzas. ¿No habeis oído decir al Sr. Muro, que estaba conmigo? ¿No habeis oído en qué términos tan lisonjeros para mí me ha aludido el Sr. Portuondo? Pues yo no he recogido esas alusiones; las he oído en silencio, porque no quiero que á mi lado venga nadie hasta que á venir le obligue su propio convencimiento, hasta que no esté tan convencido como yo de aquí no se puede promover la guerra civil.

¿Con qué elementos contáis vosotros? Con el sentimiento monárquico y las bayonetas del ejército. ¡Ah, el sentimiento monárquico! El señor ministro de la Gobernación decía hace pocas tardes al Sr. Portuondo: «Si vosotros no estuvisteis en Alcolea!» Y el señor Portuondo, volviéndose á mí, decía: «Ya contestará á eso el Sr. Castelar.» Pues yo contesto, que, en efecto, nosotros no estuvimos en Alcolea: admito la tesis. Nosotros no hemos descompuesto el principio monárquico; no estuvimos entre los que arrancaron aquella abdicación á Carlos IV; no hubo ningún republicano entre los diputados que declararon loco á Fernando VII en las Cortes de Cádiz; nosotros no entramos en el palacio de la Granja para imponer á la majestad real el mandato del pueblo y del ejército; nosotros no embarcamos en la nave del destierro á la reina doña Cristina; nosotros no acribillamos á balazos las escaleras del palacio de Oriente; no escribimos el programa de Manzanares, diciendo que se necesitaba un trono sin camarillas que lo deshonrasen; no dictamos aquellas palabras que decían: *once años de lamentables equivocaciones, han introducido absurdas desconfianzas entre el trono y el pueblo*; nosotros no contribuimos al proceso de Olózaga; no fuimos á Alcolea; porque aquella monarquía que apoyaban los guerreros con sus lanzas, y á la que daban prestigio con sus laureles los poetas, aquella monarquía en cuyas sienes se reflejaba la corona de Dios, la habeis destruido vosotros, nosotros no hemos hecho más que traer nuevos sentimientos, nuevas ideas, nuevas instituciones, las ideas y los sentimientos que habeis derrocado y extinguido vosotros.

Quisiera tratar la cuestión del ejército, pero es muy tarde y quiero concluir; sólo recordaré la frase de aquel escritor antiguo: «Para todo sirven las bayonetas, menos para sentarse en ellas.»

Señores, las honradas masas carlistas no se han sumado á vuestras fuerzas, á pesar de las promesas del señor ministro de Fomento: los fondos públicos han bajado desde que entrásteis en el poder; la tranquilidad moral, según dice el discurso de la Corona, está perturbada; vuestra unidad política está rota, desde que en vuestro seno ha ingresado la Union Católica. Representais un peligro para el Estado; un deber de patriotismo os obliga á dejar ese sitio para que a él venga quien pueda abrir los comicios, restaurar el régimen electoral, devolver la autoridad al Parlamento, conjurar las nubes del ultramontismo, traer la paz á los espíritus, extinguir con el bálsamo de la libertad este fuego de guerra civil que habeis encendido. Alejaos de ese sitio, y prestareis el mayor servicio á la paz, al orden, á la libertad y á la patria. — He dicho.

## CAMPOMANES

### IV

Al desaparecer la Casa de Austria dejó sangrada la nación, con la putrefacción y el virus en las venas. Toda la fuerza, toda la vitalidad nacional, habíase gastado en atrevidas é inútiles empresas: el comercio y la industria yacían aniquiladas bajo el peso de las más torpes y anti-económicas medidas; en fin, desde Carlos V habíamos descendido hasta Carlos I, época en la cual, si no teníamos ejército de arrojados soldados, teníamos un clero formidable y batallador que había avasallado al mismo rey.

Añádase á estos males la expulsión de los judíos primero, y luego la de los moriscos, que tras de alejar de España á un gran número de habitantes, la privó de una población activa y laboriosa. Otra parte enérgica y emprendedora del pueblo se perdió para la Península, ya en las continuas y anti-nacionales guerras que la errada política de la Casa de Austria promovía por toda Europa, ya en los países remotos del Nuevo-Mundo, donde el entusiasmo religioso y la codicia del oro llevaron á una atrevida multitud. Los conventos sepultaron en su seno la flor de nuestros campos y la esperanza de nuestros talleres. Las riquezas de América, traídas á España, pasaron por ella como por un canal, para dejarnos la holganza y llevar á otros climas los estímulos del trabajo, pues ya nos limitábamos á comprar lo que otros fabricaban. Y si á todo esto se agrega la persecución continua y organizada, que no descansa, que se extiende por todas partes, que se apodera del hombre desde la cuna para no dejarlo hasta el sepulcro; que está en acecho de todo acto de la libre razón para castigarlo; que al menor asomo de independencia acude con suplicios para reprimirlo; que, por último, traza el círculo inflexible dentro del cual ha de permanecer encadenado el pensamiento; esta persecución, sí, que mata la inteligencia, apaga el génio y convierte en pigmeos á los que pudieran ser gigantes.

Después la guerra de sucesión vino á completar la total ruina y decadencia de España.

Campomanes sentía una profunda necesidad de aplicar el escalpelo que había puesto en sus manos la necesidad de las reformas, y descartar al país del montón de abusos, apropiándose solamente aquellos elementos útiles y fecundos.

Veía al clero que, olvidado por completo de su misión divina, cifraba todo su celo en la adquisición de bienes terrenales, en tanto que conspiraba siempre para extender su círculo de acción en las esferas de gobierno, casi absorbidas por él; veía á las instituciones monacales amortizando la propiedad y paralizando así los más principales adelantos que reconocen su origen en el derecho de propiedad; veía á la ganadería y á la agricultura extenuarse y morir; la amortización civil que engendra el vicioso sistema de colonia; la muerte, en fin, desparramada por los campos, y en ellos, como piadosa compensación, la famosa sopa de los conventos, distribuida entre aquellos mismos

pobres creados por la riqueza y el esplendor monacal.

Estos males eran, sin embargo, profundos, y Campomanes conocía toda su intensidad. Pero aplicado el remedio con perseverancia, sabía que al fin estaban llamados á desaparecer y á verse libre de ellos el cuerpo social. Cada uno de los ramos de la Administración pública fué, pues, objeto de meditados estudios por parte del sábio legislador, que no hacía escuchar su voz sin que fuese para proponer los medios de extirpar abusos, introducir reformas, desterrar perjudiciales preocupaciones y realizar mejoras y adelantos que condujesen á la nación á más prósperos destinos.

A su vez el arte, la fabricación, la industria estaban sujetas de antiguo al privilegio y al gremio, hasta que en el reinado de Carlos III empezó Campomanes con mano fuerte á proteger su ejercicio. Por algún tiempo cuestión tan importante debatíase con calor en los altos Consejos del Estado, en las Sociedades económicas, en las Academias y otros Centros científicos, desde su origen legal por la época de la reconquista y en virtud de reales licencias para unirse ó asociarse, libres del señorío particular, los obreros de una misma industria, arte ú oficina, con franquicias que hicieron próspero y floreciente su estado social. Esta generosidad de los antiguos reyes de Castilla y Aragón desapareció bien pronto ante la reglamentación por medio de la que se levantó de un modo el espíritu de clase ó corporación y el de categoría profesional ó individual, que los maestros y patronos pudieron convertirse fácilmente en jefes despóticos y absolutos de sus respectivas fábricas ó talleres, para gozar después exclusivamente del trabajo de sus subordinados, obreros oficiales y obreros aprendices.

Era esto la esclavitud del trabajo, ni más ni menos. Las leyes gremiales y los reglamentos que regían, las relaciones entre los maestros y sus dependientes encerraban la industria entre los mezquinos límites del favor y del privilegio, lo que causaba un iamenso perjuicio al país productor y consumidor, é impedía el ejercicio natural que todo hombre tiene de ocuparse útilmente para conservar su existencia, dónde y cómo juzgue conveniente, según sus inclinaciones, aptitudes y facultades. Organizados así los gremios, han corrido los siglos casi hasta nuestros días, sin que aquéllos sufriesen apenas modificación alguna en sus leyes, reglamentos y ordenanzas, ejerciendo su maléfico influjo en las grandes capitales, con la centralización industrial en manos de unos pocos, autorizados exclusivamente para trabajar, y aún esto con arreglo á las disposiciones oficiales, todas relativas á las vigilancias, comisos, penas, prohibiciones, castigos, multas, denuncias y demás vejaciones inherentes á un sistema tan opresor y absurdo, opuesto á la civilización é incompatible con el desarrollo de la riqueza pública. Pero en el reinado de Carlos III, y por las causas anteriormente dichas, comenzó la agitación entre Campomanes y demás personas ilustradas de aquella época, para reformar poco á poco esa viciosa y absurda organización del trabajo, y algo consiguieron fomentando la división de los oficios, de las artes é industrias, medio único de que aquéllos y éstos prosperasen contra el espíritu de las leyes, y á despecho de los egoístas maestros, y protegiendo cerca del gobierno á los obreros que emigraban con el objeto de perfeccionar sus conocimientos sobre materias especiales, aplicándolas luego en nuestro país con gan ventajosa suya y de una numerosa clientela. Determinó éste, por el pronto, que en muchos puntos algunas industrias antiguas, y casi todas las nuevas, se emancipasen de la tiranía gremial para vivir con entera y absoluta independencia; que la agricultura se extendiese sin trabas de ninguna especie, y que otros oficios de reconocida importancia en las grandes capitales, y aún en Madrid mismo, adoptasen con gusto tan provechosa innovación. Vióse también que aquellas industrias, crecientes por la influencia benéfica de la libertad, no sólo podían competir, sino que aventajaban con exceso á las esclavizadas por las ordenanzas, resultando de esta

concurrancia el progreso cada vez más claro y manifiesto de las primeras, el retroceso y ruina de las segundas.

En su *Industria popular* examina Campomanes las principales causas de nuestra decadencia industrial, proponiéndose destruirlas. El oro llegado de América elevó de un modo inusitado la mano de obra, y queriendo los empíricos arbitristas remediar esta inevitable oscilación, fundada en la misma naturaleza de las cosas, introdujeron la tasa, que añadía nuevos males á los que trataban de evitar.

Como no es posible que ningún hombre escape á las preocupaciones de su época, Campomanes no pudo desprenderse de la idea de crear útil y provechoso al país que el gobierno fuese protector y director de las industrias; y hé aquí por qué, queriendo remediar la extracción de las primeras materias, aconseja que se prohiba este tráfico, no comprendiendo que estos productos dejarían de buscar los mercados extranjeros, así que los tuvieran favorables en el país.

Esta teoría le conduce á considerar como una de las causas de nuestra decadencia industrial la introducción de los productos manufacturados en el extranjero, y á abogar para que se cierren nuestros mercados á la industria de las demás naciones, creando así un odioso privilegio en favor de los fabricantes, con grave perjuicio de todos los consumidores.

Errores eran estos engendrados por el buen deseo, pues nunca mira alguna bastarda extravió el recto criterio de Campomanes, encaminado siempre á investigar los mejores y más oportunos medios de que su patria alcanzara la grandeza y bienestar á que le daban derecho sus naturales y propios elementos y la aptitud de sus hijos.

Otra de las causas de nuestro abatimiento, la encontraba justamente Campomanes en los grandes despoblados que existían en España, hallándose por lo mismo inmensos terrenos infructíferos por falta de cultivo.

Una de las personas cuya gran cultura le había granjeado el odio implacable de la inquisición, D. Pablo Olavide, concibió el proyecto de colonizar algunas de estas comarcas. Difícilmente hubiera podido realizar el pensamiento de colonización, á no contar con el caloroso celo con que Campomanes defendió la idea, logrando que el monarca la aceptase. Al propio tiempo que el repúblico asturiano patrocinaba la empresa de Olavide, redactó el fuero que debía servir de guía á aquellas nuevas poblaciones, documento en que se demuestra un profundo conocimiento del corazón humano, y los humanitarios y civilizadores sentimientos que resplandecían en el noble patricio.

ANTONIO GUERRA Y ALARCON.

## EL MARQUÉS DE POMBAL

Continuación

Pero con la muerte de José I terminó la privanza del célebre Ministro. Al Rey debióle los títulos de Conde de Oeyras en 1759 y Marqués de Pombal en 1770, con toda clase de honores y distinciones: pero le debió sobre todo la confianza más absoluta y constante que nunca ha hecho Rey de un Ministro y de un súbdito: confianza recompensada, es cierto, por la inmarcescible gloria que lleva el laboriosísimo reinado de aquel Príncipe, y que es debida toda á Pombal. Pero ello es que sin esta confianza tan completa, tan singular, tan extraordinaria, nunca el Ministro hubiera podido intentar ni hacer nada.

No falta, empero, quien sospeche que tal fé y tal intimidad fueron efecto de otra cosa que de la pura simpatía del rey, de algo extraño á la estimación excepcional que éste profesaba al gran ministro, cuyas brillantes condiciones cada día se ponían más en evidencia y cada vez eran más vivamente provocadas por difíciles é imponentes circunstancias. Supónese que aquella intimidad era el resultado de una imposición, y para esto se tiene en cuenta así el des-

vio del rey por los negocios de Estado cuanto el talento y la singular habilidad de Pombal, junto á su carácter dominante, por los cuales una vez introducido en palacio se aseguró allí de un modo irresistible, confundiendo su suerte con la del mismo rey,—como lo demostró la conspiración de Aveiro—y manteniendo constantemente sobre el tapete un problema grave, para cuya resolución eran indispensables la inteligencia, la actividad y los bríos del temible y afortunado ministro. Así y todo, esto no podría hacer más que confirmar el alto valor de Pombal, cuya administración duró absolutamente lo mismo que el reinado de José I.

Tales sospechas preténdense confirmar con el hecho de que en la carta que el rey José escribió á su hija Doña Maria, dándole instrucciones «para hacerse igualmente grata á su pueblo y á Dios, y que muerto aquel entregó á ésta el Patriarca de Lisboa, no se hace mención siquiera del ministro Pombal. Supónese que al redactar aquel documento, José respiraba por primera vez con libertad y hacia uso de ésta para librar á su hija del terrible despotismo de que él había sido víctima. Pero sobre que la autenticidad de aquella carta es objeto de muchas y muy fundadas dudas, de todos modos nada empuja su existencia al alto concepto de que Pombal disfrutó en su tiempo y la fuerza que la adhesión nunca vacilante del monarca prestó á aquel hombre ilustre, comprometido resueltamente en la empresa de imponer de un modo absoluto y sobre todos, la autoridad real.

El silencio de la carta (verdadera ó supuesta) de José I sirvió á maravilla á los enemigos de Pombal, que utilizando todos los recursos, consiguieron prevenir y ganar á la nueva y joven reina, de modo que á pretexto de inaugurar su reinado con un gran acto de clemencia, decretase un indulto general, por cuya virtud salieron de las cárceles y volvieron del destierro todos los perseguidos por causas políticas bajo la administración del célebre ministro. El golpe produjo su esperado efecto. Pombal dimitió el cargo de primer ministro que había aceptado al día siguiente del terremoto de Lisboa, y se retiró á una de sus posesiones.

Desde aquel instante (desde 1777), la reacción puso el pié en el palacio de D.<sup>a</sup> María, y bien que ésta se despidiese de Pombal conservándole el título de secretario de Estado y aún otorgándole la encomienda de Lamosho, á poco, en 1780, tenía que firmar un decreto de revisión de la causa formada á los cómplices de Aveiro. Los jesuitas habían vuelto á Lisboa: Seabra y Andrés de Sá, grandes enemigos de Pombal, habían subido al ministerio, y la multitud con su ceguera de siempre, obedecía á los manejos reaccionarios, alborotándose y rompiendo el retrato de aquel hombre que, sirviendo la causa del rey, había hecho lo que ninguno por la emancipación del pueblo y por la grandeza de Portugal.

No consintió la suerte que Pombal muriese antes de apurar la copa de amarguras que la desgracia reserva á aquellos que en la miseria pueden recordar las bellezas de los tiempos felices. Pombal llegó á ser el hombre más afortunado, más envidiado, más rico, más poderoso de su tiempo: pero, también jamás ministro alguno cayó tan hondo ni tuvo que soportar mayores injurias y vilipendio. La revisión de la causa dió de sí lo que era de esperar: la condenación de Pombal, al que le fué condonada la pena en que se suponía había incurrido, con la de destierro á veinte leguas de Lisboa... ¡á los ochenta y tres años de edad! La desgracia coincidía con la ruina de su salud y el quebrantamiento de todo su ser. A los seis meses murió Pombal—y el odio de sus enemigos se cebó en su memoria. ¡Su familia no pudo celebrar funerales, y la pasión llegó, Señores, á prohibir que sobre su tumba se escribiese el más ligero epitafio!

La historia le ha puesto uno, arrebatándole de los irónicos lábios, de sus émulos y sus enemigos para hacerlo perdurable: ¡*El gran marqués de Pombal!*

Y aquel pueblo mismo, á los cien años—el 8 de Mayo de 1882—llenó de arcos triunfales las principales ciudades del reino, abrió sus Uni-

versidades, sus Liceos y sus teatros á oradores y poetas, invitó á los sábios y los hombres políticos de toda la Europa culta y de la independiente América, para desagrar la memoria del vilipendiado ministro de José I, aclamándole como una de las personalidades más salientes y uno de los obreros más felices de la civilización de Portugal, al propio tiempo que una de las figuras más brillantes del gran Pantheon que á las ilustraciones y las energías modernas viene levantando nuestra generación con sus moralizadores y entusiastas centenarios.

El desagravio tardó, pero ha llegado.

Más lo que llevo dicho, no basta á mi juicio, para formar lo aproximado de la obra del célebre Marqués. Permittedme que entre en algunos detalles interesantes, no sólo bajo el punto de vista del puro interés biográfico, sino como medio de conocer algo el estado de la sociedad lusitana—y por tanto, las corrientes dominantes en una parte de la familia ibérica de la Europa occidental—al mediar el siglo xviii.

Por aquel entonces, Señores, dos grandes influencias se disputaban el imperio de aquel pueblo: pero un imperio completo, absoluto, intolerable. La influencia inglesa que se había hecho dueña del espíritu, de la conciencia, de la vida moral del país.

En el calendario portugués, más de la tercera parte del año la constituían *los días de fiesta*. El covento y la sopa boba eran la delicia de las turbas desarrapadas y holgazanas. La Inquisición mantenía vivos la hoguera en que se consumía el pensamiento, y la confiscación de los bienes de heréticos, con que se aumentaba la hacienda inmune y el campo yermo. El celibato clerical, en un país de soldados y de clérigos, contribuía á que la población bajase y la grosería del placer sensual se impusiese en la vida lusitana, como un positivo fin de la existencia. Los moriscos y los judíos, aquellos mantenedores de la industria ibérica, y que después de la torpe conducta de los Reyes de España buscaron y obtuvieron asilo en Portugal, pagando con creces, gracias á su actividad, á su celo y á su economía, el favor que el vecino reino les había hecho, fueron también expulsados, perseguidos, deportados al Brasil, y atormentados en la Metrópoli.

Methuen había conseguido en 1703 privilegios no compensados, para la industria inglesa, que contribuyeron grandemente á la rápida ruina de la de Portugal; y por este camino de concesiones y preferencias las casas de Londres se hicieron, guardando las formas, las directoras, las verdaderas explotadoras de todo el comercio portugués. Scherer, el ilustre autor de la *Historia del comercio*, ha dicho que la navegación de Europa pasó de este modo del Tajo al Támesis. Inglaterra hizo la banca para Portugal. Tomábase en Londres dinero á 3 por 100, á 3½ cuando más, y era colocado á 10 en Lisboa. Las importaciones anuales de Inglaterra y Portugal excedían á las exportaciones de este último, en un millón de esterlinas, el cual debía saldarse al contado con oro del Brasil, porque Inglaterra no tomaba azúcar ni tabaco, artículos respecto de los cuales, daba la preferencia á sus propias colonias. Esta falta de equilibrio sostenía el curso del cambio sobre Lisboa á 5 por 100 y favorecía el consumo de los vinos portugueses en Inglaterra. Las casas inglesas establecidas en Portugal se habían apoderado del comercio interior. Recibían las mercancías de su país y las distribuían entre los comerciantes de provincia, que frecuentemente realizaban las ventas por sus enemigos comitentes. Una parte de los negocios de comisión llegó á ser propia del comercio inglés. A él pertenecían generalmente las flotas que partían para el Brasil, y por consecuencia las riquezas que reportaban. Los nombres portugueses no figuraban en las operaciones sino por fórmula. Se han estimado en dos mil cuatrocientos millones de francos el oro exportado del Brasil en un período de sesenta años desde el descubrimiento de las minas: y, sin embargo, en Portugal no circulaban más de diez y nueve á veinte millones en 1754, llegando á deber sesenta y dos. Ninguna descripción más elocuente que estas cifras. Portugal era como una criba, por la cual pasaban in-

mensas riquezas sin dejar rastro. Verdad que la exportación de metales preciosos estaba rigurosamente prohibida, pero todos los meses salían dos barcos de guerra, ingleses, del puerto de Lisboa, y exentos de toda visita llevaban sumas considerables.

Así, al mediar el siglo XVIII, Portugal era, en realidad, una colonia británica. Portugal que un siglo antes rivalizaba con todas las banderas en el comercio marítimo; cuyos granos y caldos surtían no pocos mercados del Mediterráneo y cuyas lanas y sedas gozaban de extraordinario renombre, hasta en la misma Italia y en las ciudades anseáticas!

Más graves, aunque en otro orden de ideas, eran las consecuencias de la organización político-social del país vecino. Como en España, la libertad de los Concejos y el poder de las Cortes, que allí habían nacido y desarrollándose del propio modo que en el Centro y Este de la Península, decayeron á medida que crecía en importancia la realeza, cuyo supremo imperio se asegura con la casa de Avis, esto es, hacía los siglos XV y XVI. Pero más que en España, en Portugal arraiga el feudalismo, convertido en señorío al inaugurarse la Edad Moderna, y si bien D. Juan I, y tras él D. Duarte, D. Manuel y todos los Reyes de la casa de Avis, fieles al espíritu á que obedecían por aquella misma época de los Reyes católicos de España, Luis XI de Francia, Enrique de Inglaterra y Maximiliano de Austria, tratan de domeñar la antigua nobleza y de hacerse amigos y partidarios, ora creando los nuevos títulos nobiliarios, ora promulgando la Ley Mental, ora adquiriendo *ad perpetuam* de los Papas la dignidad de Gran Maestre de las órdenes militares, ora reduciendo la jurisdicción criminal de los Señores; sin embargo, esta obra no tiene más sentido ni más límites que la propia y exclusiva conveniencia de la corona. De aquí la subsistencia de los vínculos y mayorazgos, de los *morgados*, de los *prazos* sometidos á la ley *da Avoenga*, y, en fin de las formas todas que consagraban la servidumbre de la tierra, además sofocada por las leyes de cultivo, la tasa y el *absenteísmo* íntimamente unido por aquel entonces á la gran propiedad. De aquí también la esclavitud, más ó menos disfrazada, más ó menos atenuada de la población rural, de los *paisanos*, sometidos á los rigores de los derechos señoriales, consagrados ampliamente en el libro segundo de la *Ordenação Philipina*.

Verdad que con la Revolución de 1640, que llevó al trono á la casa de Braganza y consagró la independencia de Portugal, á despecho de los Reyes de España, parece como que la nobleza se levanta y las Cortes recobran su importancia de antaño; pero el movimiento es puramente anejo y secundario al de la exaltación de la nueva monarquía, en la cual se encarna la idea de la independencia nacional, y por tanto no había para qué esperar que tuviese más alcance ni durase más tiempo que aquellos que fueran compatibles con el interés y la representación de la realeza venia teniendo á partir de don Juan I. Por eso las Cortes son disueltas en 1674, al pretender fiscalizar los gastos públicos, y la nobleza, segura de la protección de los reyes, se satisface con el goce de sus grandes y cada vez más abandonadas propiedades y sus irritantes derechos sobre el paisanaje; indolente, vana, ciega; dejando paso como orden político é influyente al estado eclesiástico, que de esta suerte se halla al mediar el siglo diez y ocho, como el gran obstáculo y hasta cierto punto el verdadero rival de la monarquía portuguesa.

A todo esto hay que añadir, primero, el atractivo de las expediciones lejanas que contribuyó tanto, así en Portugal como en España, á la despoblación y aniquilamiento de los reinos europeos, infundiendo en los ánimos el espíritu de aventura y llevando á las masas los hábitos de irregularidad, de imprevisión, de violencia, y á la postre de holganza, que donde quiera han caracterizado y perdido á los pueblos conquistadores y guerreros. Después, la relajación de la fibra portuguesa y la merma de su riqueza y poderío, debida muy principalmente á la tiranía que por espacio de sesen-

ta años ejerció la España de los Felipes sobre el reino lusitano, lo que, entre otros inmediatos resultados produjo la pérdida del imperio y la influencia de Portugal en las Indias orientales. En tercer lugar, la naturaleza y economía del régimen colonial, inspirado en el espíritu de explotación á que por aquel entonces pagaba tributo toda Europa, y que no tan sólo concluyó con la industria y la agricultura de la Metrópoli, sino que llevó irregularmente á las provincias meridionales de Portugal el virus corruptor de la esclavitud africana y la influencia corruptora de los intereses, pasiones y miserias cuyo libre juego consagraba el modo de ser desastroso; y al mediar el siglo décimo octavo no cabía más allá.

Portugal agonizaba: Portugal moría lentamente. El mal era visible: la gangrena palpable. En este instante aparece Sebastian José Carvalho, que toma sobre sí la rudísima empresa no ya de transformar la sociedad lusitana, si que de volver á la vida al espirante reino de los Borgoñas, los Avis y los Braganzas.

El empeño era grande, difícilísimo, casi titánico; pero esencialmente portugués. No me canso de decirlo; porque en esta oposición de los medios con los fines y en esta exageración de los esfuerzos, no sólo descansa el carácter histórico del vecino reino, si que consiste el secreto de la intranquilidad, el malestar y los verdaderos peligros que acosan en estos momentos á esos lusitanos tan fuertemente preocupados contra el iberismo y contra toda tendencia á sacrificar un ápice de su autonomía regional.

Pombal llevó su atrevida mano á todas las esferas de la vida portuguesa; y si su obra se quebrantó y vino en cierta parte á tierra á poco de caído el osado arquitecto, débese mas que á error de plan y pobreza de idea, al vicio general de su procedimiento, que á su vez dependía del deplorable concepto que del Estado tenía formado el Ministro del rey José y con él los golpes definitivos contra los intereses y los prestigios de más fuerza en la Historia de siete siglos.

En el orden político, la nobleza y el clero fueron las primeras y preferidas víctimas de Pombal; y se explica. Porque de esta suerte no sólo volvía por la independencia de la patria lusitana, si que robustecía y hacia omnipotente al Estado, á la monarquía, que tales condiciones, y á su juicio, necesitaba para salir adelante con la improba, la tremenda tarea de renovar y vivificar aquella sociedad. Con estas ideas, Pombal suprimió los autos de fé, sometió á la confirmación real las sentencias de la Inquisición y arrancó á ésta el poder de confiscar: expulsó los jesuitas y se apoderó de sus bienes; rechazó la bula *Incoena Domini*, despidió al Nuncio del Papa, cortó relaciones con Roma, y preparó con la ayuda de la célebre *Tentativa Teológica* del P. Pereira un cisma cuyas consecuencias hubieran sido incalculables á secundar á la corte de Lisboa las de Madrid y París solicitadas al efecto, y á no haber muerto en 1769 Clemente XII. Limitó los legados pios, prohibió la institución del *alma* de los testadores por heredera y revisó los diezmos y obligaciones de los pueblos á la Iglesia, corrigiendo innumerables abusos y levantando no pocas cargas que con varios pretextos, todos de color y sabor religioso, agobiaban al país; secularizó la enseñanza, dando los *Novos Estatutos* de la Universidad de Coimbra y creando con numerosas cátedras en provincia, el *subsídio literario* sobre los vinos para su sostenimiento: sometió la jurisdicción de los obispos en todo lo no espiritual, al Monarca, limitando la jurisdicción del derecho canónico á los negocios espirituales y los tribunales eclesiásticos; y esto en cuanto no obstase á las leyes portuguesas.

Decidido á levantar la clase media, tendió la mano á los artistas, propietarios y comerciantes, confiriéndoles títulos y dándoles cartas de nobleza con lo cual el mérito personal se sobreponía al honor hereditario, y en las clases superiores se establecía un principio de división, no echado en olvido en los consejos de Maquiavelo; humilló á la nobleza antigua con el atroz proceso de 1758 que llevó al cadalso al duque

de Avoeiro, á los marqueses de Tavora, al conde Atouguia y al Sr. de Souza y reformó los antiguos *morgados* ó mayorazgos, aboliendo los de pequeña importancia é imponiendo como condición de subsistencia para los futuros, que fuesen dotados espléndidamente, con lo cual redujo su número, al propio tiempo que creaba un colegio especial de nobles, para educar sólida y convenientemente á las familias destinadas á ocupar los puestos de prestigio de la sociedad lusitana; transigiendo sólo con la jurisdicción privilegiada de la nobleza, quizá por la importancia que esto tenía para las Casas de Braganza, de la Reina y del Infantado, identificadas con la Real, y que eran las que disfrutaban de casi todos estos privilegios, hasta el reinado de Doña María I.

Y todavía llegó á más; llegó á algo apenas comprensible en aquella sociedad lusitana donde la persecución de los judíos dejó muy atrás cuanto en España realizó la intolerancia de los Reyes Católicos y de nuestros Felipes, y donde la guerra sostenida por motivos religiosos contra mahometanos dentro y fuera de la Península ibérica, señaladamente en los siglos XIII y XVI; y las exploraciones realizadas sobre el litoral de Africa desde la época de D. Enrique y D. Juan II, por Bartolomé Diaz y Vasco Gama, y el desarrollo que la *trata* tomó en primera mitad del siglo XVI, cometida principal, cuando no exclusivamente á los marinos y comerciantes portugueses, y en fin, el espíritu codicioso y la soberbia desatentada de los señores brasileños, produjeron el arraigo y desenvolvimiento de la esclavitud, al punto de que los puertos y plazas del Sur de Portugal se distinguieran, aún á los comienzos del siglo XVII, por el número extraordinario de indios y negros esclavos que en ellos residían. En este particular, Pombal llegó á proclamar solemnemente la libertad de todos los hombres nacidos ó residentes en Portugal, cualquiera que fuesen su raza y su procedencia, y abolió las diferencias legal y social que de atrás existían entre los cristianos nuevos y los cristianos viejos.

En el orden económico, acometió el célebre marqués otras reformas de mucho menor mérito, bajo el punto de vista de su bondad intrínseca, pero no menos características ni de inferior valía, habida cuenta de las condiciones de energía y atrevimiento que suponían de parte de su autor.

Me refiero á los decretos en cuya virtud fueron arrancadas las viñas de una gran parte de Portugal para sembrar trigo: la prohibición de trabajar la seda á todos los que no hubieran recibido lecciones y obtenido título de unas maistras italianas que en vista del fomento de esta industria trajo Pombal; la creación de la Compañía general de agricultura obligada á comprar anualmente todos los vinos del Duro á un tipo fijado previamente por el Gobierno, y á adelantar capitales á los labradores necesitados, á cambio de un extraordinario número de monopolios, como el de la exportación de vinos para el Brasil, el surtido de las tabernas y establecimientos de Oporto, y la destilación de los aguardientes en las tres provincias del comercio oriental concedido á un negociante de Lisboa, y cien otras medidas inspiradas indudablemente en el deseo de levantar la vida económica del vecino reino, pero que sustituyendo de un modo indiscreto la acción y el interés del individuo, absoluto é único competente en ciertas esferas, acusaban una fé ciega en la omnipotencia del Estado, y no dieron de sí más que efectos rápidos é insustanciales, ó descalabros y complicaciones de difícil remedio.

RAFAEL MARÍA DE LABRA.

## MI LOCURA POR EL QUIJOTE

(Continuación)

IX

Nos sucede con alguna frecuencia echar de menos algún objeto, una alhaja, por ejemplo, una carta, cualquier recuerdo querido, que por súbito despertar de la memoria, nos hace falta sacar otra vez de nuestra gaveta, para volver á tocarlo y vivir de nuevo de las impresiones que representa. Pero sucede también entonces que nuestra memoria no nos es del todo fiel, y buscamos el recuerdo querido en la gaveta en que no estaba. Y de esta equivocación nace el temor ó la pena de ha-

berlo perdido, y en la incertidumbre de si lo hemos perdido ó no, crece nuestro deseo de volverle á poseer, y se irrita nuestra necesidad de buscarle y rebuscarle, registrándolo todo, revolviendo el hogar, y llevando nuestra inquietud á secretos y rincones en que tenemos la seguridad de que el tesoro de aquel momento no podía haberse escondido. Nada aviva tanto y con tan viva llama el deseo de buscar como la tristeza de no haber encontrado. Las sagradas páginas dicen, que por eso y para eso, es que un Dios se complace en esconderse á nuestras miradas.

Cuando se ha preguntado tres veces, leyendo el poema de Cervantes:—y ahora, ¿dónde está el caballero?—la pregunta nos arrebatada en delirio semejante al del Quijote, para seguir buscándole y preguntando por él, por los dos, por cualquiera de todos, el Quijote ú otro de sus pares, en los lugares al menos en donde la carta no es posible que se haya extinguido.

No pocas veces pasa cuando nos abandonamos al demonio de la indagatoria (no me atrevo á llamarlo angel, por lo mucho que atormenta), que tenemos en la mano, ó á la mano aquello mismo que perseguimos. Mil veces, en nuestras vueltas y revueltas, viajes locos de judío errante, *Au tour de notre chambre*, como diría Xavier de Maistre, nos rozamos con el objeto de nuestra inquietud, nos estamos quemando con él, y como si fuera el destino quien jugara con nosotros á la gallina ciega, seguimos buscándole y huyéndole á la vez en burlesco vértigo.

¿Dónde está el caballero? seguía yo preguntándome en días pasados con indecible interés, hasta que presa de la calentura, abandoné mi cuarto, mi Quijote, mis otros libros, todo lo que poseo, y me eché á andar por las calles de Madrid, como otro Diógenes, pero llevando por candil único mi corazón inflamado. Convidóme una alma caritativa á la sesión del Senado, que en aquel punto debía estarse abriendo, y le abrí los brazos y le seguí. Un respetable senador estaba en uso de la palabra, cuando penetré en la tribuna, y como yo le conocía de nombre y de fama y de lejos, pensé que la ocasión también para mí la pintan calva.—¡Este me va á dar las señas!—exclamé en mi locura. Pero cuál no sería la vuelta icaría de mis exaltaciones á la realidad pedestre, cuando oí á aquel venerable areopajita español, apellidar *rey intruso* al simpático, al caballeroso príncipe D. Amadeo de Saboya, quien sólo por haber ocupado el trono de San Fernando debía inspirar calificativos más cultos, ó siquiera menos calumniosos, á labios que se precian de hidalgos, á caballeros sin chifladura, para quienes hasta el enemigo es sagrado, cuando aún, sin ser príncipe, llegó una vez á sentarse en su estrado y al amor de su chimenea.

Sali del Senado, como era consiguiente, sin ganas de ir al Congreso; pero mi fatal manía me llevó á tropezar con recuerdos de Cervantes y de su tenaz caballero, en varias plazas y calles, de donde salía con impresiones de posada y mesón, más penosas de enunciar que la del Senado.

Y el caso es, que todo lo que parecía objeto dominante de las conversaciones de este café, de aquel y del otro, de las murmuraciones de la Puerta del Sol y de las oratorias del Prado, parecía también dispuesto para irritar mi curiosidad, y el ferventísimo deseo que se había apoderado de mi alma Oía yo decir en un punto, que dos niños inocentes habían sido asesinados en el corto trayecto que conduce de la capital al cementerio de su patrono San Isidro, y los jueces, en cuatro meses de indagatoria, no habían dado con el asesino, teniendo que renunciar á satisfacer los clamores de la justicia.

—¡Ay! exclamé en mi locura. ¡Si hubiera caballeros como el mío, los infanticidas estarían ya confesos! ¿Dónde está aquel Quijote, que hacia lo que podía, aunque resultase de todas suertes burlado, y se interesaba por los lamentos penitentes de un muchacho indefenso á quien maltrataba cobardemente un hombre en la esquividad de una selva?

Oía yo lamentar en otras partes no sé qué sucesos de Jerez, y me asaltó el deseo de ir allá en busca de lo que buscaba. Entendí primero que en la ciudad del rico vino habría una exposición de bálsamos calmadores ó de otras riquezas, según la boga, pero no tardé en saber que se trataba de una exposición de sangre, de una exposición de sangre, de una exposición de cadalsos, de una exposición de verdugos.

—¡Ay! si mi loco viviera,—dije más loco que él, y que antes,—si viviera aquel loco sublime, que oponiéndose al enojo de la Santa Hermandad, da suelta á los galeotes, entonces no hubiera la noble tierra de España presenciado siete derramamientos de sangre en un sólo día. Entonces, ¡oh Jerez! patria del vino y de la salud,

Nunca fuera caballero  
de España tan bendecido  
como el que hubiera evitado  
aquellos siete suplicios.

Y por supuesto, ya no quise ir á Jerez; pero lo tomé como pude, y hay cosas que me duelen, con aquella paciencia con que respondía Don Quijote á Sancho, cuando éste le aseguraba que le tenía por feo, demasiado feo: «Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso, pero bástale á un hombre de bien no ser monstruo para que le quiera una Altisidora.»

Mi Altisidora, sea dicho de paso, es la Clemencia.

Esto pensaba dando una vuelta al caballo de bronce de la Plaza de Oriente, en sentido contrario al que parecen darle los reyes de piedra, porque estos le vuelven la espalda y yo iba siempre mirándole. Y le miraba así, porque seguía atosigándome mi pregunta:—¿Dónde está el caballero? Felipe V lo era innegablemente, y en la plaza que digo lo parece. Y parecíome oír á Don Quijote repitiendo los avisos que daba á su

escudero en vispera de marchar éste al gobierno de la Barataria, entre otros sobre la manera de tenerse en el caballo.

—«Por que has de saber, Sancho amigo, que el caballo á unos hace caballeros y á otros caballerizas.»

Y es verdad, el caballo de la Plaza de Oriente, hace más caballero á D. Felipe, y el de la Plaza Mayor le da un aire de Sancho en el rucio; pero tan lastimoso, que da tentaciones de llamar á Ginesillo de Pasamonte para que se lo quite como pueda.

Ello es que el último aviso de Don Quijote á Sancho, lo tomé entonces para mi gobierno y me propuse ir á buscar un caballero en donde quiera que bubiese buenos caballos.

No necesito decir que deseché las plazas de toros, por que ordinariamente allí no corren más que caballos á quienes se les niega, con razón, hasta el nombre de tales, y con su muerte, espectáculo seguro de las corridas, no hacen caballeros á los que en ellos cabalgan. Los llamados caballeros en plaza, apenas se están ya. Es necesario que se case un rey ó que se muera una reina, para que uno tenga esperanzas de presenciar esa novedad. Y aunque el espectáculo, además, es bello, presto viene al espíritu del espectador una idea que empaña aquella tan gallarda y momentánea belleza. El caballero solamente lo es porque está allí y mientras allí se luzca; porque después de la corrida ó las corridas en que figure, si merece premio por su maestría, tendrá que descender forzosamente y de caballero pasar á caballerizo, lo cual en rigor no es lo que daba á entender Cervantes.

Coléme en un circo ecuestre, llevado por el enlace de las ideas, porque ya había perdido la esperanza de encontrar lo que buscaba, y porque en los espectáculos modernos de esta clase, lo que divierte más es lo que sorprende, lo que impone, bien sea en un riesgo corrido, bien la atrocidad de un desesperado jugando con la vida. Para mí la sorpresa, si alguna había de tener, hubiera sido la aparición de un caballero que era lo que ya no me esperaba. Vi *ecuyers*: haciendo piruetas tales, que unas veces se me antojaba que estaban sobre caballos y otras sobre las narices de tal ó cual espectador. Eran estos los amantes de aquellas amazonas, pero no sus Aquiles.

Otro día fui al hipódromo con mi propósito bendito, y confieso que á la vez mis esperanzas habían reverdecido. Los juegos y ejercicios hípicas hicieron diones en la soberbia Olimpia. ¿Por qué no han de producir siquiera algo parecido á lo que, no yo solamente, sino muchos de mis contemporáneos están buscando con impaciencia? Allí admiré caballos hermosísimos, y comprendí más aún, por qué razón esa raza activa, generosa es considerada por los estéticos como segundo tipo de belleza, después de considerar como el primero y más elemental, el que ofrecen los colores, en la flora y en los juegos de la luz sobre las alas pintadas, los vapores etéreos y las cambiantes ondas. Las formas del caballo, sus curvas y sus movimientos casi alados sin alas, en donde se combinan cierta gracia serena con la majestad del brió, hacen olvidar, en efecto, la necesidad del color para concebir la belleza. Vi, pues, caballos capaces de hacer caballero á Sancho. Pero, en verdad, los Sanchos que los montaban, ni siquiera me parecieron hombres. Toda la flaqueza del Rocinante abstracto que Don Quijote amaba con delirio, se me figuró allí transfigurándose en perfil humano; y como total trastorno de ciertas leyes físicas y morales, vi hacer elogios de aquellos hombrillos, contrarios á los que se hacían en otros tiempos de los hombres de veras. «Vale lo que pesa,»—se decía de un caballero, cuando el fiel para esta clase de apreciaciones era más sutil que el de hoy día. Pero del *jockey*, de quien depende á veces la fortuna de una familia, el honor de un magnate, se dice que cuanto menos pesa vale más. La frase es una definición que no comprende al *jockey* solamente.

Quedo, sin embargo, tan convencido de la importancia del caballo para dividir la sociedad en caballeros y no caballeros, que me atrevo á sentir que los personajes principales del gran libro de Cervantes no son dos, sino cuatro: Don Quijote, Rocinante, Sancho y el Rucio. El orden en que acabo de escribir los nombres no ha sido meditado. Pero meditando ahora, comprendo que no debo corregir nada, y que Sancho merece ser nombrado después de Rocinante, por aquel brutal rasgo de inhumanidad con que creyó consolar á su señor, el vencido inconsolable del caballero de la Blanca Luna, cuando le proponía colgar de un árbol al pobre caballo que en el combate había hecho, sin embargo, más de lo que debía, con no morir.

—«Si no fuera por la falta que para el camino nos había de hacer,—es lo que dice Sancho en el citado capítulo LXVI, como pudiera el más aburrido cochero de Simón,—digo que también fuera bueno dejarle colgarlo, como aconsejo á vuestra merced dejar las armas.»

A lo que replicó Don Quijote:

—«Pues ni Rocinante ni las armas quiero yo que se ahorquen, porque no se diga que á buen servicio, mal galardón.»

No; Cervantes no podía ni debía consentir que pereciera su misterioso caballo. ¿Pudo acaso prescindir completamente del Rucio que concedió por exceso de compasión tanto como por simetría en el cuadro, al egoísta de Sancho Panza? Aun cuando fué Ginesillo el ladrón, Cervantes á su vez y viéndose en la imposibilidad de seguir gustosamente su narración sin el burro de Sancho, se lo roba por arte misterioso al malvado galeote y se lo devuelve al escudero. Si hay quien osa achacar á descuidos del amable autor la inexplicable aparición del Rucio robado, lo hace por que no sabe perdonar, ni siquiera al diestro ladrón que por robar á otro, ha cien años ó cien siglos de perdon.

No perdon, sino alabanzas sin par ni cuenta merece el divino Cervantes, después de los primores de su obra, por aquel igual cariño ó gracia con que evita á la vez que la muerte del caballo, la pérdida del burro.

Yo hago de aquello, por lo mismo que otros no lo harían, un motivo de meditación que me fuerza á ver en Cervantes más marcado el rasgo infantil de que no puede nunca despojarse el génio. Y mas cuando veo á Tirso de Molina riéndose de ciertas preocupaciones quijotesas de su época en su comedia *La Huerta de Juan Fernandez*. Allí figura una Tomasa, que pretende establecer una gerarquía aristocrática hasta en los animales.

TOMASA.—*El caballo traiga silla,  
El jumento vista albarda;  
Coma aquél un celemin  
Y un cuartillo á esotro dén.  
Porque el jumento no es b'en  
Que le igualen al rocín.*

PETRONILA.—*No os han de faltar molestias  
Si no templais ese humor,  
Y os pudris reformador  
Comenzando por las bestias.*

En el capítulo XII de la segunda parte, el historiador de Quijote nos ofrece una apología de las bestias que completa el pensamiento de Tirso, pintándolas como no necesitadas de reforma, antes bien como ejemplos á muchos hombres por reformar.

«En esta y en otras pláticas, dice, se les pasó gran parte de la noche al hidalgo y á su escudero. Y á Sancho, al fin, le vino en voluntad de dejar caer las compuertas de los ojos, como él decía cuando quería dormir, y desaliñando al rucio, le dió pasto abundoso y libre. No quito la silla á Rocinante, por ser expreso mandamiento de su señor que en el tiempo que anduviesen en campaña, ó no durmiesen debajo de techado, no desaliñase á Rocinante; antigua usanza establecida y guardada de los andantes caballeros, quitar el freno y colgarle del arzon de la silla; pero ¿quitar la silla al caballo? guarda; y así lo hizo Sancho, y le dió la misma libertad que al rucio, cuya amistad de él y de Rocinante fué tan única y tan trabada, que hay fama por tradición de padres á hijos, que el autor de esta verdadera historia hizo particulares capítulos della; más que por guardar la decencia y decoro que á tan heroica historia se debe, no los puso en ella, puesto que algunas veces se descuida de este su presupuesto, y escribe que así como las dos bestias se juntaban, acudían á rascarse el uno al otro, y que después de cansados y satisfechos cruzaba Rocinante el pescuezo sobre el cuello del rucio, de suerte que le sobaba de la otra parte más de med a vara, y mirando los dos atentamente al suelo, se solían estar de aquella manera tres días, á lo menos todo el tiempo que les dejaba ó no les compelia la hambre á buscar sustento. Y digo que dicen que dejó el autor escrito que los había comparado en la amistad á la que tuvieron Niso y Eurialo, Pilades y Orestes; y si esto es así, se podía echar de ver para universal admiración cuán firme debió ser la amistad de nuestros dos pacíficos animales, y para confusión de los hombres que tan mal saben guardarse amistad los unos á los otros... Y no, no le parezca á alguno que anduvo el autor algo fuera de camino en haber comparado la amistad de estos animales á la de los hombres, que de las bestias han recibido los hombres muchos y saludables advertimientos, y aprendido muchas cosas de importancia, como son: de la cigüeña, la jeringa ó cristel; de los perros, el vómito y el agradecimiento (*¡qué lección para los estómagos desagradecidos que banquetean en nuestra sociedad!*); de las grullas, la vigilancia; de las hormigas, la providencia; de los elefantes, la honestidad, y, por último, la lealtad, la santa lealtad, del caballo, la lealtad, *rara avis in terra!* Finalmente, Sancho se quedó dormido al pié de un alcornoque.»

Este irónico remate, este sueño del escudero cuyos ojos eran poco dignos de contemplar el cuadro, este alcornoque, á cuyos piés Dios sabe en que soñaría Sancho mientras los dos animales amigos parece que piensan y enseñan con sólo su actitud, explican perfectamente á qué altura quiso Cervantes elevar el mérito de los animales sobre las virtudes mismas de algunos hombres. El cuadro ha inspirado á grandes artistas, y el grupo de amistad paciente se reproduce todavía en todas partes, ya en lienzos eloquentes, ya en bronce que, sosteniendo plumas y haciendo que el ancho tintero figure abrevadero, sirven de gracioso decorado en la mesa de meditados escritores. Si, aquel cuadro fué el primero que copiaron todos los pintores célebres de animales, para ensayarse en la revelación pictórica que, auxiliando la de las ciencias, nos afirma que los brutos, llamados así con desprecio, son también almas que aman é inspiran respeto. Por allí empezó Sidney Cooper á interesarse por las vacas y las ovejas, que Londres admira en sus salones mejor artizados. Copiando aquella página de Cervantes, aprendió Harrison Weir á pintar perros amigos de gatos, leones rindiendo su majestad á los piés de un hombre, de un niño. Dejándose impresionar por aquel Pilades y Orestes, que Cide Hamete alabó en especiales capítulos, alcanzó el superior á todos los otros artistas ingleses de esta clase, Sir Edwin Landseer, el poder mágico de hacer llorar á los niños delante de tres perros naufragos, y tres caballos hambrientos, y enseñarles así, por viva impresión, á respetar, á compatecer los animales domésticos, hasta aquí eternas víctimas del *malus puer*, que decía Hobbes. ¿Porqué, pues, teme el escrupuloso Benengeli faltar al decoro de su historia, intercalando capítulos relativos especialmente á Rocinante y á su amigo? Si el caballo de Atila esterilizaba para

siempre la tierra que heria con sus cascos, en verdad, que donde ponía los suyos Rocinante, hacia brotar campiñas y afelpadas yerbas, y artísticos paisajes animados por infinidad de brutos redimidos y civilizadores, de seres no ya sólo inocentes, mal tratados, como antes, sino maestros de los inocentes. Porque cada una de las telas incomparables de Landseer, pudiera llevar este letrero en su marco:—*Sinite parvulos venire ad me!* Rocinante lleva por un instante a un arte muerto sobre su silla y lo hace resucitar. ¿Cómo no creer entonces que Bahieca ayudara a ganar batallas al cadáver de su señor? ¿Y por qué, pues, te pregunto de nuevo, adorable Cervantes, manifiestas escrúpulos en un hecho que te hace por el contrario más hermano de Homero y más hijo de la Grecia, patria del arte universal? El fin del arte es ese, dar más vida a la vida, más alma a la naturaleza toda, conmover hasta por medio de los seres inferiores é inanimados, y forzarlos a amar la tierra, como siendo ella más bien nuestro primer cielo en donde si la humanidad es el Dios, los seres que en ella se agitan bajo nuestro poder, son los ángeles y los querubines.

La seguridad de esta verdad, la confirmación de ella continuamente, y por diversos modos repetida, es lo que la humanidad pide a las artes para divinizar cada vez más las fuentes de sus emociones. Ya no nos basta conmovernos solamente por las congostas que conmovieron a la naturaleza universal, del Dios más divino en el patíbulo más afrentoso, ya no son, no queremos que sean solamente los infortunios ilustres los que nos cautiven, sino también los más humildes, los más incomprensibles, los más rastreros. Abarcamos ahora y queremos que el arte la abarque también, toda, toda la naturaleza en el vastísimo sentimiento, y sentimentalismo humano, flor del cristianismo en la vida, que nos domina ya en todas las edades de nuestra vida individual. Si, porque ya la naturaleza forma parte integrante de la humanidad, por el sentimiento, por el anhelo de progreso, por el culto de adoración a la Suprema Deidad, así como en el mito griego, el caballo es parte inferior por vínculos orgánicos, corporales, individuales de la parte superior y más bella del hombre en los centauros é hipocentauros, en los lapistas guerreros, y en algunos faunos y sátiros con orejas de onagro. Todos los seres de la creación son nuestros por divina estética conquista, y en nuestros impulsos poéticos é ideales, deben aparecer asociados a la gran fraternidad. Todo lo que nos besa ó lame nuestra mano con amor, todo lo que amamos, merece pues los honores y apoteosis del arte. ¡Homero! ¡Divino Homero! Tú fuiste el primer profeta de esta redención. Tu perro de Eumeo no es personaje de poca importancia en tu inmortal Odisea. Desde entonces, nada es pequeño, nada es vil, nada indigno de la grandeza épica de la Iliada, si favorecido por el arte mágico, puede conmover el corazón del Dios de la tierra, omnipotencia suplicante prosternada ante el Dios de los Cielos infinitos. Que los pastores de Virgilio compadezcan a sus ovejas, que un recluso en fétida mazmorra se interese por el mezuino insecto que se ha guarecido allí en el rincón más oscuro, y haga de él un compañero en la soledad, un hijo adoptivo para no olvidarse de amar, para no dejar de ser hombre; que otro infeliz condenado a sólo fragmentos de luz, florece la orfandad de la flor amiga, porque ya no la consienten colorearse y sonreír las penumbras de la prisión, que no falten nunca en la tierra lagrimas del corazón, y la fecundidad poética será cada vez más grande, y la maldad irá retirando de día en día su brutal dominio del reino de los hombres. Llegue, llegue pronto el día suspirado de renovación, cuando en los templos y en las cárceles puedan resonar igualmente religiosas y solemnes paráfrasis de aquel suspiro cordial de un gran poeta.

*Plus je sens vivement; plus je sens que je suis.*

Pero esto, a la verdad, y por sostener tal verdad, pondría yo mis manos en el fuego; Cervantes lo sabía, y Don Quijote lo sentía también. Cervantes esconde a veces sus desventuras con el mismo pudor con que la virgen pordiosera esconde sus harapos. No atreviéndose a mendigar ni a confesar su miseria, hace que Rocinante le sirva en cierto modo de protector, que Rocinante sea él llorando resentido, como un hombre útil pagado con ingratitude. Recordemos el diálogo que el caballo de Don Quijote sostiene con el del Cid, en el soneto que termina con estos tercetos:

B. *¿Es necesidad amar?—R. No es gran prudencia.  
B. Metafísico estás.—R. Es que no como.  
B. Quejaos del escudero.—R. No es bastante.*

*¿Cómo me he de quejar en mi dolencia,  
Si el amo y escudero, ó mayordomo,  
Son tan rocinantes como Rocinante?*

¿Quién era en aquella sociedad el caballo hambriento en donde cabalgaba un espíritu divino? ¿Quién era el mayordomo descuidado que escaseaba el alimento a la cabalgadura? Porque no es indecoroso dar a entender, que en todo hombre superior hay dos seres: el uno que parece proceder únicamente de lo alto, y el otro que le sirve para vivir en la tierra y experimentar sus necesidades. San Pablo nos deja ver en Cristo un místico centauro cuando se dolía, de que sus discípulos no acabasen de distinguir de él más que la grupa ó lo más material de su vida y de su doctrina, desconociendo la hermosura y alteza del luminoso ginete, ó sea la doctrina ideal con que tocaba al cielo como un titán y lo penetraba con su frente.

Es a Cervantes a quien oigo lamentarse de su miseria nunca socorrida y de aquel abandono inesperado, cuando después de haberse desvivido por dar a sus contemporáneos

un vino de alegría robado al cielo, recibe por toda recompensa morir en Madrid de hambre; es a Cervantes a quien oigo expresar esta tristeza deshonrosa para la patria, cuando Rocinante llora otra vez así, con burlas de desesperado:

*Parejas corri a la floma  
por una de caballos  
no se me escapó cebar  
que esto saqué a Lazari  
cuando para hurtar el vi-  
al ciego le di la pa-*

Este juego de rimas tan cándido, estas palabras cortadas para aconsonantar vocablos que complejos no consentían la armonía deseada, suenan a mi oído sollozos de niño, cuando angustiosos hipos acentúan sus lamentos, y cuando a la vez su misma indulgente inocencia y su propensión a olvidar lo doloroso, le alientan a convertir la monotonía del llanto en estribillo de entretenida canción.

Pero sea lo que fuera de esta opinión aquí expuesta, ya parezca exceso de admiración ó compasión, mi bérro, por quien prefiero el no dormir cuando el sueño nocturno me falta ó me sobra, ya sea más bien una opinión semejante a la de aquellos que cuando hablan de sus opiniones parece que dicen *mis aprensiones*; sobre todo lo demás, no cedo, y repito que la humanidad ha reconocido en todo tiempo al caballo como complemento del hombre. Los elogios y los dicitos comparativos, según las lenguas cultas, proceden de las analogías que median entre el ser humano y los tipos de la raza caballar con las otras similiares. Nadie ignora por qué razón, aunque a veces resulte una sinrazón, se llama *burro* a un estúpido. Pero yo, de mí, confieso que no sé por qué han caído en desuso las fórmulas con que se elogiaban ciertas actividades sublimes de tales ó cuales hombres de importancia y útiles, llamándolos corceles, palafreños, bridones, como que se los veía espoleados por el ginete divino invisible. Enrique Héine ha sido el último escritor que, apelando a los vocabularios y retóricas de tiempos más fieles a la verdad literaria, ha osado censurar y calificar gráficamente las instituciones infecundas, los consorcios adulterinos de las leyes religiosas con las leyes políticas, llamándolas mulas monstruosas, producto del Rocinante del Antecristo y de aquella pacífica beterrina sobre la cual entró Jesús en Jerusalem el Domingo de Ramos. Otro escritor alemán ha creído distinguir onotauras, que otros llaman torasnos, en ciertos dogmas, concordatos y costumbres modernas, *mesticismo*, en vez de *misticismo*, que imperan en algunos mercados y ferias de nuestra raza latina. Esto, según el susodicho alemán, a quien Bismarck no desconoce ni desprecia.

Abandonamos, aunque no sería importuno seguirla, esta serie de consideraciones para recordar hasta qué extremo los seres que no hablan han contribuido sin embargo a enriquecer el lenguaje universal con las más gráficas comparaciones; y preferimos insinuar que los caballos han contribuido además, con su lealtad al hombre, como dice Cervantes, a enriquecer y reanimar el cariño de los hombres. ¿Quién no goza al pensar que el emperador Carlos V, aquel rayo de la guerra, aunque no sé si también honor de España, como de Trajano dice la celeberrima canción, estando en la vejez hacia cabalgar sobre su rodilla derecha al nietecito, su homónimo, el infortunado primogénito de Felipe II, para contarle cuentos sobre el sitio de Maestrick y otros accidentes de combates muy reñidos, intercalando en las narraciones estos estribillos de *Folk-tore*:

*Arre, arre, caballito,  
Por angélicas regiones;  
Pues RAYO-DE-SOL te llamo,  
Busca tus siete colores... (1)*

Desde entonces todos los nietos quieren consolar a los abuelos, probándoles prácticamente que sus flacas piernas conservan todavía fuerzas más activas y brías que el caballito de siete colores, que el rayo de sol dentro del cual se reanima el abuelo en un mediodía de primavera.

¿Y quién no se sonríe sin malicia al recordar las principales razones que por espacio de diez ó más años daban los belgas a Europa para ser monárquicos y no republicanos, hablando de su viejo rey Leopoldo, como de un patriarca democrático, paseando las calles y visitando tiendas con su eterno paraguas debajo del brazo? ¡Divino paraguas, que sin abrirse conjuró tantas tempestades, con más eficacia que un para-rayos! Porque, efectivamente, el rey Leopoldo I entraba, al regresar del paseo higiénico, en casa del zapatero, del sastre, del librero, del armero, del soldado veterano, consintiendo que los niños de casa le quitaran el para-rayos, digo, el paraguas, para que hicieran de él un fusil, que, una vez descargado con un *ipum!* de los labios infantiles, se convertía en caballo, en lo que llamó la Edad Media con tanta propiedad *Fulmen brutum*, esto es, *rayo que el hombre puede cabalgar*, y dar sobre el paraguas tres pasos de hipódromo por delante de la tienda de papá.

(1) *El caballito de siete colores* es un cuento de los muchos que atesora el inexplorado *Folk-tore* de la Isla de Cuba y de toda la América española, cuentos y tradiciones a cual más precioso, que España creo que ha olvidado. Trata el que digo de una niña soñadora que, contemplando la puesta del sol y negándose a decirle adiós, intercala en sus *Ace-Marias* de la tarde el deseo de seguirle, a lo cual accede el astro melancólico, haciéndola cabalgar en uno de sus rayos más prismáticos. Creo que semejante viaje de una almita aventurera, representa los que hace la memoria, que todo lo colorea y vivifica, por las regiones oscuras de un pasado lastimosamente desvanecido.

Desde entonces es mayor la afición de los nietos a cabalgar sobre los báculos ó las muletas de sus abuelos. Y cuando alguno de estos abuelos, deleitándose con la gracia, dice al travieso rapaz:—«Tú eres mi príncipe de Asturias!»—el rapaz devuelve el cariño diciendo:—«¡Y tú mi rey de Bélgica!»

¿Qué rico y elevado es el manantial de carinos de esta pureza que descende al corazón humano, así para refrescar sus pensamientos más puros, como para templar sus ardores cuando el odio ó la mofa lo dominan! Bien, bien, se rió Luigi Domenichi, haciendo reír además al mundo de las cortes, de aquel pobre bufon Pedro Gónela, pero le concedió un caballo, aunque con más cuartos que un real, según dice Cervantes, pero que mereció por éste aquella cita de Plauto, *tantam pellis et ossa fuit*. Desde entonces todos los bufones tuvieron caballo. Nicolás Pertusano le tuvo, y además le fué permitido acariciar eternamente con el pie, y por mandato de Velazquez, el perro de su señor y rey. María de Balbola también cabalgó en caballito risible, remedando a las infantas y princesas de los romances caballerescos. Y desde entonces, y desde antes, los que mentían diciendo que habían visto a tal ó cual vieja, desapareciendo por los aires, declarándose bruja, procuraban templar la calumnia, creo, añadiendo, que cabalgaba sobre una caña de escoba.

No olvidemos demasiado que es Cervantes quien nos hace sonreír. Sonrisas que él provoque, deben siempre terminar en una lágrima de ternura. Recordemos que hasta en la primera penumbra de su muerte, las ideas de la andante caballería y de aligeros caballos venían a sonreírle. En la carta, escrita horas antes de morir al conde de Lemos, recién llegado a Madrid de su vireynato de Nápoles, el autor de *Pérsiles y Segismunda*, declara admirablemente que muere sano, paciente, agradecido, perdonando en toda la entereza de su alma, y con aquella lealtad para con su Dios y Señor que quiso significar en Rocinante.

«Aquellas coplas antiguas, dice, que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan:—*Puesto ya el pie en el estribo*, quisiera yo no vinieran tan a pelo en esta mi epístola, porque casi con las mismas palabras la puedo comenzar, diciendo:

*Puesto ya el pie en el estribo,  
Con las ansias de la muerte,  
Gran señor, esta te escribo...*

«Ayer me dieron la extrema-unción, y hoy escribo esta: el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir...»

¡Agonizar así con toda la valentía del ginete que se abandona a la *veloz carrera de un caballo*,—*tendido en el escape volador!*—¿Cuántas alas tenía aquel corazón de hombre! ó cuántas almas entrañaba aquel génio dantesco, mas que dantesco, incomparable? ¿Quién pudiera cabalgar con ese descuido, con esa misma firmeza, en los peligrosos corceles de la *reina de los espantos*, como llaman a la muerte los profetas! ¿Quién no quisiera morir como quien siempre deseó volar a guerras de valiosa conquista! Y despertando de los sueños engañosos de la vida presente, como despertó del suyo el Ricardo III de Shakespeare, repetir, repetir su grito de cruzado con toda el alma y toda la vida:—*A horse, a horse, ¡My Kingdom for a horse!*

*¡Un caballo de Cervantes, un caballo! ¡Mi reino, mi vida y mi todo por un caballo para combatir por el cielo!*

TRISTAN MEDINA.

(Continuará.)

## EL SIGLO DE VOLTAIRE

(DE UN LIBRO INÉDITO)

Quando el siglo XVII se hundía en los abismos del tiempo, como se hunde el sol entre las nubes de sombras que anuncian la proximidad de la noche; cuando la negra ola de la muerte recogió el último suspiro de la centuria que escuchó los inmortales cantos de Shakespeare y Calderon; y cuando las generaciones que habían grabado con caracteres indelebles en el libro de la historia los nombres de Descartes y Bosuet, Espinosa y Leibnitz, Corneille y Racine, se perdían entre el polvo del planeta, como se pierde la yedra entre las grietas del muro, la humanidad seguía su triunfal carrera, orgullosa de haber explorado el cielo con el lente de Galileo, y el seno del Atlántico con la intrepidez de Colon; satisfecha de haber llegado a Oriente, merced a los esfuerzos de las naves lusitanas y haber enterrado el águila feudal al pie de los nacientes municipios; y ennoblecida por haber traspasado la coraza del magnate con la bala del pechero y sorprendido multitud de secretos en el seno de la naturaleza; pero anhelando encadenar el rayo engendrado en la región del pensamiento, porque habiendo desarmado al infinito y enclavado en el mundo de la inteligencia el sol de las nuevas doctrinas, los pueblos borrarían el derecho divino de la frente de los Césares y romperían el cetro de los tiranos, sepultando los alcázares del despotismo entre los fragmentos de sus malditas ruinas, como Lincoln ahogaría más tarde en olas de sangre a los viles comerciantes de carne humana, colgando en el Capitolio de Washington

las cadenas del esclavo y muriendo por la libertad del negro, cual el mártir del Gólgota por la redención del género humano.

El siglo XVIII es la cuna donde duermen el sueño de la inocencia cien géneos de la humanidad, y la fosa que guarda las pavesas de cien astros apagados en el orbe científico. Engendra á Goethe, gloria del parnaso alemán, y recoge el postrer suspiro de Newton, honra del pueblo inglés; da vida al célebre actor Maiquez y ve morir al ilustre economista Adam Smith; siente los primeros pasos del inmortal filósofo Kant y escucha las últimas palabras del inolvidable Diderot; conoce los primeros ensayos de Walter-Scott y publica los meditados trabajos de Buffon; mece la cuna de Camilo Desmoulins y acompaña al templo de la verdad al abate L'Épée; coloca la antorcha del génio en la mente del insigne Lord Byron y apaga con el hielo de la tumba la voz de fuego del gran Mirabeau; pone una lira de oro en las manos de Quintana y quiebra la pluma que estereotipaba el pensamiento de Rousseau; cuenta entre sus hijos al malogrado Muñoz Torrero y halla entre sus hombres ilustres á Condillac; lanza al mundo el nombre de Madama Stael y arrebató la existencia á Carlota Corday; deposita el ardiente beso de la vida en la frente de Lamartine y sella con el frío beso de la muerte los labios de Volney; lega á la nación española héroes como *El Empecinado* y engrandece el Nuevo-Mundo con obreros como Franklin; Puebla los aires con los cantos de Uhland y entierra un mundo al sepultar á Voltaire; refleja en Washington las nacientes ideas y presta á Napoleon el génio de la guerra; infunde en Nelson el patriotismo de Leonidas, y prepara con Swift la tempestad que ha de conmover el universo; deslumbra al mundo con las hogueras que, allende el Pirineo desbastan gran número de edificios, y despues de haber arrojado en inmensa pira toda la lava que encerraba la conciencia, como la noche lanza todas sus sombras para anular el planeta, sella con la sangre de innumerables mártires, la obra de la civilización y el adelanto, escribiendo con letras de estrellas sobre la frente de la humanidad el evangelio social de los pueblos modernos, eterno pedestal de las nacientes generaciones.

La revolución francesa borró el absoluto egoísmo de Luis XIV, que años antes exclamará orgulloso. *El Estado soy yo*; rompió el cetro de una dinastía, confirmando los pronósticos de Rousseau que en 1760 presentía la ruina de las monarquías; cumplió las profecías de Voltaire que en 1762 divisaba en lontananza una explosión que trocaría la sociedad en *hermoso lodazal*; pulverizó la roca del pasado con los mortíferos rayos de la elocuencia de Mirabeau, llevó al derecho los progresos de siglos anteriores, combatió grandes errores y preocupaciones con la pluma de sus pensadores, la voz de sus tribunales, defendió el ateísmo con la palabra del cosmopolita alemán Anacharsis Clooths, y destruyó la Bastilla, negra cárcel del pensamiento, calabozo de la idea y templo de la iniquidad que, maldecido por todas las generaciones, vive en la historia cual gigantesca sombra proyectada sobre el altar de la justicia. Madame Legros, al arrebatarse á Luis XVI en 1784 el decreto de libertad de Latude, hizo vacilar el edificio que derrumbó el pueblo francés, cinco años más tarde, inclinando las siniestras torres que coronaban el alcázar del crimen, viejas encinas en el campo del despotismo, y enseñando á las nuevas generaciones que el pensamiento es el crisol donde se funden los áureos cetros de la tiranía, y la fragua donde se templan los aceros del progreso.

Si abarcamos en rápida ojeada la historia del mundo, y levantamos la losa, ese plano que guarda el polvo de los tiempos, veremos el abismo que media entre las ideas que impulsaron el siglo de Descartes y las teorías que dieron esplendor al siglo de Franklin. Aquel había forjado la revolución inglesa destinada á cruzar por el nebuloso cielo de un pueblo, y éste engendrará una revolución que cruzó por el cielo de un continente: el primero había visto partir desde las Costas Británicas á los puritanos para fundar la primer república del mundo, llevando la libertad á la joven América y el segundo vió marchar á la guillotina, hombres cual Vergniaud y mujeres como madama Roland, proclamando la fraternidad universal en los campos de la vieja Europa; el uno puso fin á las guerras religiosas con la paz de Westfalia, y el otro convirtió el orbe en sangriento teatro de la tiranía bajo el primer imperio francés; el siglo XVII había, en fin, expulsado á los judíos de España, arrebatándonos el cetro del mundo industrial; rebocando el edicto de Nantes, desterrando 400.000 hombres, y llenando de mártires la historia con los horrores de la Inquisición; mientras que el siglo XVIII proclamó la independencia de los Estados Unidos, derrumbando las murallas que separaban

las nacionalidades como la locomotora, borró con penachos de humo las fronteras y las olas, deshacen la estela que forman las buques cuando vuelan en alas del vapor sobre la inmensidad del mar, poniéndose cual gigantesca gabiota sobre la colosal esmeralda que aprisiona el volcanizado suelo del planeta.

Grandes acusaciones se han dirigido en nuestros días á la mágica época en que la humanidad desarraigó con la mano del espíritu moderno las viejas instituciones; nubes de maldiciones se han cernido sobre la frente de ilustres pensadores que ven estrellarse ante su nombre los años que pasan como la roca vé estrellarse ante su poderío el oleaje destructor del tiempo; mundos de sombras ha creado el fanatismo para apagar el volcán del progreso que guarda la candente lava del pensamiento, y cien anatemas han llovido sobre la tumba de los ilustres hijos del siglo XVIII, que asombraron al universo con ese relámpago de gloria que apellidamos revolución francesa; pero cuando las naciones contemplaron aquel movimiento político tan gigantesco como el movimiento filosófico que inició Sócrates, y tan colosal como el movimiento religioso que inició Jesucristo; cuando conocieron que la obra realizada por la sonrisa de Voltaire, la ironía de Swift, la idea de Rousseau y la elocuencia de Mirabeau, era tan emperecedera como la del renacimiento en que dominamos los mares por medio de la brújula, y contamos los astros por medio del telescopio; cuando anotaron en las áureas páginas de la historia las conquistas de aquella edad que vivirán en la memoria de los países cultos, mientras aliente un hombre, que sienta latir sus sienas y palpar su corazón agitado por las nuevas doctrinas; cuando vieron avivarse la hoguera encendida por la fiebre demoleadora de un siglo, digno únicamente de la fiebre delirante de Napoleón, y comprendieron que el rayo que centellea en las etéreas regiones purifica la atmósfera, así como las olas que agitan el seno de los mares, impiden que el reino de Neptuno sea un lago pestilente, capaz de corromper el Universo; cuando supieron que, merced á los esfuerzos de aquella edad analítica, dejaban de ser esclavos en esta centuria sintética, para ser hombres libres y ciudadanos del mundo; cuando admiraron los ideales de la democracia que les daban conciencia de su derecho y el poder de la imprenta libre que eternizaba el pensamiento, poniendo en sus manos el pan de la ilustración, cuando rasgaron por medio de la ciencia el velo de la preocupación y el misterio á la par que la locomotora rasgaba las graníticas entrañas del planeta; cuando pensaron que su nombre cruzaba los espacios en alas de la electricidad, y el buque cruzaba los mares en alas del vapor; y cuando sintieron que el cosmopolitismo batía sus diamantinas alas sobre las generaciones que vienen á la vida, llevando más ideas en su mente, que estrellas hay en la bóveda celeste, bendijeron el progreso y bajaron la frente ante el siglo de Voltaire, abierto por la *Enciclopedia*, y cerrado por la revolución; por que si grandes fueron sus terrores, grandes han sido sus conquistas; si sus exageraciones inundaron de sangre el suelo de la vecina república, sus filósofos inundaron de ideas la mente, y si ahogó la sonora voz de ilustres patriotas, las almas de los mártires y las de los nuevos apóstoles, han volado al trono del eterno demostrando al mundo que el martirio es la corona de las grandes obras, y que los mártires, estrellas fijadas en los horizontes del tiempo, son faros colocados por Dios para guiar al hombre en el dilatado desierto de la vida.

JOAQUIN G. GAMIZ SOLDADO.

## La economía en el siglo XIX

### I

La humanidad, á medida que los tiempos van en aumento en el camino del progreso y de la civilización, va creando nuevas necesidades, necesidades que, antes de considerarlas como un medio para su mayor comodidad, las miraba como una cosa supérflua para el bienestar del hombre.

Es indudable, que la base fundamental de la sociedad moderna, es la *ciencia económica*.

Desde tiempos muy anteriores á los nuestros, los pueblos empuñaban las armas y hacían que el eco reprodujese el belicoso sonido de los clarines con el estrépito del combate. Estos pueblos no derramaban la sangre de sus venas por el gusto de un tirano, sino que cada gota de aquellos valientes campeones representaba

una nueva piedra más para el gran edificio de la civilización: pues bien; aquellos pueblos, sin tener idea de la economía, sentían una nueva necesidad, la necesidad de encontrar un terreno más fértil y de mejores condiciones que el suyo. Así se comprende la invasión de los bárbaros de la antigüedad, sobre la culta Europa.

En la edad moderna, los pueblos han comprendido que el bienestar del individuo, y, por consiguiente, el de la sociedad, está basado en la paz, en el trabajo; hé aquí la riqueza de los pueblos y el bienestar de una familia: con el trabajo se obtienen los productos necesarios para obtener ese instrumento de libre circulación, denominado moneda; ¿pero qué, teniendo moneda, es un país ó una familia rica? No, la verdadera riqueza está en los productos, que es el mejor capital que puede haber, pues con una cantidad de cualquier producción, obtendremos siempre que queramos el producto que necesitamos; hé aquí el cambio de producciones entre dos familias ó pueblos.

Dos pueblos comerciales, y que en sus campos tienen gran número de *agentes naturales*, deben buscar un pueblo, en cuyos campos carezcan de aquellos agentes para efectuar el cambio con ese pueblo por productos que él no tenga.

Una vez que el agente natural es producto, de aquí la necesidad de vender ó cambiar el producto en bruto con un objeto es decir; uno dá en bruto cierta cantidad de maderas preciosas, y otro dá en cambio un objeto de arte ú otro mueble cualquiera de utilidad al primero; de aquí que unos son comerciales por la abundancia de productos, y otros industriales por la carencia de ellos, repartiéndose así la riqueza por igual entre los pueblos.

Pero obsérvese que, á pesar de lo bien que la Providencia ha repartido á los pueblos sus dones, unos yacen en la miseria, otros flotan sobre la riqueza, y es que unos liban la miel con ardor y trabajo y otros dejan que les quiten sus panales.

Los que, comprendiendo sus intereses, siguen las leyes económicas, son pueblos ricos, y los que no las siguen, tienen también su pena, pena impuesta por la misma ciencia, la pena de la miseria, el remordimiento de su conciencia.

Hoy en día todas las naciones buscan un pueblo que, bajo el título de protectorado, lo dominan y esclavizan, infringiendo así las leyes de la moral social; nosotros comprendemos el protectorado, dejando en libertad al pueblo protegido, y sólo intervenir en caso que otra nación le quisiera usurpar los derechos, que como pueblo protegido, tiene sobre él el protector: abrirle ancho camino al comercio, y si sólo exigirle la importación en su territorio de productos y manufacturas de que él carezca, colonizar sus campos, y así, á la par que se dá riqueza á su suelo, el país protector puede comerciar con esos productos y exportarlos á su país más baratos.

De esta sola manera, sin salirse nunca de las leyes de la economía, haríamos un bien á la sociedad moderna y se establecería, no el protectorado tal como hoy existe, que es usurpar los derechos de poder y gobierno sobre los súbditos, sino que, guardando cada cual su independencia, uno y otro serían, no protector y protegido, sino á la vez protegido y protector.

En la cuestión de colonias y protectorados es donde más se violentan los derechos individuales, privándoles de que ejecuten las leyes económicas, resultando de aquí la inercia, la parálisis al cabo de cierto tiempo, por haberse llevado los extraños la riqueza y el crédito de los pueblos sometidos por la fuerza de las armas.

Estudiando, pues, los diferentes problemas que surgen de las leyes económicas, se estudia la manera de dar la prosperidad al país, y la manera de alcanzarla y llevarla á fecundar los grandes veneros de la riqueza pública.

Ya iremos estudiando detenidamente los diferentes puntos que hemos indicado en el presente capítulo-prólogo, dando á conocer la verdadera fuente de riqueza de un país.

RAMIRO DE SANJUAN.

## COLON EN ESPAÑA

### II

El libro que con este título ha publicado recientemente el Sr. Rodríguez Pinilla, crece en importancia cuanto más detenidamente se lee. Vamos, en prueba de ello, á referir la conversacion á que dió motivo hace pocos días entre dos extranjeros y un español. Reunió la casualidad en una de las principales fondas de la coronada villa y en la habitacion donde reside un distinguido americano, que ha desempeñado en su país un altísimo cargo, á un doctor de la salmantina escuela y á un literato anglo-americano. Hablóse de Colon, y el doctor creyó decir una novedad refiriendo, no sin encomio, la aparicion del libro del Sr. Pinilla.

—Le conocemos, digeron á la vez los dos extranjeros, y es un libro notable. Aun cuando España, añadió uno de aquéllos, se ocupa actualmente en hacer y deshacer Ministerios y Cortes, más que en leer libros, el *Colon en España* está llamado á despertar la atencion entre propios y extraños.

—Entiendo, dijo el doctor, que, aparte el lujo de erudicion y las galas del lenguaje, el libro sobresale por la sagacidad de la crítica y por la novedad de algunos sucesos. Sobre todo, es preciosa la distincion que sienta y descubre entre el prior de la Rábida, Fray Juan Perez, y el astrólogo Fray Antonio de Marchena, de quien todos los biógrafos é historiadores venian haciendo una sola persona, por lo visto con error manifiesto.

—Eso es curioso, contestó el norte-americano, y revela, en efecto, sagacidad y buen juicio crítico; pero no creo que eso sea lo más importante del libro.

—¿Pues á qué dá usted más importancia? repuso el doctor.

—A lo que la tiene, y grandísima por cierto, contestó el yankee: á haber encontrado la clave y descubierto la série cronológica de los sucesos más importantes en el período crítico de los siete años anteriores al primer viaje de Colon. Y sobre todo, y por cima de todo, á haber descubierto y señalado, de una manera irrefragable, las *Juntas de Córdoba*, sobre la consulta encomendada por los reyes al prior de Prado, Fray Hernando de Talavera, tan distintas de las *Célebres Conferencias de Salamanca*. La confusion de esos dos sucesos venia fatalmente induciendo á errores trascendentales; errores en que han caido historiadores notabilísimos y biógrafos distinguidos. Para salvar en lo posible las dificultades que surgian de aquellas confusiones, historiadores y biógrafos se han visto precisados á barajar fechas y sucesos, á desfigurar unos personajes y hacer caso omiso de otros, á hacer verdaderos *tours de force*, como dicen los franceses, equilibrios gimnásticos de ingénio, que, obligando al historiador á salir desu terreno, resultan siempre perjudiciales á la historia. Confundidos aquellos dos importantísimos sucesos, por más esfuerzos de ingénio que se hicieran, necesariamente habian de resultar, no solo desfiguradas, sino grandemente rebajadas personas y colectividades que en ellos influyeron y tomaron parte; y lo que áun era y ha sido más grave, tenia que resultar empuñecida y no poco afeada la gran figura de Colon. ¿Cómo explicar su cautelosa reserva ante una reunion de eruditos y hombres de ciencia, preparada y presidida por su más devoto amigo y protector? No era posible, á menos de empuñecer á Colon ó de falsear los hechos históricos, haciendo que en vez de Fray Diego de Deza fuese Fray Hernando de Talavera el que presidiera aquella reunion.

Hé ahí porqué el gran atisvo ó el feliz descubrimiento de Rodríguez Pinilla, ha sido distinguir perfectamente los dos sucesos; las juntas de Córdoba y las conferencias de Salamanca. Esa sola distincion lo salva todo. Esa acertada apreciacion de los sucesos, fruto de un profundo estudio y de una gran sagacidad crítica, dá la clave de la historia, restituyéndola sus dotes, y haciendo que cada cual de los personajes, y áun las colectividades que figuran en ella desempeñen su verdadero papel, y lo desempeñen natural, sencilla y dignamente. Talavera, Deza, el cardenal Mendoza, Fr. Antonio de Marchena, todos quedan en su lugar, y lejos de tener que sufrir rebajamiento, adquiere elevacion la siempre noble y grave y magnánima figura de Colon.

—Todo eso es cierto,—dijo entonces el doctor; —pero se me antoja que no ha de faltar quien arguya de escasamente verídica la descripcion de las conferencias de Salamanca. La pintura de nuestra Universidad, á fines del siglo XV, está un poco recargada. Hay algun anacronismo en la enu-

meracion de maestros, de escritores y hombres de ciencia; y el relieve científico y literario de la época, quizá no esté presentado á su verdadera luz.

—*Pecata minuta*:—repuso el americano del Sur. No le diré á usted que haya completa y perfecta exactitud en la enumeracion de las personas que asistieron segun Rodríguez Pinilla á las célebres conferencias. Y no es necesario ser muy lince para descubrir que el autor del *Colon en España* es salmantino. El mismo dice, que cita nombres de profesores y maestros que no todos brillaron por aquellos mismos días. Y sobradamente se descubre que, en su descripcion de la famosa escuela, no se ha querido encerrar en los estrechos y difícilmente definibles límites de aquel momento histórico, sino que abarca una época, que puede llamarse la aurea, ya que no el apogeo de la gran Universidad. Pues bien; su pintura, bajo este punto de vista, viva de color, si se quiere, es verídica, y digo más, es auténtica. El pincel está manejado por el entusiasmo, pero no por el capricho ni la pasion. El cuadro revela el fervor del creyente, algo quizá del amor filial, pero también conocimiento de causa y verdad histórica.

Una visita puso término á la sabrosa conversacion, y nos privó á nosotros del gusto de continuar este artículo; porque lo que pudiéramos añadir de nuestra cosecha, seria menos persuasivo y mucho más pálido y frío que lo que dimos á los dos americanos, y dejamos referido acerca del notable libro *Colon en España*.

X X X.

### BIOGRAFÍA del mariscal de campo D. ANTONIO DE QUINTANILLA

(Continuacion)

Asenjo, Urrejola y otros comandantes de partidas celebraron una junta para acordar el modo de atacar al ejército enemigo en la posicion que ocupaba; y como yo no fuese llamado, me resentí en términos de pensar seriamente no seguir más la carrera militar: tal efecto causa un desaire en militares de honor; yo era capitán, y encontraba á otros coronales sin haber hecho los servicios que yo, y que estos mismos me miraban con desprecio. Se acordó por ellos que, tomando Asenjo el mando de toda la fuerza, pasase con ella el rio Itata, una legua más abajo del punto en que nos hallábamos, por un vado ignorado generalmente de todos, ménos de los prácticos que tenian nuestras partidas, y cayendo por retaguardia del ejército enemigo al amanecer del siguiente, lo obligase á abandonar la posicion, que era fuerte por los flancos y frente, á causa de ser una altura que le aseguraba por estos lados. Yo, sin darme por agraviado, pasé con las tropas y concurrí al ataque, bien que sólo como un espectador; yo, así como conocí que el plan era en su origen aceptable, conocí también que el resultado no seria la victoria. Sucedió, pues, que fué atacado el ejército, ó parte de él, de improviso.

El general Carrera, que así como era emprendedor y organizador de fuerza del ejército, carecia de valor en las acciones, no así O'Higgins, que careciendo de las cualidades que asistían á Carrera, era valiente hasta la temeridad; Carrera, al principio del ataque, huyó por el único punto que le quedaba franco, que era el de pasar el rio que servia de seguridad de la posicion del ejército indiente, y se fué á reunir á su hermano, que mandaba una division en Coyanco, cuatro leguas más abajo, y O'Higgins sostuvo el ataque contra nuestras tropas con el mayor teson, parapetados los soldados nuestros, así como los enemigos, detrás de las rocas de que abandonaba la posicion. Este, por su duracion de mas de dos horas, hacia conocer que concluiría por una retirada de nuestros soldados, que sin orden ni formacion, así como las del enemigo, sostenian la accion.

Previendo yo, lo que sucedió, que nuestras tropas iban á abandonar el ataque en desorden y repasar el rio inmediato á la posicion por un vado bastante difícil, reuní algunos soldados para sostener la retirada cuando llegase el caso, y aumenté la fuerza en el momento que vi se efectuaba, para contener á los enemigos que salieron inmediatamente en persecucion de los nuestros, que se precipitaban en desorden por el vado del rio; la tropa que yo tenia formada contuvo la persecucion de los enemigos, y nuestros dispersos soldados pudieron pasar el vado con ménos precipitacion, efectuándolo yo con la fuerza reunida sin que los enemigos nos molestasen demasiado; seguidamente continuaron las tropas su marcha á Chillan, cuartel general del ejército.

Luego se divulgó por los oficiales la circunstancia de que á no haber sido por mí, que protegí la retirada al paso del rio, habrian perecido muchos de los soldados; y habiéndome presentado al general y pedido mi licencia para dejar el servicio, fundado en los desaires recibidos con haber nombrado al coronel Asenjo comandante de la columna, y no haberme citado á la junta que celebraron éste y demás jefes, me hallaba en el caso de solicitarla con empeño. El comandante general, que sabia que el haberse salvado muchos de los soldados al paso del rio era debido á mí, y que no estaba dispuesto á desprenderse de mi persona, me satisfizo del modo más ho-

norífico, y por aquel servicio y á con secuencia de otros que le hablaban en mi favor, me nombro teniente coronel de ejército.

Como la division ó ejército de O'Higgins, sin embargo de haber quedado dueño del campo, se replegase á Concepcion desistiendo del proyecto que traia de volver á sitiar á Chillan, nuestro ejército volvió á dividirse en columnas y á recorrer toda la provincia. En su consecuencia, repitió su salida la de Elorriaga á la isla de la Laja, y yo, como siempre, de segundo suyo. Situada dicha columna al otro lado del rio, y viniendo en ella dos sujetos que habian servido en el ejército enemigo (D. Angel Calvo y D. José Barañao), ambos, el primero particularmente, hombres de intriga y talento, se a poderaron de la estimacion de Elorriaga, quien era un sujeto valiente, pero no de saber como los dos que se le habian agregado; así que Elorriaga operaba á consecuencia de los consejos de ambos, que tenian, particularmente el primero, mucha influencia sobre él: no habia movimiento que se emprendiese con la columna que no fuese dictado por ellos; y para la persecucion de partidas enemigas de continuo se me destinaba á mí, sin que ellos se separasen del lado del comandante.

Viendo yo que para estos servicios, y sin que ellos se ocupasen de ejecutarlos, sólo se contaba conmigo, no pude ménos (ellos presentes) de manifestar á Elorriaga mi justa queja, y en su consecuencia pedí mi separacion de la columna, con tal que se me diesen 25 hombres de caballería, dragones, con los cuales pasaria el Viovio, y me prometia organizar una columna en el territorio de Arauco que media entre dicho rio y el mar; Elorriaga accedió y los dos consejeros lo aplaudieron, tal vez por deshacerse de mi presencia. Marché con mis 25 dragones á Arauco, aumenté allí la fuerza con los que se me presentaban, tuve un parlamento con los caciques de los indios araucanos Colocolo, Caupolicán, Lautaro, etc., descendientes de los antiguos caciques de que tanta mencion hace Ercilla en su historia *La Araucana*, y viéndolos decididos á proteger la causa del rey, les pedí 200 indios de caballería, súbditos de estos caciques independientes, y con éstos y la fuerza que habia podido reunir de fusil, pues los indios usan lanza, y que todo ascenderia á 300 hombres, marché sobre San Pedro, pequeño fuerte á orilla del Viovio frente á la ciudad de Concepcion, donde estaba todo el ejército enemigo. La guarnicion que tenia éste en San Pedro se embarcó precipitadamente así que me descubrieron, y quedé dueño del punto y á distancia de tiro de cañon, rio Viovio de por medio, del ejército enemigo.

Sitaron los enemigos una bateria con cañones de 24 sobre la orilla y me enviaban algunas balas, á las que yo no pude contestar por falta de esta arma.

Mi primera atencion fué el hacerme práctico de todos los canales que de la orilla opuesta y por entre los bancos de arena se dirigia la que yo dominaba, poniendo allí destacamentos, particularmente de noche, para rechazar algun desembarco con las lanchas y balsas que tenian al efecto. El tener artillería me era muy esencial, y sabiendo que en el fuerte de Nacimiento, más de treinta gales rio arriba, habia dos cañones á la puerta de él que por inútiles se habrian puesto como guarda-carros, los hice traer en balsas rio abajo, así como balas del mismo calibre, que habia en abundancia, y una porcion de pólvora ya desvirtuada que más era polvo, pues hacia muchos años existia allí. Reconocidos los cañones, encontré que hallándose interior y exteriormente carcomidos, pues eran de hierro y con los oidos tan grandes, que cabia un dedo por ellos, era muy expuesto el hacer fuego sin todas las precauciones necesarias; mas tenia artillería, y sólo esto animaba á mi pequeña division y alarmaba al enemigo; por fin, los hice limpiar, los monté sobre ruedas bajas de unas carretas, y procedí á la prueba cargándolos con doble cantidad de pólvora, tanto porque estaba ésta, como dejó dicho, sin fuerza, como por la que debía salir en la explosion por los grandes oidos; el resultado fué magnífico: las balas llegaban no sólo á la bateria enemiga, sino hasta la misma plaza de Concepcion, y ya podia contestar á los fuegos de la bateria enemiga. También hice construir veinte balsas, compuestas cada una de cuatro ó más vigas de ciprés (madera que boya), y con estos aparatos, y haciendo ó figurando ser mucho el número de tropa que tenia, hacia entrar en fuerte á mis soldados con ponchos puestos, se los quitaban en él y saliendo por la parte opuesta volvian á entrar ellos, luego hacian nueva salida y entraban el mangao de camisa, de modo que no me quedaba ya más arbitrio que el que entrasen en cueros. Todo esto, que observaban los enemigos con sus anteojos y á la simple vista les hacia creer que recibia refuerzos y que era triplicada la fuerza de la que realmente tenia; con estas estratagemas, pude evitar que el enemigo se determinase á atacarme pasando el rio, y que indudablemente lo habria hecho al saber que mi fuerza sólo constaba de 100 hombres con fusil y 200 indios que si en tiempo en que escribió Ercilla su *Araucana* eran tan temibles, en la actualidad deben haber degenerado; para lo que únicamente me servian, era para destacamentos ó piquetes en toda la orilla, y para patrullas, que en este servicio son verdaderamente muy vigilantes.

Yo y toda mi fuerza, por la noche, existiamos á caballo rondando y ocupando los puntos donde podrian hacer desembarcos los enemigos, quienes lo intentaron algunas veces y no lo llevaron á efecto temiendo ser destruidos; llegando el caso de haberseles sublevado la tropa, despues de embarcada, negándose á ello. Mi vigilancia se limitaba á guardar los puntos de desembarco, pues todas las noches apostaba una ó dos pequeñas balsas que observasen los movi-

mientos que notaban en sus barcas y balsas, para recibir avisos de si intentaban el paso del río y los canales que se guían.

En esta situación, existía en San Pedro durmiendo toda mi fuerza por el día velando y de noche, bien seguro que de este modo evitaba una sorpresa; y llegó a tal la costumbre de hacer de la noche día y del día noche, que en mucho tiempo después me habitué a este régimen, que me costó trabajo ir dejando. Tal es la costumbre en el género humano.

Otra de mis atenciones, fué el tener buenos espías que, por fidelidad y afecto á la causa del rey y a la nación, pasaban diariamente el río, luego que anochecía, en una pequeña balsa de cueros de lobo, y que llegando á la orilla opuesta y en un paraje montuoso la extraían el aire y la ocultaban en el monte, volviendo antes de amanecer al punto á donde la dejaron, llenarla de viento y venir á traerme noticias de cuanto pasaba en el ejército enemigo y les comunicaban personas adictas y de mi confianza. De este modo sabía yo por la mañana las tropas que salían del ejército enemigo y su dirección, que ponía propios en conocimiento del general del ejército, cuando eran de importancia.

Pude entrar en comunicación con el oficial de artillería Aristizábal, encargado por los enemigos de la construcción de cartuchos, y se me manifestó tan adicto que me ofreció volar, dejando una mecha encendida en el almacén de pólvora, toda la que tenían. Dicho almacén estaba en el palacio del obispo, en la plaza contigua á la catedral. El resultado de este hecho no podía dejar de aceptarlo, pues que, además de dejar al enemigo sin este artículo, podría combinarse un ataque con nuestras tropas en día y hora determinada, pero había la circunstancia de tener los enemigos dos coroneles, don N. Guajardo y otro, prisioneros en una habitación encima del almacén; y esto me obligó á contestar á Aristizábal negándome á aceptar, y como él deseaba venirse á San Pedro, hué de abandonar su proyectil que se podría haberse efectuado más adelante si sacaban á los coroneles de aquella habitación; así fué: se echó al río y, atravesando canales y bancos de arena, apareció una mañana con otros pasados, que todos los días tenía, en un banco de arena en medio del río, donde pasaban las balsas á recogerlos al almacén.

Yo no tenía ni un real en dinero, ni nadie exigía pagas, ni había pan, y tanto yo como los oficiales y tropa no comíamos sino carne de vaca asada, y muchas veces sin sal, por carecer también de este artículo; no teniendo más ropa que la puesta ni más camisa, era necesario estar sin ella mientras se lavaba y se secaba: todo faltaba, ménos entusiasmo y decisión por la causa del rey de España.

Así seguí dos meses, siempre ideando nuevos modos como hostilizar al enemigo; un día noté que tenía al pasto, en la orilla opuesta en Gualpin unos cien hermosos caballos, y queriendo aprovecharme de ellos, elegí doce hombres valientes y nadadores que fuesen á traerlos. Efectivamente; embarcados estos en balsas de cuero de lobo en que llevaban sus fusiles, llegaron al rancho ó casa donde estaban los soldados potreros que los guardaban, y sorprendidos, prisioneros, se encargaron parte de escoltarlos, y otros de arrojarlos al río montados, arreando todos los caballos que llegaron á mi orilla sin novedad, así como los prisioneros en las balsas. Los caballos, en su mayor número, eran del general y jefes del ejército; y yo, después de separar los mejores que remiti al general y demás jefes, amigos del ejército, distribuí los demás á los que los habían traído, á oficiales, y á otros individuos de mi columna que los necesitaban.

En esta situación, arribó á Arauco, veinte leguas á mi retaguardia, el bergantín de guerra *Potrillo*, de ocho cañones, conduciendo á su bordo al brigadier D. Gavino Gainza, enviado por el virey del Perú, á relevar en el mando del ejército al benemérito, coronel ya, D. Francisco Sanchez, Traia en su compañía algunos oficiales y tropa del Fijo de Lima, de que era coronel. También llegó al mismo punto un buque de Chile con 300 hombres de infantería: de estos, dispuso el nuevo general pasarse á San Pedro, á mis órdenes, una compañía y un cañón de montaña con sus municiones. Yo hice conducir en un buque que salió de Valdivia un mortero con cantidad de bombas, que fueron motivo de terror luego que se supo en Concepción mi ánimo de bombardear la ciudad, porque jamás habían experimentado, y si oído, prodigios de este proyectil.

Con estos refuerzos, que con los pasados ascendía mi fuerza á más de 400 hombres, ya deseaba pasar á la orilla opuesta y atacar á la ciudad, que estaban fortificando porque iba á salir O'Higgins, ya general del ejército, por haber sido depuesto Carrera, el cual marchaba para Santiago de Chile, cayó con sus hermanos, también generales, prisionero por una de las partidas de nuestro ejército.

Luego que yo tuve este cañón y el mortero, quise hacer uso del último, y al verificarlo me encontré con que ni el oficial de artillería pasado, ni los artilleros habían visto morteros, ni tenían conocimiento de su uso; á mi me sucedía otro tanto, pero sin embargo, emprendí á hacer la prueba de dirigir una bomba á la ciudad, para si me salía bien, continuar la operación: situé, pues, el mortero, lo cargué de pólvora, llenando toda la cavidad cónica que tenía, llené igualmente la bomba, colocándola la espoleta, y cerrando perfectamente con tierra el gollote, y puesta la bomba, perpendicular el mortero, la atacé por los lados con tierra bien apretada; luego hice la puntería en dirección á la torre de la catedral, y con la elevación, la boca del mortero de 43 grados, en este estado, puse un artillero, con el lanza-fuego, á la espoleta, y otro al fogón, dando las voces de fuego á la espo-

leta, fuego al mortero. La explosión fué terrible; yo había hecho retirar toda la tropa que estaba agolpada al mortero. La bomba salió hecha cascotes del mortero; éste con grandes hendiduras, y los cascotes de la bomba cayeron á poca distancia; yo pienso que la pólvora de la bomba y del mortero se inflamaron al mismo tiempo, y que ésta se hizo pedazos por la resistencia de la tierra con que estaba atacada.

Mi pena por haber visto que la bomba no había llegado á la ciudad, ni saber á dónde habría ido, fué grande, y yo quedé poco satisfecho de mis conocimientos en el arma.

Lo que surtió un efecto admirable fué el haber montado mi cañón de á 4 de montaña en una balsa, con la cual, protegida por otras con tropa, se iba cerca de la orilla opuesta, á tirar metralla y balas. Esta invención fué exclusivamente mía; coloqué dos palos redondos bien atados sobre una balsa, de tres vigas; encima de éstos coloqué dos morrillos atravesados, también redondos, y sobre ellos el cañón, de modo que al retroceso, amarrado como estaba á los morrillos, y éstos á las varas ó palos, corría perfectamente; así se le hace ir para adelante en batería. Dos hombres eran los necesarios para guiar la balsa; uno y otro para cargar y hacer fuego con el cañón, cuya puntería la debía fijar la dirección de la balsa, y siempre el tiro horizontal; como he dicho, este cañón, que iba tapado y no lo notaban los enemigos, les causó admiración cuando vieron el efecto.

El ejército enemigo salió de Concepción y el general Gainza salió de Chillan con el del rey; marchaban ambos ejércitos, seguido el enemigo por el de Gainza en dirección á Maule, y con ánimo Gainza de atacarlo al pasar el de O'Higgins, el río, que al fin no se verificó, ni es mi ánimo alargar mi relación con otros hechos que los que han pasado por mí y á mi vista.

No quedaba en toda la provincia de Concepción, con la ida de O'Higgins al otro lado del Maule, más fuerza enemiga que unos 400 á 500 hombres en la ciudad de Concepción, donde mandaba una junta. La ciudad, como dejo dicho, había sido fortificada con anchas trincheras en las boca-calles de la plaza y transversales; fosos anchos y profundos, y artillería de grueso calibre en las trincheras. El general Gainza dió orden al coronel intendente D. Matías de La Fuente saliese con 150 hombres y dos cañones, y en combinación conmigo y un jefe, Pando, que estaba en Gualqui, atacase y tomase la ciudad. La Fuente nos comunicó la orden para que en la noche del día que se efectuó pasase yo el río, y Pando se aproximase, así como el lo haría, del mismo modo, á fin de amanecer á la inmediación de la ciudad por tres distintos lados.

Se verificó como prevenía. Yo procedí al paso del río en las balsas, y habiendo tomado con la infantería tierra muy inmediata á la ciudad, ocupé la fuerte posición que me proporcionaba dominar un destacamento que tenían los enemigos á su pié para custodiar sus lanchas: apoderado de éstas, las remití á la orilla opuesta, y pasaron muy luego mi caballería é indios, de modo que, al amanecer, ya tenía yo mi división de la otra parte del río y en posición ventajosa, así como Pando, á la misma hora, rompió el fuego sobre las avanzadas enemigas de aquella parte, y La Fuente por la suya. El sitio quedaba formado y nuestra comunicación de las tres divisiones expedita.

Pasé á ver al jefe principal La Fuente, quien dispuso que con alguna fuerza pasase yo al puerto de Talcahuano, con objeto de posesionarme de él para que entrasen al fondeadero dos buques de guerra nuestros, la *Sebastian* y el *Potrillo*, que estaban bloqueándole, y al regresar para mi campamento para ir á cumplir esta orden, que debía ejecutarse en el mismo día, salió una partida de la plaza haciéndome fuego á mí y á mi escolta y siguiéndome bastante trecho, lo que motivó que hiciese venir parte de mi fuerza, la cual, interponiéndose entre ella y la ciudad, la cargó por su retaguardia haciéndola prisionera. Este hecho motivó el que se internase mi fuerza en la ciudad y tomase una de las trincheras de la calle transversal que nos ponía á 160 varas de la plaza: concurri con toda mi fuerza, avisé al jefe principal y á Pando para que atacasen por sus respectivos puntos; y como La Fuente no aprobaba el ataque, me ordenó volviere al punto de mi primera posición. Yo estaba empeñado en el ataque en términos que no podía abandonarlo, pues si lo hacía me exponía á ser derrotado en la retirada. Viendo la imposibilidad, y que Pando por su lado también atacaba, seguí adelantando mi posición hasta el extremo de dominar la plaza con mis fuegos por encima de los tejados, y abriendo agujeros en las paredes de las casas (que son de adobe ó tierra), penetrar en las que caían á dicha plaza, en las cuales había así como en los tejados lucha de hombre á hombre. En esta disposición, y noticioso Fuente de lo que avanzaba, concurrió al ataque también por su lado, y con las dos piezas de á ocho que traía, el fuego se generalizó; pero era difícil pasar los fosos en las boca-calles y asaltar las trincheras. Entonces se me ocurrió el verificar el asalto, del modo siguiente:

Había en un almacén una porción de sacas ó bolas de algodón; las hice sacar y conducir á la boca-calle con el objeto de que sirviesen de parapeto á los soldados, y que, rodándolas ellos mismos, fuesen haciendo fuego cubierto detrás, con otra trinchera también ambulante; iba á situar 50 marineros con los cuchillos que usan para los abordajes, y los cuales se me habían presentado horas antes viniendo de Talcahuano, de donde había huido la guarnición enemiga y tomado posesión los buques. En esta operación me hallaba, y con la cual conseguí llenar el foso con las sacas, cuando se

presentó un parlamentario enemigo que me remitía para tratar de entregar la plaza de comandante en jefe, D. Matías La Fuente; yo oí al parlamentario; proponía evacuar la plaza, con tal que permitiese salir á la guarnición con armas á reunirse á su ejército. Le fuégué toda condición, que no fuese rendirse á discreción y quedar prisioneros de guerra; en la inteligencia le dije, enseñándole los 50 marineros que cuchillo en mano le presenté, que iban á entrar y sin dar cuartel. El parlamentario se asustó, volvió á la plaza, comunicó mi contestación á la junta y jefes, y contestaron que se rendían, como se verificó, saliendo la guarnición sin armas prisionera, y yo entré con mi columna victoriosa.

Esta acción, en que sin duda fui el principal actor, apenas mereció mención, ni recibí por ella ni por mis servicios en San Pedro, según los dejo relacionados, gracia alguna: bien es verdad, que cuando esto sucedía, el general Gainza estaba tratando de paz con el general enemigo.

Salió, tomada la ciudad de Concepción, con mi tropa, excepto los indios, á incorporarme al ejército que se hallaba en Talca, 60 leguas de Concepción; y como en el camino recibí ese orden de pasar á Chillan, por haberse hecho la paz entre ambos ejércitos, tomé aquella dirección, dejando á la tropa siguiere al cargo de un oficial. Luego que llegué supe, fue un artículo del tratado era, que los batallones de Chile y Valdivia regresasen á sus provincias y plazas, que todos los demás oficiales y jefes, que al tiempo de principiar la guerra eran particulares ó paisanos, quedaban como eran ó habían sido paisanos, y que quedaban anulados todos los grados y empleos dados durante la guerra.

Este tratado, que en cambio ofrecía el gobierno de Chile, para reconocer al rey de España, era un pretexto para que saliesen del territorio las tropas; y como el general Gainza se había excedido de las instrucciones que tenía del virey, hubo una conspiración contra él, y los jefes y oficiales en junta se negaron á cumplirlo, como así sucedió.

Para mí me era indiferente, pues si bien había adquirido alguna afición á la carrera militar, me hallaba dispuesto, no obstante, á volver al comercio, que aunque sin capital, tenía crédito, y me habría sido fácil volver á restablecer mis pérdidas; así es que, habiéndome presentado al general, le dije que iba á Lima y que me diese una licencia ó documento que me autorizase para hacer ver que había servido en el ejército. Este me contestó negativamente, manifestándome que no se llevaría á efecto el tratado; y él, para complacerme, me dijo, que si quería irme, fuese á Talcahuano, de cuyo punto me nombraba gobernador militar.

Acepté y fui á Talcahuano, donde estuve dos meses de gobernador, hasta que, habiendo desaprobado el virey los tratados de Gainza con O'Higgins, remitió el relevo del primero al brigadier de artillería D. Mariano Osorio, en el navío *Asia*, y á su bordo el regimiento peninsular Talavera, una ó dos compañías de artillería, y el cuadro de un escuadrón de caballería, que debía denominarse carabineros de Abascal, cuyo equipo de vestuario, montura y armamento, venía encajonado á cargo del comandante de el Amezaga, quien había dado toda su fortuna, de 16.000 pesos para dicho equipo, con la condición de ser jefe de dicho escuadrón que, debía contar tres compañías según el reglamento de caballería antiguo.

Recibí en Talcahuano al nuevo general, y todo lo que dejo referido, que al día siguiente se puso en marcha para Concepción.

Amezaga, el comandante de carabineros, venía gravemente enfermo, y á los dos días de llegar á Concepción, murió; con este motivo, el general Osorio me nombró á mi comandante de este escuadrón, que como digo, estaba en los cajones, y me prevenía que lo reclutase, que lo montase, y me pudiese en marcha para alcanzar al ejército en Talca; cuando quise pasar á verlo, para decirle las imposibilidades de cumplir su orden, ya había marchado; en tal apuro le oficié, pidiéndole oficiales, sargentos y cabos que hubiesen servido en caballería, y podrían sacarse del regimiento infantería de Talavera; me remitió algunos sargentos y cabos, pero no oficiales, de aquel cuerpo, y si de otros del país. Yo no perdía entre tanto tiempo de organizar mi escuadrón, y di principio, después de desenterrar los efectos, al alistamiento, fijando edictos en las esquinas y ofreciendo dos vestuarios á cada soldado, uno para cuartel y otro de gala; mi alojamiento se llenó de pretendientes, y casi todos habían servido en el ejército enemigo, que no era obstáculo para dejar de recibirlos, si su talla y robustez eran buenas; de modo que el cirujano reconociendo, él ó los peluqueros cortándoles el pelo, y los cabos lavándolos en una acequia, así como otros vistiéndolos, y pasar al ejercicio de pasos y posición, era obra de un momento y que no paraba; á los cuatro días ya tenía la fuerza completa, á la que se agregaron algunos soldados y marineros del navío *Asia*, que, desertores, se me presentaban, y yo les recibía, aunque con reserva.

Salió á los seis ú ocho días de haberlo hecho el general de Concepción, llevando mi escuadrón, de tres compañías, á pié, para montarlo sobre la marcha. Remiti al intento cuatro hombres del mismo á requisar, ó mejor dicho, á robar caballos, y que me los sacasen al camino. Se dieron tal maña éstos y otras partidas que, cuando entré en Talca, iba con el escuadrón montado. Allí estaba el general con las compañías de preferencia de los batallones y alguna caballería, pues las demás tropas habían marchado en dirección á Santiago. Allí también juró el escuadrón el estandarte, y fué revistado por el general, quien quedó satisfecho, tanto de la prontitud con que había formado y organizado el escuadrón, así como de la

buena presencia y talla de la tropa, que, como he dicho, proporcionó el escoger del mucho número que se presentó en Concepción. Los caballos eran endeables, como tomados de los prisioneros, que se encontraban en el tránsito, por la urgencia de montar la tropa y marchar sin detención a reunirme al ejército. En la marcha, y siempre que lo permitía el terreno sobre ella, se desplegaba en batalla, se marchaba en esta disposición, se volvía al de columna, se disminuía y aumentaba el frente, etc., de manera que lo pude presentar al ejército en un regular estado de instrucción.

Al día siguiente, emprendió la marcha el general con las tropas que componían la división, y entre ellas mi escuadrón. Había llovido, y el río Lircay, próximo a Talca, venía muy crecido, y no podía pasar a vado por ser muy correntoso; las divisiones de vanguardia se hallaban muy adelantadas y se temía fuesen atacadas por el ejército enemigo antes que llegase a incorporarse a ellas la que conducía el general, quien se hallaba impaciente por el obstáculo que presentaba el paso del río; el general y el estado mayor lo pasó en una balsa que se construyó de barriles y tablas; la infantería podría hacerlo también de este modo muy paulatinamente; pero la caballería, que además de mi escuadrón, constaba de otro de húsares y algunos dragones, debía pasarlo a nado, si era posible, atendiendo a la corriente y profundidad. Yo, con mi buen caballo, hice la prueba, me arrojé al río, quitando el freno ó bocado al caballo, y cuando éste nadando llegó al medio del río, noté que la corriente me hacía perder el caballo, y era porque yo le dirigía con la mano y riendas directamente al frente; así, pues, le varié la dirección poniéndole río abajo, de modo que la corriente le diese sobre su cuarto trasero, y siempre inclinándolo a la orilla opuesta. Entonces noté la facilidad y seguridad de poder pasar a nado mi escuadrón, y en confirmación, bajo el mismo método, volví a repararlo, y puesto al frente del escuadrón, mandé desfilar y que me siguiesen, con las tercerolas levantadas en una mano y guiando con la otra los caballos. El escuadrón pasó sin novedad y la demás caballería lo verificó igualmente.

Continuamos la marcha y nos incorporamos a las demás tropas. En la hacienda de Valdivieso, a dos leguas de la villa de Rancagua, donde se hallaba el ejército enemigo al mando de O'Higgins; allí se me destinó de avanzada sobre el río Cachapual, que dividía mi situación de la de dicha villa, y tuve ocasión de acostumbrar el escuadrón, que ya se hallaba con buenos caballos, al fuego, con tiroteos entre él y partidas de caballería enemigas que pasaban a la parte donde me hallaba, como igualmente a formar al frente de una batería enemiga y fuera de tiro de metralla, para acostumbrarlo a mantenerse firme a las balas de cañón que nos dirigía la batería.

Pasados algunos días se puso en marcha el ejército para atacar al enemigo; mi escuadrón fué destinado a la división de vanguardia; pasó el ejército el río Cachapual, presentó la batalla al enemigo; mas no la aceptó, quedándose en la villa á cubierto de sus calles atrincheradas. El ejército real pasó á atacarlo en sus atrincheramientos, y la acción duró todo aquel día 1.º de Octubre y 2 del mismo, que fueron disputadas á palmas las casas para aproximarse nuestras tropas lo mas posible á la plaza de la villa. En esta situación aparece una fuerte división de caballería procedente de la capital, al mando del caudillo Carrera, que había sido general del ejército independiente, en socorro de los sitiados. Osorio creyó que podrían reunirse éstos con aquella y determinó levantar el sitio y ponerse en retirada; me llamó para comunicarme su resolución y que estuviese listo para proteger ésta, pues iba á dar orden que se efectuase. Yo me admiré de esta resolución, y no pude ménos de decirle, que si la ponía en ejecución contase con que se pasaban al enemigo la mayor parte de los soldados del país, incluso los de mi escuadrón, porque en iguales circunstancias siempre había sucedido lo que experimentaría si llevaba á efecto la retirada, y que la división de caballería que traía Carrera, como que se componía más de tropas de milicia, era fácil batirla con nuestra caballería reunida, y que por ser el ataque en las calles, de infantería contra la misma arma, podía reunirse y atacar á la enemiga de Carrera, á cuya ejecución me ofrecía yo. El general se convenció y dió orden para que la caballería se pusiese bajo mi mando; yo salí de la cañada al frente de mi escuadrón, y apenas me presenté al frente del enemigo, éste se puso en fuga desordenada, quedando, pues, libres del temor de que se reuniesen al ejército que estaba sitiado en la plaza. Los enemigos que vieron les faltaba el refuerzo y que tan cobardemente los había abandonado, se deciden á salir de la plaza por diferentes calles, echando por delante y en tropel porción de mulas y caballos que tenían; su salida fué el preludio de nuestra victoria; se hizo una carnicería horrorosa; más de 2.000 prisioneros; pero O'Higgins y los principales jefes lograron romper por entre nuestras tropas á escape y salvarse; allí dejaron cuanto tenía su ejército. El saqueo y el incendio eran, por otro lado, lo más desordenado, pues los enemigos al tiempo de salir, dejaron incendiadas las casas, y particularmente la que tenían sus municiones en la plaza.

Concluida esta acción, en la que tuve la parte que dejo expuesta, recibí orden del general de seguir la persecución de los fugitivos hasta las angosturas de Payne, donde había ó tenía una batería y que se presumía se reuniesen en ella con las fuerzas de Carrera, y me previno saldrían seguidamente los cuerpos de caballería en pos de mí.

Empecé la marcha hasta la batería expresada, que distaba seis leguas de Rancagua, y como no encontré enemigos, la continué otras cuatro más hasta las orillas del río May-

pu, donde presumía hubiesen hecho alto para disputarnos el paso del vado de este caudaloso río, y caso de no pasarlo yo, para que estuviese expedito al ejército.

Yo di parte al general de mi determinación desde Payne, así como desde Maypu, donde tampoco encontré enemigos; y resuelto á no pasar de allí sin nueva orden, acampé con mi escuadrón. Era al anochecer, cuando se presenta una partida de caballería al mando de aquel coronel Asenjo, que en el Roble me desairó, según dejo dicho; seguidamente otra, como de 150 caballos, al mando de don Leandro Castilla; en fin, iban llegando las partidas de caballería de nuestro ejército que el general había mandado siguiesen mi marcha.

El pasaje siguiente es digno de atención, y pone en claro mi compromiso.

La partida de Asenjo pasó el río y continuaba su marcha hacia la capital; mi escuadrón se hallaba pié á tierra y quitadas bridas, y Asenjo, sin más que saludarme, prosiguió su marcha. Le reconvine diciéndole que yo traía la vanguardia; que la orden que había recibido del general era de llegar á Payne; que me había adelantado hasta aquel vado por asegurarlo, y que, habiendo dado parte al general, ni yo ni nadie pasarían de allí sin recibir orden de dicho general.

Castilla, que había llegado en aquellos momentos, manifestó que él seguía á Asenjo, que si Asenjo pasaba, él también, y que si seguía, igualmente lo haría él.

Se vea que dependía de Asenjo la voluntad de Castilla, y que Asenjo, influido además por un capitán de mi escuadrón, D. Angel Calvo (aquel que por sus intrigas causó mi separación de Elorriaga, en la isla de la Laja), y por otros oficiales del mismo, partidarios de este capitán, trataron de hacerle llevar á efecto su pensamiento, de continuar la marcha, no obstante las reflexiones que yo le hice; pero yo, constante en no infringir la orden del general, dije terminantemente que nadie pasaba de allí; esto llevaba carácter de un escándalo en que podríamos llegar á usar de las armas, y como oyese yo la expresión de que por cobardía me resistía á marchar sobre la capital de Santiago (que distaba ocho leguas), me puse en el caso de desmentir aquel baldón; y para que en ningún tiempo se juzgase que la cobardía había entrado en mí, y que el no marchar, era efecto de ser fiel observador de las órdenes superiores; no obstante, y conociendo la grave falta que cometía y que podría ser causa de que fuese batida la caballería, y privar al ejército de parte de esta arma; no obstante todo, y para que en ningún tiempo se digese de mí, ser por cobardía, marchemos, digo, bien sabido que, si sufrimos un contratiempo, yo soy el principal responsable por infringir la orden, etc. Di parte al general de que continuaba la marcha sobre la capital, y la emprendimos.

La división que iba á mis órdenes serían 500 caballos. El general, según después supe, pensaba detenerse algunos días en Rancagua, para componer el armamento y las cureñas de dos obuses y otros cañones, pues creía encontrar nueva resistencia antes de ocupar la capital; así fué, que debió sorprenderle mi aviso de dirigirme á ella.

Seguimos marchando toda la noche, y como á eso de las doce de ella encontré una diputación ó comisión de personas respetables de la capital que me instaban apresurara la marcha, porque los enemigos, sabiendo nuestra proximidad, habían desistido de organizarse y hacer resistencia, á cuyo efecto, habían pensado fortificar la Casa de Moneda y otras, y que á su salida trataban de retirarse, saqueando antes las casas y tiendas, etc; yo les manifesté que continuasen su marcha á Rancagua á decirselo al general, y que le digesen también habérmelo dicho á mí, que seguía marchando.

(Continuará.)

## EL PERIODISTA

novela política original de D. Eduardo López Bago.

Preguntándole un día á una dama, modelo por cierto de distinción y de naturalidad, qué cualidades se necesitaban para ser elegante, me contestó: «La primera y más esencial es no hacer nada para serlo.» Y, con efecto, desde entonces he observado que todo aquel que pone su conato en que la corrección de su traje y el atildamiento de sus maneras le distinguan del resto de los mortales, lejos de ser elegante, lo que resulta es amanerado y cursi.

Algo de esto sucede á los sectarios de la escuela llamada naturalista. Por buscar con empeño la naturalidad, caen con frecuencia en la afectación, y sucédeles no pocas veces que empeñados en quebrar lanzas en honra y gloria de la verdad, la que sale peor trecha de la liza es precisamente la dama de sus pensamientos.

Aunque me preocupo poco de esas escaramuzas que libran entre sí los críticos, defendiendo éstos el naturalismo, y el idealismo aquéllos, porque tengo para mí que unos y otros tienen razón relativamente y que ninguno la tiene en absoluto, he leído no sé dónde que el movimiento naturalista representa, como el romanticismo lo representó en su día, una revolución necesaria en las esferas del arte.

En tal sentido le acepto y aún me produce cierta deleitación, por aquello de que nada nos gusta tanto á los que sangre meridional llevamos

en las venas como cambiar de postura. Mas ¡ay! como la experiencia me ha enseñado que los decretos dictados en un momento de entusiasmo por las Juntas revolucionarias, sólo sirven para que otro decreto los anule antes de haber sido puestos en práctica, la verdad es que no tomo muy en serio esas recetas que se nos dan todos los días para hacer escritores naturalistas como hacen las Minervas tarjetas al minuto.

Sin negar los beneficios que tales esfuerzos puedan producir en el porvenir, por hoy no veo en las exageraciones de los denodados paladines del naturalismo, otra cosa que un afán de imponerse unas trabas que tienen que empuñarse siempre el arte, y un deseo de buscar lo que siempre se ha encontrado sin buscarse. Por más que se empeñen, el arte es, ha sido y será siempre un compuesto de elementos reales é ideales, como de real y de ideal tiene el cerebro en que sus más altas concepciones se crean. Por eso, para mí, los que buscan el exclusivo predominio de uno de los elementos, con la anulación completa del otro, son falsificadores de la naturaleza, lo mismo cuando se llaman románticos ó idealistas, que cuando se denominan realistas ó naturalistas. El secreto, el gran secreto, está en que en la receta entren las cantidades en su justa proporción, y esto todos los grandes artistas lo han logrado sin preocuparse de ello. Los que se trazan de antemano un camino, que tal vez es el ménos en armonía con sus facultades, les sucede lo que á los pseudo-elegantes de que hablé al principio. En fuerza de obstinarse en ser una cosa, llegan á ser lo contrario de lo que pretenden.

No es en absoluto esto lo que le ha sucedido al Sr. Lopez Bago con su novela política *El Periodista*, pero á mi juicio, no poco, han influido en su reconocido talento las flamantes teorías. En lo primero que se nota esta influencia es en el estilo. Lopez Bago demostró años há que es poeta y poeta de los de buena casta, siendo los vuelos de su inspiración los que más avaloran sus producciones, no sólo en verso, sino hasta las mismas en prosa. Pues bien; el estilo de *El Periodista*, es con frecuencia seco y árido. Huyendo siempre de la metáfora, pareciendo tener miedo á hacer esas síntesis que pintan mejor que todos esos frios inventarios tan en moda hoy, antojásenos que el autor ha querido hacer lo que el águila que, pudiendo tender el vuelo á las nubes, se empeñara en imitar al reptil que escala perezosamente las quebraduras de la roca.

Lo primero que debe tener el escritor es personalidad, y aquí no parece sino que el novelista se ha obstinado en perder la suya. Páginas hay en que más que el autor se le creería traductor de una obra francesa, y hay otras en que, subiendo inconscientemente al elevado nivel de su inspiración, parece que despierta de un sueño y se complace en arrojarse á la tierra, porque con fruición se arrastra.

En cuanto al asunto no negaremos que, por regla general, está bien perseguido, tal vez porque no tiene todo lo de naturalista que el autor hubiera deseado; pero con dolor confesaremos que no todos los caracteres son perfectamente reales, ni todas las situaciones están informadas por la verosimilitud. Sin pararnos á buscar mucho, en el carácter de D. Augusto Bejarano, el novelista de oropel, encontramos mucho de caricatura pero nada de retrato; la casualidad que pone á Luis en contacto con aquel pequeño grande hombre es tan falsa, como cualquier efecto de un melodrama de Bouchardi.

Por lo mismo que estimo en mucho las grandes condiciones que para la novela tiene el señor Lopez Bago, creo que los que con más autoridad que yo pueden hablarle, debieran emplear esta ruda franqueza. El que pinta cuadros tan acabados, como *La carga de los húsares*, el que piensa con el alto criterio que revela el capítulo *La familia ilegal*, el que traza caracteres tan bellos como el de Luis y María, por más que, aunque lo sienta el autor, están animados por su soplo idealista, á veces demasiado acentuado; es muy acreedor á que se le arranque con mano firme la venda que ante los ojos tiene y se le diga rompe tus grillos, escribe como tu manera de ser se dicte, y no obedezcas á trabas de escuela que son al arte lo que á la política la disciplina de los partidos, esto es muy útil á los talentos medianos, pero perjudiciales siempre á los que piensan alto y sienten hondo.

Si cualquiera al leer estas desilvanadas observaciones piensa que *El Periodista* no me ha gustado, de medio á medio se equivoca. Con esos y otros lunares, por donde quiera que se abre el libro, se está revelando el talento del autor, que se le escapa de la estrecha jaula en que trata de encerrarle. La primera novela de la serie de *Escenas de la vida política*, que ha comenzado á dar al

público el Sr. Lopez Bago, interesa y hace pensar y sentir. ¿Qué más puede pedirse á una obra?

Los encantos de forma que le faltan, la realidad de que en algunos puntos carece, se la darán en lo sucesivo la espontaneidad de su talento. Para que Lopez Bago llegue á ser naturalista en el recto sentido de la palabra, no le falta mas que dejar de pensar en serlo.

ANGEL R. CHAVES.

## Contraste

No crean los lectores de LA AMÉRICA, á la vista de mi epigrafe, que voy yo á ocuparme de pesos y medidas de almotacen. Estas son ocupaciones del deber y de la exclusiva competencia de los municipios y de los intendentes de los palacios, y yo jamás me meto en camisa de once varas, porque para usar una camisa decente necesito lo ménos veinte metros; tal es mi ambición en cuestiones de camisas.

Me propongo, sí, hacer ver á los lectores de LA AMÉRICA, y especialmente á los que blasonan de muy cristianos y aficionados á ciertas instituciones, la diferencia que hay en algunas personas de gobierno entre perpetrar un crimen, un asesinato, por ejemplo, como el que ciertos frailes cometieron, y cometer una falta que yo no clasificaré, pero que, por enorme que sea, la juzgo de muy inferior importancia al crimen de asesinar al abad de un convento los frailes mismos.

Esto es lo que me propongo, y aún cuando lo haga con pobres razonamientos, procuraré porque los que lean puedan juzgar con acierto acerca de mi tema, y ésto los estimule á emplear todas sus fuerzas intelectuales á fin de evitar volvamos á los incógnitos tiempos en que tuvo lugar el hecho que voy á referir, y á cuyos tiempos se vé clara y distintamente se trata de arrastrarnos.

### He aquí el caso del contraste.

Era el año de 1828, cuando un sacerdote, teniente cura de una de las parroquias de Madrid, vivía en la calle del Baño en compañía de una hermana suya, viuda con dos hijos.

El sacerdote tenía además, fuera de su casa, una *parienta* jóven á la que favorecía cuanto le era posible, y á esta jóven la llevaba casi todos los días á almorzar á la fonda de Europa, calle del Arenal.

El sacerdote, luego que la jóven almorzaba, se despedía de ella á la puerta de la fonda y él se iba á su parroquia á decir la misa de once.

Un día, al salir de la fonda y despedirse de su *parienta*, pasaba por allí una vieja, ó sea una bruja, que oía todos los días la misa del teniente cura. Esta vieja debía ser muy maliciosa ó muy malvada. Llegó á la iglesia, vió que el cura que salía á decir la misa era el mismo á quien se la oía todos los días y al que había visto salir de la fonda y despedirse de la jóven, y cuando el sacerdote llegó en su misa al evangelio, la vieja se fué á la sacristía y dijo al párroco, que se hallaba allí:

—Ese sacerdote que está diciendo la misa en el altar mayor, ha estado antes almorzando en la fonda de la Europa con una jóven, y al despedirse de ella, á la puerta de la calle, la dijo: «Adios, que voy á vestirme de máscara.»

El párroco, sin más informe ni indagación, envió á buscar dos alguaciles.—Entonces no había agentes de orden público.—Esperó que el teniente acabará su misa, y llegando éste á la sacristía y despojándose de las sagradas vestiduras, los alguaciles le dijeron: Usted viene con nosotros á la cárcel, y se lo llevaron á la de Villa.

Cinco ó seis días llevaba encarcelado el buen teniente, cuando un practicante del hospital General, amigo del Tío Jadrake, dijo á éste:

—Quiero que vengas conmigo á ver un cura preso en la cárcel de Villa por una cosa muy original.

Acompañé á mi amigo, y en una habitación bastante espaciosa que no tenía aspecto de prisión vi al teniente cura en compañía de otro sujeto, *semicura*, del que diré algo también.

El teniente era un hombre de unos cincuenta años, y su aspecto nada revelaba de extraordinario.

Volví con mi amigo el practicante algunas veces y visitar al teniente, y en uno de los días que fuimos nos encontramos con que al preso se lo habían llevado sin que nadie ni áun su familia, supieran dónde había sido trasladado.

Practicamos cuantas diligencias nos fué posible para saber el paradero de aquel infeliz, pero todo fué en balde. Aquel sacerdote fué sacado de su prisión una noche, y nada más se supo de él hasta pasados algunos años; y dicho se está que la hermana y los dos hijos de ésta quedaron reducidos á implorar la caridad pública. ¡Viva la religión!

Trascurridos unos siete ú ocho años, hallándome yo en un pueblo de la provincia de Valencia, llegó á este pueblo otro amigo, que lo había sido también del teniente cura, y me dijo:

—A D. N... lo sacaron de la prisión á altas horas de la noche, lo metieron en un carruaje, y bien custodiado é incommunicado fué conducido á Cuenca.

Una vez aquí, se le encerró en un calabozo—el gallo—de los sótanos de la catedral, se le amarró fuertemente á un sillón inamovible, y cayendo sobre su cabeza una ducha filiforme de agua, allí espiró al cabo de algunos días.

En esta época se decía que ya no había Inquisición: ¿qué clase de muerte se hubiera dado á este infeliz si la hubiera habido? Yo ignoro, y me alegro, si los atezados en tiempo de ciertos católicos sufrían más.

Omito los comentarios que tuvieron lugar entre este amigo del asesinado mártir y yo, porque creo estarán al alcance de todos los lectores, y sólo voy á exponer algunas reflexiones que á mi me ocurrieron al saber tal infamia, tal acto de impiedad ejecutado por católicos apostólicos romanos.

He dicho ya que á este sacerdote se le encarceló sin más dato, sin más indagaciones que el dicho de la vieja. No se justificó que el cura almorzara con la jóven á quien acompañaba, quedando reducido, por lo tanto, todo el delito á un acto de indisciplina, ó, si se quiere, de escándalo.

Ahora bien: supongamos que el comportamiento de este sacerdote mereciera una corrección, un ligero castigo; pero ¿había en su falta ni punto de comparación siquiera con el horrendo crimen que cometieron otros sacerdotes asesinando á su superior, y de estar además jugando al monte todas las noches hasta las dos ó las tres de la madrugada, en cuya ocupación consumirían algunos cuartillos de una bebida cualquiera, y pronunciarían, al venir la carta contraria, interjecciones de las más significativas, para ir luego, á las seis, las ocho ó las diez, á decir misa con la mayor frescura?

Se dijo, como ya he indicado, que á los asesinos se les indultó, por evitar un escándalo que redundaría en menosprecio de la religión, y no se tuvo por escándalo la conducta de los asesinos del abad, ni nada de los excesos que pasarían durante las seis ó más horas que aquellos *angelitos* pasaban en el juego. ¡Qué religión! ¡Qué justicia!

Al teniente cura nada se le probó de cuanto á la vieja la dió gana de decir; pero bastó el dicho de esta malvada para asesinar del modo más cruel á aquel infeliz y para que la vieja quedara sin remordimientos.

Al recordar yo tan brutales é indignos hechos, y al observar la vía en donde, al parecer, se intenta volvernos á colocar por el señor Pidal y su satélite D. Antonio, al Tío Jadrake se le crispan los nervios y los cabellos se le ponen de punta.

¿Pero qué medio preservativo hay capaz de contener la marcha indigna iniciada por el Sr. Pidal?

¿Será conveniente empuñar el fusil y dirigirse á las montañas para hacer una guerra facciosa á un gobierno desatentado como el que hoy nos oprime, y hasta nos empuja á determinación tan temeraria y sólo propia de la defensa de causas injustas?

De ningún modo. La causa de la libertad y de la dignidad del hombre no debe tener más defensa que la fuerza de la razón, y esta es arma que triunfa siempre; esto, al ménos, es lo que la experiencia de ochenta años me ha hecho conocer, como me ha comprobado asimismo que el que á cuchillo mata, á cuchillo muere.—Consejo inolvidable de mi DIVINA MADRE.

Todo acto de violencia, y désele el nombre que se quiera, que conduce al triunfo de una situación, podrá durar más ó ménos tiempo; pero la misma fuerza que le dió el ser, dará en tierra con una situación intrusa. Y téngase presente que yo no escribo para sólo la generación actual, sino para las venideras.

Pero cuando un gobierno como el que hoy nos humilla se propone hacernos retroceder á los tiempos en que se indultaba á los asesinos *religiosos* y se asesinaba del modo más infame—como hoy sucede—á un religioso ó á unos *MILITARES* por una falta cualquiera, ¿qué medios pueden emplearse para derrocar á este gobierno? La fuerza de la razón, y sólo esta fuerza.

A la altura á que han llegado los conocimientos humanos, cuando el hombre ha llegado á comprender el *nosce te ipsum*, no hay poder bastante en lo humano capaz de borrar este precepto. El hombre, hoy, comprende perfectamente que su misión en la tierra es vivir con dignidad y con independencia, y aunque todos los Pidales y Cánovas habidos y por haber se empeñen en volver á convertir la humanidad en un rebaño de ovejas que el pastor lo conduce donde le place, se llevarán un solemne chasco. El hombre apareció en la escena libre, libérrimo, y sin más imposición que la de no perjudicarse mutuamente, para de este modo ser feliz.

A pesar de este derecho, los ambiciosos lo han dispuesto de otro modo y nos han conducido al miserable estado en que nos encontramos, es decir, han convertido la tierra, el verdadero paraíso, en un infierno. Pero ¿puede esto continuar así? Según las inteligencias raquíticas de los bien avenidos, de esos ambiciosuelos que creen que en este suelo todo está reducido á ser ministro, Papa ó cosa parecida, dominarlo todo y darse aires de hombres importantes, el estado de la humanidad no puede ser más próspero, más brillante—para

ellos—, pero, según opinan los hombres pensadores y dignos, la humanidad no llegará á su verdadero destino, al bienestar que la está reservado, mientras haya gobiernos que á ello se opongan; y para que estos gobiernos no existan, sólo se necesita un poco de voluntad y que los hombres todos lleguen á conocer sus derechos lo mismo que sus deberes.

A esto es, ni más ni ménos, lo que este pobre jornalero cree están obligados todos los gobiernos, y especialmente los ministros de Fomento, ya que éstos son los árbitros de la enseñanza; proporcionando leyes y medios para la instrucción obligatoria de todos, en lugar de hacer indicaciones desatentadas en la Representación Nacional.

Pero esto—es muy cierto—no tendrá lugar con ningún gobierno reaccionario como el que, por desgracia, hoy nos des gobierna.

Pues bien; para que no haya gobiernos reaccionarios, bien clara y distintamente expuse el remedio al hablar de las elecciones de diputados, senadores, etc.

¿Se desoye mi voz, la voz de un hombre sencillo y bien intencionado? Peor para los sordos que, sin embargo, oyen á grandes distancias la voz de los que guían á los precipicios.

Mucho más podría extenderme en estas reflexiones, pero me parece oportuno dejarlo para el caso de que el Sr. Cánovas siga en el empeño de conducirnos al reinado de Fernando VII, y voy á decir—en cumplimiento de mi oferta—dos solas palabras del compañero de prisión del sacerdote asesinado en el calabozo, el gallo, en la catedral de Cuenca.

Este *semicura* era un hombre de unos treinta años, hijo de una pobre viuda, á la que vi en la prisión varias veces.

Ignoro los antecedentes históricos de este casi cura, y sólo sé que no teniendo oficio ni beneficio, como vulgarmente se dice, y no teniendo tampoco pelo de tonto, discurrió un medio, para él muy sencillo, de poder evitar que su madre pereciera de hambre, y al efecto se autorizó *per se* para decir misa.

La dijo, según tradiciones, en varias iglesias, y últimamente decía la de once en Atocha. Aquí sirvió á los devotos por espacio de algun tiempo—que contentos quedarían—; pero llegó un día en el que se descubrió la profanación, y el *semicura* fué á parar á la cárcel de Villa, de la que desapareció también lo mismo que el teniente cura, y nada más se supo de él. ¿Lo asesinarían también como al desgraciado teniente? Es probable.

### Resumen

Todo lo expuesto no tiene más objeto que el de hacer ver al desdichado pueblo paciente que en su mano tiene la tabla de su salvación, y que consiste pura y simplemente en ser honrado y laborioso, pero al mismo tiempo estar dotado de una gran cantidad de dignidad y de amor propio, sin olvidar nunca que en la especie humana no hay seres privilegiados más que aquellos que por sus virtudes, sus talentos y amor al trabajo han sabido y podido crearse una posición ventajosa, pero que no por esto deben ser mirados como ídolos.

Por lo demás, la misma importancia tiene el duque, el conde y el más renombrado príncipe como el más desdichado jornalero—yo, por ejemplo—; porque las jerarquías sólo radican en los conquistadores, ó, lo que es lo mismo, en los déspotas, y tiempo es ya de que desaparezcan de la escena los déspotas y los conquistadores de la fuerza brutal, para que los sustituyan los conquistadores de la fuerza moral, de la fuerza de la dignidad.

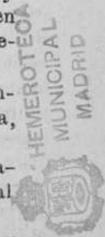
Este, es al ménos, el modo de ver el porvenir de la humanidad del

T. J.

## REVISTA DE MADRID

La palabra está en todos los labios como la idea en todos los espíritus; esa palabra y esa idea que dán frío al corazón y hacen que el hombre abarque en una mirada los seres queridos á cuyo amor se sacrifica, como si quisiera protegerlos contra un enemigo invisible. Desde que el telégrafo anunció su aparición en las costas francesas, Europa entera prorumpió en un grito de espanto. Los aprensivos creyeron sentir ya los primeros síntomas; los despreocupados se encogieron de hombros: unos y otros, allá en el fondo de su alma, sintieron lo mismo. El cólera, erguido sobre Tolón, destacaba su fatídica silueta sobre todos los horizontes.

Y es que el cólera no es una enfermedad como esas otras á las que estamos acostumbrados; no es sólo el mal que corta los hilos de nuestra vida y nos lanza a ese abismo sin fondo, á ese sombrío más allá donde no alcanza la luz de la razón. El cólera es la muerte, sí; pero en su forma más horrible: predecida del vacío, de la soledad, del desengaño. Apenas llega á una casa y se sienta á la cabecera de un lecho, los conocidos huyen, los amigos se dispersan, los parientes se recatan: junto al enfermo quedan sólo la caridad ó el deber, que son más fríos que el amor. El hijo teme acercarse al padre, la esposa se extremece cuando la voz del esposo la llama á su lado en



gabinete y del de la oposicion de S. M. y habrá terminado el debate del Mensaje, prólogo de la agitada época en que vamos á entrar.

Importantes son los sucesos exteriores de la última quincena.

Pero ni los primeros pasos—marcadamente reaccionarios—del Gabinete belga, ni la discusion en las Cámaras francesas del proyecto de revision constitucional, ni el cambio del Gabinete noruego, despues de dos años de crisis, tiene la importancia que la Conferencia Internacional reunida en Londres. Los preliminares en que están ahora los representantes de las grandes potencias se prolongarán, segun parece, algunos dias.

La muerte del heredero del trono de Holanda atribuye todos los derechos de sucesion á la princesa Guillermina, de cuatro años de edad. La impresion que en aquel país ha producido el hecho está bien descrito en la siguiente carta de un corresponsal extranjero:

«Por todos lados, en el interior como en el exterior, afluyen testimonios de simpatía. La muerte del príncipe de Orange, considerada en Holanda como un duelo de familia, arranca en las Cámaras, las municipalidades de El Haya, Rotterdam y todas las ciudades del país, la expresion del dolor patriótico.

«La muerte inopinada del príncipe de Orange parece haber engendrado en Bélgica y Alemania sentimientos encontrados.

«El rey Leopoldo ha escrito sin tardanza al monarca holandés.

«Los francmasones belgas han decidido enviar una diputacion á las honras fúnebres del príncipe difunto.

«El heredero presunto de la corona de Holanda era gran-maestre de la francmasonería neerlandesa, y, con ese título, especialmente querido de los *hermanos compañeros* del otro lado del Meuse.

«El príncipe Federico Carlos y su esposa se encuentran ahora en El Haya con su hija, la princesa Enriqueta. El príncipe Alberto de Prusia era esperado en Scheveningen, y no serian los príncipes alemanes, segun la comun creencia, los que faltarian á la solemnidad preparada en honor del heredero de trono.

«La prensa alemana se ha conducido con relativa conveniencia, y ha procurado notar que la Constitucion de Holanda suministra los medios de resolver las cuestiones de derecho hereditario; mas sin que esto le impida aconsejar á sus vecinos, tan candida como singularmente, «que busquen en la union más íntima con Alemania la garantía para lo porvenir.»

«El consejo que consiste en meterse dentro de la boca del lobo para evitar sus dentelladas, ha sido recibido en Holanda muy mal.»

KARL MAL.

## CASTELAR

Y EL GOBIERNO NEO-CATÓLICO

Fué el día 5 de Julio, de fiesta y gloria para la tribuna española. Habló Castelar... Y, en efecto, el orador inmortal en el arte; el tribuno inmortal en la política; el poeta altísimo que ha hecho de la pobre palabra humana rico y grandioso vaso donde vierten los maravillosos pensamientos, las supremas concepciones del genio;—el estadista severo, profundísimo, previsor, que á las exaltaciones del apóstol ha sabido oponer el contrapeso del respeto constante á las realidades impuestas ó el freno, de una prudencia patriótica; en una palabra, D. Emilio Castelar, jamás ha pronunciado oracion tan alta y profundamente política, como esa su oracion última; ni nunca con mayor impulso, ha abierto en gobierno alguno brecha tan ancha, portillo tan escandaloso, como el portillo y la brecha que obrara en el gobierno neo-católico de Cánovas-Pidal.

Castelar ha acabado con la obra de Enero. Con su autoridad inmensa, con su palabra, tan segura en la expresion artística como en los re-

curios dialécticos, con su patriotismo sin rival y su lógica de historiador incomparable, acertó á plantear el gran problema latente: el problema de la paz pública, traído por la vuelta violentísima de los conservadores.

Ya no cabe engañarse ni mixtificar por más tiempo. Há muy pocos dias era el Sr. Portuondo quien declaraba, con el beneplácito del Sr. Ruiz Zorrilla, cómo este ilustré demócrata y cómo su honrado y consecuente partido, hallábanse propicios á la paz, con solo ver en el gobierno temperamentos liberales.

Muy luego es el Sr. Castelar quien en esa misma tribuna por él para la inmortalidad preparada; se levanta á decir al Parlamento, al país, á Europa, al mundo, cómo la reflexiva democracia española, condena los movimientos de fuerza, prefiriendo mejor para desenvolverse y vivir, los dias tranquilos de una legalidad nacional.

Cierto es, que acerca de esto no existian dudas en ningun hombre razonable y sincero. Más al fin, convenia que otra vez, en la hora de más tremenda reaccion, lo repitiera el Sr. Castelar. Porque al afirmar de nuevo el Sr. Castelar éste su honrado y pacífico sentido, al declarar de nuevo que prefiere á la revolucion armada la propaganda persuasiva, no arroja como sospecha la maldad conservadora, dardos agudos sobre el Sr. Ruiz Zorrilla.

El dardo vá á clavarse contra el Sr. Cánovas, contra el Sr. Pidal, contra ese gobierno de hombres violentos que niegan el aire y la luz á la democracia razonadora, señalándole la montaña y el desfiladero, como única tribuna, y como argumentos tambien únicos, la bayoneta y el fusil.

Aquí están todas las gentes dispuestas á la paz y sólo el gobierno dispuesto á la guerra; de suerte que Castelar al responder á la provocacion con la mesura de siempre, ha querido decir:—Conservadores, sois la revolucion, no hay más revolucion que la vuestra; apartaos y dejad la direccion de la política nacional á los hombres que, aun siendo manárquicos, coinciden conmigo que soy republicano: dejad el poder á esos ilustres liberales que ayer obtuvieron mi benevolencia y que mañana obtendrán la de aquella otra parte de la democracia, que á su pesar, y gracias al Sr. Cánovas y al Sr. Pidal, cree hoy en la revolucion.

He aquí ahora la segunda parte de ese admirable, de ese maravilloso discurso, donde verdaderamente está resumido todo el tremendo ataque asestado por el Sr. Castelar al Gabinete del Sr. Cánovas:

El Sr. CASTELAR: Señores diputados, entro con toda concision y brevedad en la última parte de mi discurso, en que diré lo que pensaba decir sobre la Union Católica y sobre la última crisis. Mas no debo entrar en materia sin descargar mi corazon de un grave peso de gratitud: confieso que el dia anterior me levanté con una gran propension á luchar con vosotros, señores de la mayoría; os hablé tres horas mortales, durante las cuales nunca me faltó inapreciable atencion; gracias, señores diputados, no por mí, sino por algo infinitamente más grande que yo, por la libertad imperecedera de la gloriosa tribuna española, faro inmortal cuya luz, lo mismo en las tinieblas de la reaccion que en los encrespamientos de la libertad, nos muestra el puesto seguro del derecho. Desde la hora misma en que habeis respetado todas las facultades que me dan la Constitucion y el reglamento; desde el momento en que nos hallamos presididos por un repúblico jóven é ilustre que con su sabiduría, su prudencia y su imparcialidad aumenta los timbres de su nombre gloriosamente heredado, por lo mismo que habeis estado conmigo tan benévolo, en reconocimiento á vuestra cortesía, yo os prometo tratar el espinoso asunto de la crisis con gran mesura y con gran prudencia.

Hablemos de la unidad católica. Y me alegro que, al hablar de esto, esté aquí el señor ministro de Estado... (Risas.) Diré por qué: interrumpia yo mi discurso el dia anterior en el punto mismo en que decia que la union católica, desde el momento en que la admitis en vuestro seno, es un peligro para la paz interior, porque exacerba las esperanzas carlistas, sin satisfacerlas, y para la paz exterior, porque plantea el problema insoluble de la restauracion del poder temporal. En este punto reanudo mi discurso, y digo, que ó la union católica no significa nada, ó los admirables discursos é innumerables folietos que desde las buesas católicas se han escrito, muchos de ellos contra mí, no tienen sen-

tido alguno; ó la union católica es una escuela de reaccion universal, que ante todo y sobre todo, se propone la restauracion del poder temporal de los Pontífices. Imaginaos, señores diputados, una utopia mayor para ser vista por hombres de un gobierno positivo y práctico: oid á los sectarios de la union católica, y vereis cómo nos quieren volver á los tiempos personificados por Inocencio III, que daban de sí en la jurisprudencia las *Partidas*, en teología la *Summa*, en arquitectura las catedrales de Toledo y Polonia, en escultura Juan de Pisa, en pintura Cimabuc y Giotto, en poesia la *Divina comedia*, en las órdenes monásticas San Francisco de Asis y Santo Domingo de Guzman. La union católica quiere restaurar la influencia material del clero en todas las instituciones, y como clave de todo el edificio que se proponia levantar, la restauracion del poder temporal. ¡Ah, señores, qué enorme reaccion! ¡Y aun habeis podido oír con cierto dardén á un diputado, que os decia que en el fondo de vuestra política palpaba la teocracia! La restauracion del poder temporal, predicada por el señor ministro de Fomento, no es otra cosa que la negacion de los seis últimos siglos de la Historia: la entrada de Federico II en el Santo Sepulcro, el retroceso de los Cruzados en Damietta, el ingreso de los Colonas en Alemania, donde un emisario del rey cristianísimo imprimió su guantelete de hierro en la mejilla de los pontífices, la abolicion de los templarios, el cautiverio de Avignon, el Cisma de Occidente, los Concilios de Basilea y de Constanza, de donde huyó Juan XXIII y se equivocó Eugenio IV, como los reyes absolutos de los parlamentos nacionales; la tentativa Savonarola, la Reforma, el edicto de Nantes, la intervencion de Rechelieu en la paz de Westfalia, el predominio de los Jansenistas, los reyes filósofos y sus célebres ministros del siglo XVIII: todos estos hechos constituyen una serie, cuya cima está en la ruina del poder temporal de los Papas, demandada por la conciencia pública, contra cuya perfectividad se conjuraban de consuno la razon, la naturaleza y la Historia. Ahora bien: vosotros los decoradores de Syllabus, los partidarios de la infalibilidad del Papa, los discípulos de la Enciclica de Gregorio XVI, que condenaba la Constitucion liberal de Holanda; vosotros que habeis repetido aquí las palabras de Pio IX y Leon XIII, no podeis estar en el gobierno un minuto, sin emplear todos los medios que estén á vuestro alcance para restaurar el poder temporal de los Papas. Y yo pregunto al señor ministro de Estado: ¿qué política internacional cabe, qué alianzas pueden anudarse con ciertas naciones, cuando en el gobierno se encuentra nada ménos que la reivindicacion de Roma para un Soberano, que no es legítimo Soberano elegido por los plebiscitos de Roma?

(El señor ministro de Estado: El mismo tratado de comercio, que acabo de leer, dirá al Sr. Castelar, cuáles son nuestras relaciones con Italia.)

Las relaciones comerciales serán muy buenas, no lo dudo; pero si el señor ministro de Estado leyese los periódicos que representan la política del gobierno italiano, si viese cómo copian y cómo comentan los discursos del señor Pidal contra el estado de cosas reinante en Italia, veria que los hombres políticos italianos no se han alarmado mucho, porque dicen: que esto es imposible que continúe; que, ó el partido conservador acaba con la union católica, y en ese caso nada tenemos que hacer, ó la union católica acaba con el partido conservador, y entonces tomaremos nuestras precauciones contra una tendencia que es contraria á toda la política de las naciones europeas.

Señores, en plata, ni la mayoría, ni el partido fusionista, ni la Izquierda, ni los demócratas, ni los republicanos, ni ningun liberal, absolutamente ningun liberal de esta Cámara, quiere una política que signifique la restauracion de la influencia material, política, económica y científica del clero: la mayoría aplaude al señor Pidal, porque es muy eleccionero, pero no le gustan sus ideas, porque son muy reaccionarias. Y, señores: porque yo me oponga al restablecimiento de la influencia política del clero, no me creais irreligioso; seré todo lo malo que queráis, pero no consiento que se dude de mi religiosidad; yo soy muy religioso; yo soy de los que quieren aliar el cristianismo con la libertad, el evangelio con la ciencia.... ¿No han de tener sobre mí extraordinaria influencia las creencias religiosas, cuando me he criado en pueblos, en montes, en playas, donde se pasa la vida de la niñez casi en la iglesia, y donde, al llegar á la edad madura, al convertir los ojos al pasado, ve uno en todo cuanto deja tras de sí á la Iglesia? Cuando la campana del alba os ha despertado para el trabajo y el estudio, como al jornalero y á las alondras, cuando los villancicos de Navidad van mezclados con vuestros juegos más inocentes, y las letanias cantadas á la Virgen en el mes de Mayo, en el mes en que las rojas amapolas y las verdes espigas van acompañadas con las primeras emociones que engendraron en vosotros los primeros amores; cuando al caer la tarde, allá, en aquellos campos hermosísimos, veis en los cielos enrojecidos por los arreboles del ocaso, la primera estrella saludada por el ángel, y en la ermita la Virgen Madre con la serpiente bajo sus plantas, las estrellas en la frente, los ojos estáticos, ¡as manos cruzadas, la cabellera como de éter, con los

ángeles que la acompañan, y la Trinidad, que la corona; cuando todo eso se os presenta delante, ¡ah, señores! creedme, estais unidos, aunque no querais, estais unidos á la religion, que os ha dado la primera comunión y con ella los ideales que os han podido guiar en el camino del mundo, que han refrenado todas vuestras pasiones, que os han traído toda suerte de esperanzas, y que despues, cuando llega lo que más os conmueve, cuando llegan los muertos de vuestra familia, los muertos que subliman todos los grandes de la vida, y vais á llorar, y vuestras lágrimas se evaporan en la tierra; entonces esa religion os dice: ¡Ah, no, no, creed; esperad, porque esos muertos no son huesos, no son gusanos, no son podredumbre, son mariposas que rompen sus crisálidas, que vuelan y van por los espacios infinitos en álas de la oración al seno de Dios para encontrar el amor infinito, eterna aspiración de vuestro corazón y verdad absoluta que pone abismos en vuestra inmensa inteligencia. (Grandes y prolongados aplausos en todos los lados de la Cámara y en las tribunas.)

Yo no hubiera hecho nunca lo que ha hecho ese gobierno con el padre Mon. Y ahora que hablamos de padres, permítame el Sr. Perez Hernandez que le dé recibo de la lección que me dió en los pasillos: llamé padre al ilustre catedrático de Salamanca y de Coimbra, ya sabía yo que no lo era; me equivoqué, y rectifico la equivocación, porque cuando se trata de cosas de la Union Católica, es preciso estar en todos los puntos, y si nó, el señor marqués de Pidal os encaja un folleto por cada coma en que os equivocáis.

¿Qué hizo el padre Mon? Yo no sé, porque el sermón no era para nosotros; pero vista la poca cultura y la intemperancia usual ¿por qué no he de decirlo? de nuestro púlpito, quizás el gobierno tuviera razón, sobre todo si, según se dice, se faltó á una dama: alguna advertencia debió dirigirse ¿por el gobierno? de ninguna manera. Pues ¿no hay autoridades eclesiásticas, ¿no tiene el clero, y sobre todo los jesuitas, una jerarquía en que los unos deben obedecer á los otros más que los soldados obedecen á sus jefes, porque el soldado entrega á sus jefes el cuerpo, y el jesuita entrega á una persona, á quien no conoce, cuerpo y alma?

No soy partidario de los jesuitas, ni participo de las supersticiones de los masones contra ellos; lo único que me subleva la conciencia cuando de jesuitas hablo, es lo mucho que la Orden contribuyó ¡ingrata! á la separación de España y Portugal, traición que jamás puede perdonarle España.

Pero, señores, ¿quién le mandaba al gobierno constituir su Consejo de ministros en una especie de Sínodo, llamar á su seno al cardenal arzobispo de Toledo, dictar al jesuita una orden de traslación á Sevilla, y de esta suerte, así como se entra en el seno de los partidos, se entró contra razón y derecho en el seno de las órdenes monásticas? ¡Ah! ¡Cuántas críticas y cuán acerbas censuras dirigí á mis amigos de Francia por el artículo 7.º de la ley de Instrucción pública, que entregaba la instrucción á los jesuitas, y por las órdenes proscribiendo las órdenes monásticas! Si aquí una orden monástica predicase contra el gobierno constituido; si escribiese en uno y otro momento libros contra la forma de gobierno; si concitase todas las pasiones, ¿qué haríais, cuando á un pobre jesuita lo habeis proscrito solamente, porque á una señora la incomodaba? Confesad que habeis superado en mucho las violencias de Francia, tan criticadas por vosotros; confesad que habeis desconocido no sólo el derecho político de nuestras reuniones, sino la libertad de la palabra en las alturas del púlpito; porque si un predicador no puede condenar desde el púlpito la presencia de las señoras, en ciertos espectáculos, durante la Cuaresma, y mucho más en las comedias realistas, muy al uso en nuestra época, ¿qué libertad no ha sido violada por ese gobierno? Sí: ha sido violada la libertad del club, pero también lo ha sido la del púlpito; ha sido violado el derecho de la República, pero también lo ha sido el de la Iglesia. Y, señores, ¡mirad qué diferencial! Yo quiero que los jesuitas prediquen, pero que no gobiernen, y el partido conservador quiere que los jesuitas gobiernen y no prediquen.

Hay dos escuelas igualmente peligrosas: una que no quiere que la Iglesia enseñe ni religion ni moral, y otra que no quiere que en la Universidad se enseñe ni ciencia, ni política. A la primera escuela pertenecen los racionalistas extremos, y á la segunda los jóvenes y los viejos de la Union católica. Señores: el más grande entre todos los errores, que cometió un hombre ilustre de Francia, amigo mio muy querido, el inmortal Gambetta, fué entregar á un sábio ilustre de la escuela positivista la dirección del departamento de Instrucción pública, donde podía, sin quererlo, poner los instrumentos de la administración á favor de sus ideas ateas. Pues el mismo error habeis cometido vosotros poniendo á un joven ilustre, entendido y elocuente, en el ministerio de Instrucción pública, para que ponga sin él quererlo acaso, todos los instrumentos burocráticos á favor de todas las reacciones científicas y políticas.

Señores: Aún hay otro principio, y con esto acabo la materia de la Union católica, del cual es enemigo irreconciliable el señor ministro de Fomento; el principio de la libertad religiosa. Pues bien, señores, este prin-

cipio de la libertad religiosa es hoy más indispensable que nunca, para fundar el gobierno de los pueblos, porque el materialismo ha adelantado mucho y amenaza invadirlo todo. Pues bien, todas las iglesias cristianas, yo mismo la calvinista, que la griega, que la católica, tienen principios morales comunes, y necesitan para defenderse contra la invasión de los sofismas, hacer una grande federación, una especie de paz de Westfalia, y esta federación no puede celebrarse, ni realizarse, sino por medios de la libertad religiosa. Hay que salvar del materialismo los principios cristianos, esos principios comunes á todas las iglesias, como los postulados de Euclides son comunes á todas las matemáticas. Así es, que el ataque deliberado ó indeliberado á la libertad religiosa, es una de las amenazas más grandes á la paz de los espíritus, y yo, que he pasado la mitad de mi vida combatiendo á los que querían privar á la Iglesia del derecho de predicar, voy viendo que he de tener que pasar la otra mitad sosteniendo el derecho que á su completa indiferencia tiene la razón.

El señor ministro de Fomento, que suele ir á misa, y yo le felicito aunque no le acompaño, habia leído muchas veces como lo he leído yo, el Evangelio del Domingo de Pascua. ¿No es verdad, que su señoría lo ha leído muchas veces? ¿Y no recuerda S. S. cuando las mujeres de Jerusalem van allá á la montaña y preguntan por Cristo muerto, y los ángeles, que se encuentran allí cerca de la losa, les dicen: «Cristo no está muerto; Resurrexit» su señoría y su escuela, esa escuela neocatólica, creen que Cristo no ha resucitado; que está en el sepulcro de los reyes absolutos; que está en la tiranía; que está en la hoguera de la Inquisición; nosotros creemos que ha resucitado en la libertad, que ha resucitado en la democracia, en el derecho, en el progreso; que está donde se acaban las sombras y se rompe una cadena: aquella tarde en que S. S. estaba aquí y yo pronuncié un discurso despues del que la Cámara, extendiendo los brazos al cielo pidiendo la asistencia de Dios, y recordando que hermanos nuestros, hijos de mismo Dios, eran llevados por las hondas del mar en los barcos del pirata y del negrero, que eran separados de sus padres, de sus mujeres y de sus hijos, aquella tarde, esta Cámara rompió las cadenas del esclavo, y al romperlas, hizo de este recinto el templo de Cristo.

Dejemos á un lado las teologías y volvamos al mundo, á la realidad. Ahora bien, ¿puede continuar el equilibrio inestable en que se halla ese gobierno? Porque vamos á ver; la Union Católica debe querer que el artículo religioso no prospere, y el partido conservador que prospere; la Union Católica debe desear, que los libros caigan bajo la antigua censura, y el partido conservador que sean libres; la Union Católica debe querer, que el clero recobre su influjo sobre la enseñanza superior, y el partido conservador que no recobre ese influjo; la Union Católica debe querer, que la fórmula del juramento sea una, mientras que el partido conservador, que la actual se conserve. De modo que, ó la Union Católica mata al partido conservador; ó este mata á la Union Católica. Pero yo sé lo que va á suceder. Lo que va á pasar es, que la Union Católica matará al partido conservador, porque así como la marea cuando sale, llega al último límite de su ascension, cuando baja, llega al último límite de su reflejo, y así como desde la crisis de Febrero llegamos hasta el partido izquierdista frontera á la República, ahora vamos á llegar hasta la Union Católica frontera al carlismo. Además, estamos en plena restauración, y las restauraciones se parecen á las estaciones del año, que se parecen las de uno á las de otro. ¿Por qué tuvo Inglaterra una revolucion y despues una restauración? ¿Por qué la tuvo Francia? Pues las restauraciones, señores, todas se parecen. En el primer período todas son liberales, en el segundo, todas son reaccionarias, y muy especialmente en materia religiosa, y así en el primer período de la restauración en Francia, Luis XVII es liberal y Carlos X reaccionario; en Inglaterra, Carlos II es liberal y Jacobo II reaccionario. Y basta ya de la Union Católica. Hablamos ahora de la crisis, materia grave, señor presidente; pero yo voy á tranquilizar á S. S., y como ofrecí al principio tener la mayor prudencia; desde luego digo á S. S. que voy á hablar de actos de la Corona; pero debo decir, que todos los actos de la Corona, lo mismo la presencia del rey en el Parlamento, que la solución de las crisis, tienen detrás de sí al ministerio responsable, y si no lo tuvieran, ni aun siquiera podríamos decir si un mensaje estaba mal escrito; pero como los actos de la Corona tienen un ministerio que responda, cuando hablo de la crisis, entiéndase que hablo del ministerio responsable.

El señor Presidente: Yo ruego á S. S. que procure entrar en esta cuestión con la mayor prudencia, y que ya que tiene tanto dominio sobre su palabra, haga que ésta responda á los propósitos que tiene S. S., y en los que yo confío sinceramente.

El Sr. Castelar: Responderé.

Señores, desgraciado país donde la carterade Instrucción pública puede pasar en un día desde un demócrata importante y convencido á un importante y convencido ultramontano. Aquí todas las conmociones del poder descienden de la gracia arbitraria de arriba,

como todas las combinaciones del progreso suben de los movimientos de abajo. Política salvadora, política previsora, la política que evitara definitivamente que el poder descendiera de arriba y la revolucion subiera de abajo, como debió inaugurarse esta política, y nadie tenía tanto interés como yo en ello, y así lo declaré, y mantengo hoy mi declaración de que jamás fomentaría una nueva revolucion en mi patria.

Pues bien; desde este punto de vista, para mí, la crisis de Febrero era la crisis de la esperanza, y la de Enero fué la de la desesperación. Yo personalmente nada ganaba cuando vinieron los fusionistas, como personalmente nada he perdido cuando habeis venido vosotros. Yo, señores, con el ministerio fusionista gané lo que estaba en sus compromisos, que era el resumen de todas mis esperanzas en aquel período, porque yo, que ambiciono todas las libertades, como he estudiado la Historia con devoción, aunque nada sepa, he aprendido en la Historia la lentitud de las evoluciones progresivas, y al aprenderlo, me he curado de todas mis antiguas y juveniles ilusiones.

Así es que saludé como á un albor de la libertad el advenimiento de los partidos liberales al gobierno, porque sin que tuvieran conmigo ningún compromiso, hallé que se contenían en su programa muchas de mis más apreciadas esperanzas. Vino el partido fusionista; yo no puse una sola piedra en su camino, aunque me incitaron muchas veces á ello, y principalmente el actual señor ministro de la Gobernación, que ahora no quiere nada con nosotros. Yo decía á S. S.: «no, no ataco al gobierno fusionista. Si van ustedes á volver tan pronto, que he de tener tiempo de acompañar á mis amigos en la oposición.»

Entonces sucedieron tres cosas que yo lamenté profundamente; lamenté la caída del primer ministerio fusionista, como ocasionado á una debilitación profunda en el partido liberal; lamenté despues y desaconse, je la carta de Biarritz, porque en ella veía un germen de división; y, por último, lamenté mucho más el viaje del rey á Alemania, porque en aquellas Cortes, un soberano constitucional sólo puede aprender ejemplos de política reaccionaria y actos de poder personal.

El señor Presidente: Señor Castelar, lleva S. S. cuatro horas en el uso de la palabra, es decir, una sesión, y con arreglo al reglamento, hay que consultar á la Cámara si se le permite, como yo no dudo que le permitirá continuar y terminar su discurso.

Hecha la pregunta por el señor secretario, y habiéndolo recaído acuerdo afirmativo, continuó en el uso de la palabra.

El Sr. Castelar: Yo apoyé al ministerio fusionista, y mucho más desde los sucesos de Agosto, que me sorprendieron, como á todo el mundo. Cuando alguien me habló de un ministerio Posada, combatí la idea, porque creí que no tendría autoridad bastante para dominar la mayoría, ni resolución para pedir al rey un decreto indispensable á su permanencia en el poder.

Pero, señores, despues de todo, yo comprendo que inmediatamente despues de los sucesos de Agosto, el poder real hubiese llamado al partido conservador, porque todas las instituciones que se creen cimentadas en la voluntad de la nación, deben ejercitar, dentro de las leyes, el derecho de propia defensa, como yo mismo defendí á mi gobierno hasta donde pude; pero los sucesos de Agosto trajeron consigo una confesión: se confesó que habian surgido, porque la política no era bastante liberal, puesto que se dió el poder á un partido más liberal.

Se constituyó el ministerio de la Izquierda, y yo le apoyé también, como apoyaría hoy á cualquiera, con tal que os fuéis vosotros. (Risas.)

El señor ministro de la Gobernación: Lo agradecemos.

El Sr. Castelar: Está S. S. en el derecho de agradecerlo ó no agradecerlo, como yo en el de desearlo; pues no faltaría más que S. S. me negase el derecho de imprenta, y el derecho de reunión, y me llamase faccioso, para pedirme todavía apoyo y benevolencia.

Antes de que ocurriera la crisis de Febrero, yo le decía al Sr. Sagasta: «Impida S. S. que vuelva el partido conservador.» Y estoy seguro de que si el Sr. Sagasta hubiera sabido que trás los noventa días de vida del ministerio Posada habian de venir los conservadores, ó no hubiera presentado la dimisión, ó hubiera admitido en el seno del ministerio á los elementos de la izquierda; pero el Sr. Sagasta no creyó que vendrían los conservadores, y tuvo la abnegación de resignar el poder. (Risas y grandes rumores en la mayoría.)

¿Os reis de que haya quién deje el poder en nuestra patria? ¿Qué dice el Sr. Estéban Collantes? ¿Cree que el Sr. Sagasta no hubiera admitido en su ministerio á antiguos correigionarios míos? ¿Pues no admitió cuando lo creyó conveniente al Sr. Romero Giron? Sabido es que no es la intransigencia el carácter del Sr. Sagasta.

Formóse, pues, el ministerio de la Izquierda, y yo tengo que decir á los Sres. Moret y Lopez Dominguez, que no se debe constituir un gobierno, ¡sino se sabe de antemano por los medios que tienen los hombres políticos para saber esas cosas, que se puede contar con

# ANUNCIOS

## BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA

PRÉSTAMOS AL 6 POR 100 EN METÁLICO

El Banco Hipotecario hace actualmente, y hasta nuevo aviso sus préstamos, al 6 por 100 de interés en efectivo.

Estos préstamos se hacen de 5 á 50 años, con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las 50 anualidades ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario sin necesidad de ningún gasto ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

### Cédulas hipotecarias

En representación de los préstamos realizados, el Banco emite cédulas hipotecarias. Estos títulos tienen la *garantía especial de todas las fincas hipotecadas al Banco* y la *subsidiaria del capital de la Sociedad*. Son amortizables á la par en 50 años.

Los intereses se pagan semestralmente en 1.º de Abril y 1.º de Octubre en Madrid y en las capitales de provincia.

Los que deseen adquirir dichas cédulas podrán dirigirse en Madrid directamente á las oficinas del Banco Hipotecario ó por medio de agente de Bolsa y en provincias á los comisionados op dicho Banco.

## Vino y Jarabe de Dusart

DE LACTOFOSFATO DE CAL

Las experiencias de los más acreditados médicos del mundo entero han demostrado que el lactofosfato de cal en el estado soluble, tal como existe en el *Vino y el Jarabe de Dusart*, es en todos los periodos de la vida, el *reconstituyente* por excelencia del cuerpo humano.

En las *mujeres embarazadas* facilita el desarrollo del feto y basta á menudo para evitar los vómitos y demás accidentes que acompañan al embarazo. Si se le administra á las *nodrizas*, enriquece su leche y ya no hay que temer para la criatura, ni *cólicos* ni *diarreas*: la *denticion* se verifica fácilmente sin dolores ni *convulsiones*. Más tarde, cuando el niño está *pálido, linfático*, cuando sus carnes están *flacas*, y que se le presentan *glándulas* al rededor del cuello, se encuentra en el lactofosfato de cal un remedio que es siempre eficaz.

Su acción reparadora y reconstituyente no es ménos segura en las *personas mayores* cuando están *anémicas* ó padecen de *malas digestiones*, así como en las que están debilitadas por la edad, el trabajo ó los excesos.

Su uso es de gran precio para los tísicos pues causa la *cicatrización de los tubérculos del pulmón* y sostiene las fuerzas del enfermo, favoreciendo su alimentación.

En resumen, el *Jarabe y el Vino de Dusart* estimulan el apetito, establecen la *nutricion* de un modo completo y aseguran la *formación regular de los huesos, de los músculos y de la sangre*.

Paris: Casa GRIMAULT y C<sup>a</sup>, 8, Rue Vivienne

DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERIAS

## MÁQUINAS "SINGER" PARA COSER.

La Compañía Fabril "Singer"

Se ha trasladado á

23, CALLE DE CARRETAS, 25.

(ESQUINA Á LA DE CÁDIZ).

¡¡UN TRIUNFO MAS!!

Las máquinas "SINGER" para coser han obtenido en la Exposición de Amsterdam la más alta recompensa:

El Diploma de Honor.

¡¡CUIDADO CON LAS FALSIFICACIONES!!

Toda máquina "Singer" lleva esta marca de fábrica en el brazo.

Para evitar engaños, cédese de que todos los detalles sean exactamente iguales.

CUALQUIER MÁQUINA "SINGER"

Pesetas 2,50 semanales.

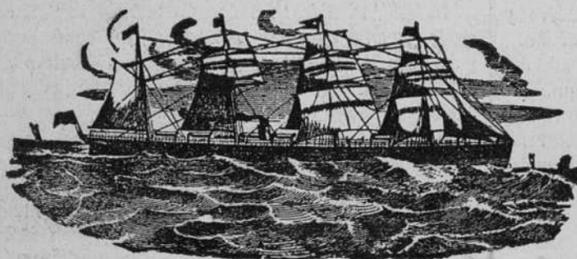
LA COMPAÑIA FABRIL "SINGER"

Dirección general de España y Portugal:

23, CALLE DE CARRETAS, 25.

MADRID.

Sucursales en todas las capitales de provincia.



## VAPORES CORREOS DE LA COMPAÑIA TRASATLÁNTICA

(ANTES DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA)

SERVICIO PARA PUERTO-RICO, HABANA Y

VERACRUZ, SERVICIO PARA VENEZUELA, COLOMBIA, Y PACÍFICO

Salidas: de Barcelona los días 5 y 25 de cada mes; de Málaga 7 y 27; de Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.

Los vapores que salen los días 5 de Barcelona y 10 de Cádiz admiten carga y pasaje para LAS PALMAS (Gran Canaria) y VERACRUZ.

Los que salen los días 25 de Barcelona y 30 de Cádiz, enlazando con servicios antillanos de la misma Compañía Trasatlántica, en combinación con el ferrocarril de Panamá y línea de vapores del Pacífico, toman pasaje y carga á flete corrido para los siguientes puntos:

LITORAL DE PUERTO-RICO.—San Juan de Puerto-Rico, Mayagüez y Ponce.

LITORAL DE CUBA.—Santiago de Cuba, Gibara y Nuevitas.

AMERICA CENTRAL.—La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colon y todos los principales puertos del Pacífico, como Punta Arenas, San Juan del Sur, San José de Guatemala, Champerico y Salina Cruz.

NORTE DEL PACÍFICO.—Todos los puertos principales desde Panamá á California, como Acapulco, Manzanillo, Mazatlán y San Francisco de California.

SUR DEL PACÍFICO.—Todos los puertos principales desde Panamá á Valparaiso, como Buenaventura, Guayaquil, Payta, Callao, Arica, Iquique, Caldera, Coquimbo y Valparaiso.

Rebajas á familias.—Precios convencionales por aposentos de lujo.—Rebajas por pasaje de ida y vuelta.—Billetes de tercera clase para Habana, Puerto-Rico y sus litorales, 35 duros.—De tercera preferente con más comodidades á pesos 50 para Puerto-Rico y 60 pesos á la Habana.

SEGUROS.—La Compañía, por medio de sus agentes, facilita á los cargadores el asegurar las mercancías hasta su entrega en el punto de destino. Darán detalles los Sres. Consignatarios de la Compañía.

En Madrid, D. Julian Moreno, Alcalá, 33 y 35.

En Barcelona, los Sres. Ripoll.

En Santander, Sres. Angel B. Perez y Compañía.

En Cádiz, Delegación Trasatlántica, Isabel la Católica, 3.

## LA SALUTIFERA DE BLAONC

BAJO LA DIRECCION DE MEDICOS ESPECIALISTAS

en toda clase de afecciones del estómago

Basta consultar antecedentes, que se remiten gratis á quien los pide al administrador de *La Salutifera de Blaonc*, Plaza del Callao, núm. 17, Madrid, para convencerse de la bondad de nuestro tratamiento. Curación científica, sin que el enfermo se traslade á este consultorio.

## Capsulas de Sulfato de Quinina de PELLETIER

O de las Tres Marcas

A petición del cuerpo médico y en presencia de las falsificaciones que de continuo se producen y que el público se halla en la imposibilidad de reconocer, los Sres ARMET DE LISLE y C<sup>a</sup>, sucesores de Pelletier, inventor del Sulfato de Quinina, acaban de añadir á su fabricación la de pequeñas cápsulas redondas, delgadas, transparentes, de una conservación indefinida, que suprimen la amargura de la quinina, no se endurecen como las píldoras y grageas, se disuelven rápidamente en el estómago y contienen 10 centigramos de Sulfato de Quinina puro.

Las Cápsulas de Sulfato de Quinina de Pelletier curan con éxito las jaquecas y nevralgias las calenturas intermitentes y palúdicas; es el medicamento más energético que se conoce en las fiebres perniciosas y tifoideas, en las enfermedades del bazo y del hígado; es el tipo de los tónicos propiamente dichos; modera la transpiración, combate los sudores nocturnos y da á los órganos digestivos una energía que se comunica á todo el cuerpo y le permite resistir á la fatiga, las epidemias y las emanaciones perniciosas.

Depósito en PARIS, 8, Rue Vivienne Y EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

## VINO Y JARABE DE QUINA Y HIERRO

de GRIMAULT y C<sup>a</sup>, Farmacéuticos en Paris, 8, Rue Vivienne.

Hace 25 años que el Hierro, elemento principal de la sangre, la Quina Real amarilla, tónico superior del sistema nervioso, y el Fosfato reconstituyente de los huesos, fueron combinados íntimamente por M. GRIMAULT con un vino de Málaga rico y generoso.

Sus cualidades tónicas y reparadoras producen excelentes resultados en la anemia, la clorosis, la leucorrea, las irregularidades menstruales, los calambres de estómago consecutivos á estas enfermedades, el linfatismo y cuantas dolencias dimanen del empobrecimiento de la sangre. Excitando el apetito, estimulando el organismo y reconstituyendo los huesos y la sangre, el VINO de QUINA y HIERRO de GRIMAULT y C<sup>a</sup>, desarrolla con rapidez á los niños endebles y á las jóvenes pálidas y abatidas. Este vino corta los ligeros accesos febriles, la humedad de las manos y los sudores nocturnos; es eficaz en las diarreas rebeldes, facilita las convalecencias penosas, y sostiene á los ancianos.

EL JARABE de QUINA y HIERRO de GRIMAULT y C<sup>a</sup>, que posee las mismas propiedades del VINO, es preferido por las señoras y por los niños que no aceptan ningún medicamento y toman este JARABE con placer por su delicioso gusto. — DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERIAS.

## DR. PUENTE

Especialista en enfermedades del estómago. Crónicos curados en Abril 19. Madera Alta, 53, pral. De 2 á 5. Provincias consulten correo.

PRIMERA CASA EN ESPAÑA

GRAN FABRICA DE CORSÉS

CORAZAS Y CORSÉS-FAJAS

DE

FAUSTO DE ALDECOA

Calle Imperial, 8  
Esquina á la de Botoneras  
Madrid

Esta acreditada casa tiene siempre fabricados doce mil corsés en raso, satines, cuties, pieles y driles, y se hacen á la medida.

Especialidad en los corsés-fajas para disminuir el vientre, desde 8 pesetas en adelante.

LAS INVENCIBLES

Sales marinas del Cantábrico

de

YARTO MONZON

para baños de mar en casa. Paquete con algas gratis DIEZ REALES. Catorce años de existencia y la recomendación de médicos y enfermos son su mejor garantía. Hay paquetes de los baños minerales más en boga. Pídanse en toda España y á YARTO MONZON, plaza de Herradores, farmacia.

DEBILIDAD

impotencia y esterilidad

Curadas con el AFRODISIACO MARINO. Caja, 30 rs.; por correo, 34. Utilísimo á los matrimonios sin sucesión y á los estenuados por abusos ó prematura vejez. Correspondencia privada á Yarto Monzon, Madrid.

PERSIANAS

de cartinos; tejidas de junquillo y varilla, de junquillo sólo, para transparentes y miradores, y las de doble varilla, con cadenilla metálica, especiales para estuchas.

32, San Bartolomé, 32

CONTRA LOS INSECTOS

Los verdaderos polvos de matar insectos. Se venden en la Corredera Alta, 8, droguería.